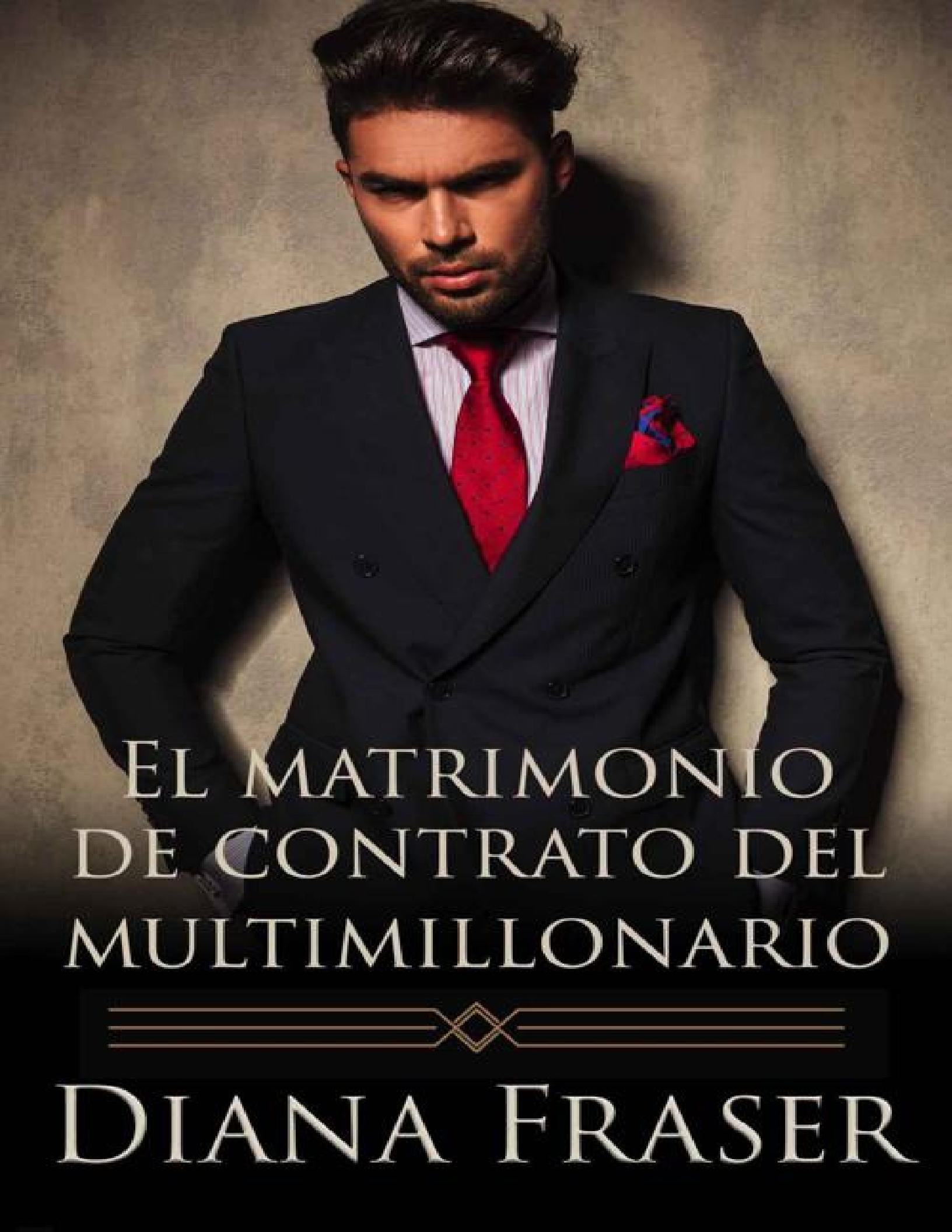


El matrimonio de contrato del multimillonario

Diana Fraser

EL MATRIMONIO DE CONTRATO DEL MULTIMILLONARIO

MULTIMILLONARIOS BRITÁNICOS

DIANA FRASER

El matrimonio por contrato del multimillonario
por Diana Fraser

© 2025 Diana Fraser
dianafraser.com

-Multimillonarios Británicos-
El matrimonio de contrato del multimillonario
La CEO que desafió al multimillonario
El bebé secreto del multimillonario

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora y se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con eventos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia. Todos los derechos reservados. Excepto lo permitido por la Ley de Derechos de Autor de EE. UU. de 1976, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna forma o por ningún medio, ni almacenada en una base de datos o sistema de recuperación, sin el permiso previo de la autora.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Epílogo

Postfacio
La CEO que desafió al multimillonario
Otras Obras de Diana Fraser

CAPÍTULO UNO

INDRA echó un vistazo a los lujosos coches aparcados frente al pórtico de piedra de Richmond Manor y urgió a su caballo a trotar. Tenía que escapar. Alejarse de los extraños que caminaban por su casa, pisando las valiosas alfombras con sus zapatos embarrados, arrojando abrigos sobre el respaldo de las sillas que su madre alguna vez mantuvo impecables, y llenando el silencio con sus voces profundas y risas estridentes. Lo peor de todo era que ahora la casa les pertenecía más a ellos que a ella.

Al emerger a los campos de hierba que rodeaban la mansión georgiana, el trote se convirtió en un cómodo galope y, con cada paso que la alejaba de los extraños, se relajaba un poco. Hizo una mueca. *Extraños*. Eran sus hermanastros. Hombres que habían evitado a su querido padrastro mientras estuvo vivo. Pero ahora que había muerto, no podían esperar para regresar y reclamar lo que era suyo. Bueno, al menos dos de ellos habían llegado, haciendo suficiente ruido y creando suficiente caos para llenar la gran casa. El tercero, el mayor y heredero de la Finca Richmond, aún no había llegado. Pero lo haría. Ella lo sabía. ¿Y dónde la dejaría eso a ella? La tensión le oprimió las entrañas. Tendría que abandonar su amada finca. Se quedaría sin hogar, sin trabajo y sin amigos.

Instó a su caballo a un galope más rápido hasta que la distancia entre ella y la casa se extendió por kilómetros y se encontró sola en la vasta campiña de Norfolk. No se oía ni gente ni coches. Solo los pájaros en los árboles y el relincho de los caballos pastando en un campo cercano competían con el retumbar de los cascos de Starlight sobre el suave suelo de hierba, brindándole a Indra la paz que anhelaba.

A medida que su respiración y movimientos se sincronizaban con los de su caballo, la tensión disminuía. La ráfaga de aire refrescaba su rostro acalorado y soltaba su largo cabello oscuro de su sujeción hasta que ondeaba detrás de ella como la estela de un barco, mientras continuaba galopando a través de los campos.

Aminoró la marcha al acercarse a un grupo de árboles, sus ramas desnudas destacándose contra el cielo gris plomizo. Este era el límite hasta donde podía cabalgar, antes de llegar a la carretera donde giraría de vuelta hacia otro prado que formaba parte de la extensa Finca Richmond. Al llegar a los árboles, un destello amarillo llamó su atención. ¿Un coche, aparcado a kilómetros de cualquier lugar? De repente, su caballo se inquietó, perdiendo el ritmo, cuando un hombre saltó de detrás de un árbol y gritó. Starlight se encabritó, e Indra cayó al suelo con un fuerte golpe, quedándose sin aliento. Rodó sobre su costado y jadeó en busca de aire.

Mientras recuperaba el aliento, se impulsó sobre sus manos y rodillas, y miró al hombre que estaba calmando a Starlight. Él le daba la espalda, pero podía ver que, entre sus palabras reconfortantes y su toque firme pero gentil, Starlight comenzaba a calmarse. Más que ella, de

todos modos. La familiar sensación de pánico, que tenía el efecto de paralizarla, la invadió, como siempre sucedía cuando se enfrentaba a algo amenazante. El hombre era alto, de hombros anchos y parecía más que capaz de manejarse a sí mismo, y a ella, si quería. Su corazón latía con fuerza. Miró a su alrededor. ¿Podría huir? No llegaría lejos sin su caballo. Cálmate, se dijo severamente. Estaba aquí, en la campiña de Norfolk que tanto amaba. Y este hombre era obviamente un visitante del centro de entrenamiento de caballos de carreras que se había perdido. Era fácil hacerlo. No estaba a punto de atacarla. Pero sus temores no se calmaban tan fácilmente.

Lo observó atentamente, alerta ante cualquier señal de que pudiera intentar agarrarla. Había sucedido una vez y resultó en consecuencias mortales. Nunca dejaría que volviera a suceder. Pero el hombre continuó enfocando su atención en calmar a Starlight. Vestía un traje elegante, no el tipo que usarías para caminar bajo la lluvia en lo profundo de la campiña de Norfolk. Definitivamente era un propietario de caballos de carreras con más estilo que sentido común. Pero no fue esta lógica lo que hizo que sus temores se disiparan. Era su voz. Entendía por qué Starlight se estaba calmando, porque las palabras tranquilizadoras del desconocido estaban haciendo algo muy similar con ella. Su tono era reconfortante y profundamente calmante. Este era un hombre que sabía cómo controlar las cosas y, le gustara o no, estaba controlando sus nervios, sometiéndolos, hasta que casi habían desaparecido.

Y luego estaba el evidente efecto de su toque. Los ojos de Starlight pasaron de girar hacia atrás por el miedo, a entrecerrar los párpados mientras el desconocido la calmaba con su mano. Deslizó una mano grande por su cuello, sus largos dedos extendiéndose sensiblemente sobre el lomo y la grupa del caballo. Un escalofrío recorrió la espalda de Indra.

Pálidas gotas de llovizna se formaban en la costosa seda de su chaqueta y se aferraban a los rizos oscuros que rozaban su cuello. Sintió un extraño impulso de hacer exactamente lo que él estaba haciendo con Starlight, de extender la mano y pasar sus dedos por su cabello, para sentir la textura de sus rizos y probar su fuerza. Impulsivamente, dio un paso adelante. Todo cambió en un instante, cuando él se volvió hacia ella con un gesto sombrío. Labios serios, ojos entrecerrados y cabello oscuro, demasiado largo, cayendo sobre su rostro, parecía el mismísimo diablo.

—¿Qué demonios estabas haciendo? —preguntó, con una voz controlada pero enérgica para no asustar a Starlight—. Me habrías derribado si no me hubiera apartado en el último momento. Y este es un caballo caro el que estás montando. Podría haberse lastimado.

La ira superó sus temores y levantó la barbilla para enfrentar mejor esos ojos oscuros y furiosos.

—¿Que qué demonios estoy haciendo yo? ¡Fuiste tú, saltando frente a mí! ¡Casi nos matas a ambas!

Él no respondió de inmediato, como si algo lo hubiera impactado. Casi podía sentir su mirada arrogante recorriendo cada centímetro de su menudo cuerpo. La feroz intensidad en sus ojos se suavizó un poco. No estaba segura de qué era peor y dio un paso atrás, recordando lo solos que estaban. Pero se detuvo antes de retroceder más. Eso la haría parecer asustada, lo que podría alentarlo. Necesitaba que soltara a su caballo para poder largarse de allí.

Por un segundo, todo quedó en suspenso, y no podía predecir cómo iba a responder. Luego, él volvió a mirar a Starlight. Si esperaba una disculpa, parecía que iba a decepcionarse.

—Me resulta familiar —dijo, pasando sus dedos por las patas del caballo.

—¿Starlight?

—Sí, la reconozco.

—Lo dudo. Nunca sale de la finca.

El desconocido arqueó una ceja sorprendido.

—¿Un caballo tan bueno? ¿Por qué no?

Ella caminó lentamente hacia el otro lado de Starlight, opuesto a donde estaba el desconocido, y deslizó sus dedos sobre las riendas sin que él lo notara.

—Porque está bien donde está. En la finca.

—Esa es una pérdida para el mundo —dijo él, mirándola de reojo antes de volver sus ojos errantes hacia los flancos de Starlight—. Porque es una pura sangre, sin duda. Reconozco las marcas. Su madre debe haber sido Ladyhawk. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección a los establos—. De Richmond.

Ella frunció el ceño. ¿Cómo podía este extraño saber sobre el linaje de Starlight?

—Monté a Ladyhawk cuando era niño. —Volvió su mirada hacia ella, desafiándola a atar cabos. Ella lo hizo. Y no le gustó el resultado.

Su agarre se tensó en las riendas mientras colocaba la otra mano en la silla y un pie en el estribo. Se impulsó y se sentó a horcajadas sobre Starlight.

—Eres Sebastian Richmond —dijo ella.

—Lo soy. ¿Y tú eres?

Ella sacudió las riendas y cambió su posición para que la sensible yegua entendiera sus intenciones.

—¿Yo? —dijo—. No soy nadie.

No volvió a mirarlo, simplemente se inclinó sobre Starlight, instándola a galopar lo más rápido que pudiera, a través de los campos y lejos del hombre.

De todas las formas en que había imaginado conocer al hijo mayor y heredero de su padrastro, este escenario ni siquiera se le había pasado por la mente.

Puede que no fuera nadie, pero era una impresionante nadie, pensó Sebastian mientras la veía galopar a través del campo hacia la mansión, a al menos tres kilómetros de distancia. Su espeso y brillante cabello negro ondeaba detrás de ella y sus largas y esbeltas piernas enfundadas en pantalones de montar se aferraban al caballo de una manera que desataba su imaginación. Y, pensó mientras subía el cuello de su chaqueta contra la lluvia cada vez más intensa, era una impresionante nadie que lo había dejado caminando por los campos bajo un aguacero.

Metió las manos en los bolsillos, encorvó los hombros contra la lluvia, que se hacía más fuerte con cada minuto que pasaba, y comenzó la larga caminata a través de los campos. Sabía que sería una caminata aún más larga si se atenía a los caminos. Pero, con su Lamborghini alquilado estacionado al lado del sendero sin mostrar señales de vida, no tenía otra opción. Su teléfono móvil estaba sin batería y no había casas, ni pueblos, ni señales de vida excepto “nadie” desde que había puesto un pie en la Finca Richmond.

¿Quién era ella? ¿Alguna jockey que su padre había contratado? No le sorprendería. Su padre siempre había tenido debilidad por las bellezas exóticas. Se rumoreaba que su amante recientemente fallecida había sido una. Quienquiera que fuese, sería la primera en salir por la puerta después de que él tomara el control. No quería ningún recordatorio de su padre.

Sebastian podía ver que el chaparrón pronto pasaría, así que esperó bajo el refugio relativo de un pequeño bosquecillo mientras la lluvia seguía cayendo con fuerza. A lo lejos podía ver la casa solariega, perfectamente ubicada entre los árboles, y sintió que se intensificaba la emoción que había sentido al regresar a Norfolk. No lo había esperado. Había pasado años viviendo en Mónaco, pero ahora, volviendo al lugar donde había pasado su juventud, era como si nunca se

hubiera ido. La luz era la misma, pensó. Tenía una calidad única. No podría haber nombrado esa calidad, pero conocía su efecto. Tenía un efecto calmante en su alma, que no había experimentado en años.

Después de que la lluvia se detuvo tan repentinamente como había comenzado, Sebastian continuó su camino. Un sol acuoso salió, bañando los campos con una luz suave, brillando sobre las hojas mojadas y el lago. El techo de pizarra gris resplandecía bajo la luz del sol. Las retorcidas ramas desnudas de la glicina se entrelazaban alrededor del pórtico delantero. Frente a la puerta estaban los coches de sus hermanos, supuso. Rara vez los veía. Se había ido cuando ellos eran jóvenes y ahora eran personas muy diferentes, y habían seguido caminos separados. Había sido necesaria la muerte de su padre para reunirlos de nuevo.

Subió corriendo los escalones y extendió la mano para tocar el timbre, antes de darse cuenta de que este lugar ahora era suyo. En su lugar, empujó la puerta abriéndola de par en par y entró. Había cambiado. Le sorprendió. Siempre que lo recordaba, la casa era la misma que cuando la había dejado todos esos años atrás. Piezas heredadas acumulando polvo después de que su madre muriera y todo se volviera amargo. Su padre había dejado de preocuparse por alguien o algo después de eso. Pero ahora, el papel pintado y la pintura descascarillados y el olor a humedad que recordaba ya no estaban allí. Alzó las cejas sorprendido y miró alrededor.

En ese momento, escuchó que gritaban su nombre y alzó la vista para ver a dos hombres en la sala de estar. Aunque su apariencia física los hacía innegablemente sus hermanos, sus personalidades distintas los hacían parecer diferentes. Alexander, el hermano del medio, era el típico ejecutivo de negocios: encantador por fuera, pero con una voluntad de hierro que pocos veían. Su sonrisa era aún más cálida de lo habitual hoy, sabiendo que estaba a punto de heredar la empresa que sería el complemento perfecto para su ya extenso portafolio de compañías. A su lado, atlético y decidido, caminaba su hermano menor, Harrison. Un dedicado jugador de polo y la manzana mimada del ojo de su padre, Harrison pasaba sus días jugando al polo y sus noches seduciendo mujeres. O, al menos, lo había estado haciendo hasta que, según Alexander, de repente se había detenido. Ninguno de los hermanos sabía qué estaba pasando en el mundo de Harrison. Guardaba sus secretos muy cerca del pecho.

—¡Sebastian! —dijo Alexander con una sonrisa, extendiendo la mano para estrechar la de Sebastian—. ¿Dónde diablos has estado? ¡Mira cómo estás!

—Me alegro de verte también, Alexander —dijo Sebastian—. Y a ti, Harrison —agregó—. ¿Cómo va el polo?

—Sebastian —saludó Harrison secamente—. Me estoy tomando un tiempo libre del polo.

—¿Por qué? —preguntó Sebastian—. Eso no es propio de ti. ¿Qué está pasando?

Harrison frunció el ceño, y Alexander se rio.

—He estado tratando de sacárselo, pero no dice nada. Una mujer, me imagino.

Harrison volvió a fruncir el ceño.

Alexander tomó un sorbo de su champán y lo alzó.

—¿Quieres una copa? Estamos celebrando.

Sebastian asintió y aceptó una copa del mayordomo, quien se la ofreció con aire de desaprobación.

—¿Y qué estamos celebrando? —Incluso él, para quien no había amor perdido entre él y su padre, no tenía el mal gusto de celebrar la muerte de su padre distanciado—. ¿Nuestra reunión, tal vez?

—No —dijo Alexander, quien siempre había sido el más duro de los tres, a pesar de su engañoso buen humor. Levantó su copa y la luz del sol, que ahora se filtraba por las altas

ventanas, hizo brillar las burbujas efervescentes—. Nuestra herencia.

—Brindaré por eso.

Los tres terminaron sus copas y las colocaron en el aparador.

Sebastian miró hacia abajo, a la marca húmeda que su ropa empapada estaba dejando en el suelo de parqué, y se quitó la chaqueta empapada.

—Supongo que ninguno de vosotros tiene ropa de repuesto que pueda usar, ¿verdad? Mi bolsa está en el coche a un par de kilómetros de aquí. Ese es el problema de alquilar coches deportivos. Se estropean, y el Lamborghini murió.

—Claro —dijo Alexander—. Mi bolsa está en el pasillo. Puedes usar el último dormitorio a la derecha.

Sebastian ignoró el gruñido divertido de Harrison, simplemente contento de que algo le estuviera divirtiendo.

—Hablaremos después de que me cambie.

Ya en el pasillo, recogió la maleta de Alexander y subió al dormitorio al que le habían dirigido. Al menos no era el antiguo cuarto de los niños. No habría podido soportar volver allí. La habitación que le habían dado había sido de su madre. Era hermosa, soleada y normalmente no la usaban los invitados. Pero entonces, ya no sería un invitado aquí, pensó, mirando alrededor. Sería su habitación.

Todavía había cosas femeninas que recordaba de la época de su madre, y otras que no recordaba. Era casi como si alguien hubiera estado quedándose aquí recientemente. Pero había pasado mucho tiempo desde que había estado en esta habitación. Tal vez siempre había sido así y su padre no se había molestado en cambiar nada. Por una vez, se alegró de la indiferencia de su padre.

Se quitó toda la ropa y se quedó de pie, desnudo, mirando hacia el jardín delantero. Sentía una mezcla de cosas, arrepentimiento por todo lo que había pasado en esta casa entre él y su padre, y tristeza por el niño que una vez fue, pero también sentía una sensación de que todo estaba bien. Estaba en casa. Donde debía estar.

De repente, escuchó un golpe como si se hubiera cerrado la puerta de una ducha. Giró la cabeza en dirección al baño. Una mujer salió secándose el pelo, su bata abierta revelaba una figura exquisita: esbelta, pero con pechos llenos y largas piernas esbeltas. Levantó la mirada, se encontró con sus ojos y gritó.

—¿Qué estás haciendo en mi baño? —preguntó él.

—¿Qué demonios estás haciendo tú en mi dormitorio, más bien? —replicó ella, tratando torpemente de cerrar su bata, pero estaba enganchada en la puerta y se abrió aún más. No habría sido normal si su mirada no hubiera bajado hacia su sexo. Y estaba seguro de que cualquier hombre sano habría reaccionado como él lo hizo. Su erección fue inmediata y también lo fue la reacción de ella. Gritó una vez más y corrió al baño. El cerrojo se cerró con un clic.

—¡Sal de mi dormitorio! —gritó ella, con voz temblorosa.

—Oye —dijo él, sintiéndose incómodo. Estaba más acostumbrado a jugar el papel de salvador de mujeres que el de agresor—. Lo siento. No quise asustarte.

—Entonces, ¿qué demonios crees que estás haciendo parado desnudo en mi habitación?

—Mis hermanos. —Se pasó las manos por el pelo—. Me temo que pensaron que esto sería divertido. —Miró hacia abajo a su excitación y sacudió la cabeza. Agarró la maleta y su ropa mojada—. Buscaré otra habitación. Lo siento —dijo, antes de salir y entrar en el siguiente dormitorio, donde pudo ver que Alexander ya había instalado sus cosas.

Mientras se metía en la ducha, contempló a la hermosa mujer con el largo y brillante cabello

oscuro y los pechos más asombrosos que había visto. Llenos, para alguien tan menuda, y con una piel oscura y lujuriosa y pezones aún más oscuros y erectos. Eran hermosos y tenía mucho con qué compararlos. Se tomó un poco más de tiempo en la ducha de lo necesario mientras imaginaba cómo podría dar placer a ese cuerpo. Indra, supuso. Su hermanastra. La mujer a la que tendría que pagar.

Regresó con sus hermanos media hora después y los encontró en la sala de billar. Se sentó en el sillón y los observó. Harrison tenía toda la fuerza de un atleta, mientras que no podías quitarle los ojos de encima a Alexander. Tenía encanto y carisma a raudales.

—¿Cuándo lo viste por última vez? —preguntó Alexander.

—¿A Charles? —Nunca podía recordar haberse referido a su padre por otra cosa que no fuera su nombre. Era indicativo de su fría relación—. Hace diez años cuando me dijo que nunca volviera a oscurecer su puerta. —Tomó un sorbo de whisky—. No fue lo que se diría una invitación cálida. ¿Y tú?

Alexander se encogió de hombros.

—Vino a mi apartamento en Londres, instado por su nueva amante para hacer las paces. No funcionó.

—Ni conmigo —dijo Harrison—. No puedes hacer lo que él les hizo a ustedes dos, luego dar la vuelta y disculparte y esperar que todo esté bien. —Cuadró los hombros—. Puede que yo no lo haya pasado tan mal como ustedes, pero nunca podría perdonarle lo que les hizo.

—Para ser un mocoso mimado, tienes tus valores en el lugar correcto —dijo Sebastian ante la cara fruncida de Harrison.

—No —dijo Alexander—. No había manera de que alguna vez debiera ser perdonado.

—Mis pensamientos exactamente —dijo Sebastian. Lo eran, pero entonces, ¿por qué se sentía mal? Se frotó el estómago donde el dolor por su familia siempre se había manifestado, desde que era un niño y tan abiertamente rechazado por su padre—. Y el viejo apenas sufrió.

—Se consiguió una nueva amante.

—Y la encantadora hija de la amante. —Alexander y Harrison miraron a Sebastian, cuya mente había vuelto a dos espectaculares pechos—. ¿La viste?

Los miró, su rostro tan imperturbable como siempre. Había hecho una fortuna en las mesas de póker al no revelar sus pensamientos o sentimientos. Ahora era su segunda naturaleza.

—¿Y por qué la habría visto?

Los dos hombres se miraron entre sí. Alexander se encogió de hombros y apartó la mirada.

—Solo pensamos que podrías haberlo hecho.

—Es una casa grande —dijo Sebastian suavemente, sus pensamientos volviendo a ella, excepto que esta vez a sus largas y esbeltas piernas y al triángulo oscuro de vello que se asentaba en su cruce. Sus hermanos pensaron que le habían engañado. Le habían hecho un favor.

—Es una casa pequeña si hay dos personas que piensan que la poseen, dentro de ella.

Levantó la mirada.

—¿La hijastra de Charles? —Los otros asintieron—. Ella no la posee. ¿Cómo podría pensar que sí? No, la pagaré. Cuidó del viejo después de que su madre muriera.

Varias puertas de coches se cerraron de golpe y pudieron oír voces acercándose a la casa.

Alexander arrojó el taco de billar sobre la mesa.

—Hora del espectáculo.

Alexander rodeó con su brazo los hombros de Harrison. Sebastian notó su cercanía con pesar. Se alegraba de que se tuvieran el uno al otro, pero, como el mayor, sabía que se había perdido una relación fraternal. Sin embargo, no lo sentía de manera visceral. Había tenido mucho tiempo

para enfriar su corazón hasta que se había endurecido como un fósil en la roca. La gente había intentado darle vida desde aquel momento, hacía tanto tiempo, cuando había entregado su corazón para sobrevivir, pero siempre habían fracasado.

Los siguió fuera de la sala de billar con sus pesadas cortinas y muebles masculinos, y entraron en la biblioteca donde el abogado de su padre ya estaba sentado, con sus asistentes intercambiando papeles entre ellos.

Había otras cuatro sillas dispuestas frente al escritorio, una de las cuales ya estaba ocupada. Esta vez, su cabello oscuro estaba recogido en una coleta y vestía pantalones negros y una camisa negra. Al tomar asiento a su lado, sus miradas se cruzaron y ella le lanzó una mirada fulminante. Cruzó los brazos y miró directamente al abogado. Sebastian supuso que merecía ese desaire.

—Pensé que esta reunión era solo para los beneficiarios de mi padre —dijo Alexander, nunca uno para andarse con rodeos.

—Lo es —dijo el Sr. Jackson, un abogado impecablemente vestido. Su cabello gris estaba peinado hacia atrás desde un rostro con gafas, y miró por encima de los cristales a los tres hermanos—. Yo solicité la presencia de la señorita Anand —dijo.

Una alarma sonó en la mente de Sebastian. Sus hermanos hicieron ruidos despectivos, que el abogado ignoró. Sebastian admiró la capacidad del anciano para no sentirse amenazado por los tres hombres.

—Gracias por venir —dijo el Sr. Jackson—. Y permítanme ofrecerles mis condolencias por el fallecimiento de su padre —miró a Indra— y de su padrastro. Una pérdida muy triste para todos ustedes.

Esta vez, ninguno de sus hermanos hizo un sonido. El único sonido provino de Indra, una especie de ruido ahogado como el de un animal herido. Los tres hombres la miraron, pero ella se llevó una mano temblorosa al costado de la cara, ocultando su reacción. Pero la habían escuchado y se miraron sorprendidos entre sí.

El abogado le sonrió a Indra y volvió a mirar sus papeles—. Su padre me instruyó para reunirme con los cuatro después de su fallecimiento para informarles sobre el contenido de su testamento.

Alexander se inclinó hacia adelante, siempre impaciente—. Nos dijo su contenido. Sebastian, siendo el mayor, se queda con la casa, la finca y el título, yo me quedo con sus otros intereses comerciales y Harrison con sus inversiones. Lo cual —lanzó una mirada divertida a Sebastian— nos parece bien. ¿Quién querría heredar este mausoleo?

—Está el centro de entrenamiento y la finca —dijo Harrison.

Alexander descartó la idea con un gesto—. No tengo interés en ninguna de esas cosas. Todo lo que quiero es la empresa familiar. Encajará perfectamente en mi cartera de negocios. La joya de la corona. Sebastian puede quedarse con todo lo demás. Y tú puedes quedarte con las inversiones. Consigue a alguien que las administre y nunca tendrás que trabajar otro día en tu vida. Podrás concentrarte en el polo y las mujeres.

—No estoy interesado en ninguna de las dos cosas —murmuró Harrison.

Sebastian intercambió una mirada de sorpresa con Alexander, pero no siguió indagando sobre el asombroso comentario de su hermano menor. Estaba más molesto con ellos por hablar tanto y revelar sus deseos. Los problemas le habían enseñado a ser cauteloso, pero sus hermanos no habían tenido una infancia tan difícil como él y eran mucho más abiertos.

—Entonces, si eso es todo —dijo Harrison, poniéndose de pie—. Podemos volver a nuestro juego de billar.

El abogado levantó la mano—. Agradecería su paciencia, caballeros. El testamento al que se refieren era uno anterior. Su padre hizo otro testamento hace unos años, que ha cambiado ligeramente.

Harrison suspiró y volvió a tomar asiento. Alexander se inclinó hacia adelante, alerta—. ¿Qué tan "ligeramente"? Un resumen sería apreciado, Sr. Jackson.

El abogado se aclaró la garganta—. Como deseen. Alexander y Harrison. Como en el testamento anterior, la empresa familiar pasará a ti, Alexander. Y Harrison heredará las acciones y participaciones de su padre, que tienen un valor nominal similar.

Alexander se reclinó con un silbido bajo de alivio—. Estoy contento con eso y he revisado el Financial Times —Él y Harrison chocaron las manos en señal de triunfo—. Tú también estás muy bien.

Sebastian estaba feliz por sus hermanos. No lo sabían, pero él tenía más dinero del que sabía qué hacer, gracias no solo a la herencia que cada uno había recibido de la fortuna personal de su madre, sino también a su única obsesión durante los últimos diez años como jugador profesional de póker. No, no era dinero lo que quería. Quería lo único que era suyo. Lo único que nadie podía quitarle.

—¿Y qué hay de Sebastian? —dijo Alexander, volviéndose hacia él con una sonrisa—. ¿O deberíamos llamarlo Lord Richmond ahora?

Sebastian no cambió su expresión. No le importaba el título. Solo lo que venía con él.

El abogado se aclaró la garganta y miró a Sebastian. ¿Se lo imaginaba Sebastian o había algo como una expresión de simpatía en sus ojos?

—Como hijo mayor, Sebastian, por supuesto, heredarás el título.

Sebastian asintió. El silencio se prolongó mientras el abogado revolvía algunos papeles y le hacía señas a uno de sus asistentes para que le pasara otro documento. Sebastian no llenó el silencio, y Alexander tampoco. Había un sentido de drama en el aire que era tangible. Se intensificó porque Indra, a su derecha, ya no ocultaba su rostro sino que miraba con el ceño fruncido al abogado. Sin duda ella, como él, había estado esperando que una parte de las inversiones de su padre llegara a ella. Pero se las había dado a sus dos hijos menores. Pero él se aseguraría de que ella no se fuera con las manos vacías. Si algo era, era justo.

—Además, Sebastian, también heredarás la finca y todo su contenido: la mansión, el centro de entrenamiento de caballos de carreras y las tierras y negocios de la finca, siempre y cuando... —El abogado se aclaró la garganta y se removió en su asiento, luciendo incómodo.

Sebastian apretó los dientes y frunció el ceño. Inclinó la cabeza hacia un lado y le dio al abogado su mejor mirada—. ¿Siempre y cuando? —lo instó con un gruñido áspero.

—Siempre y cuando te cases con la señorita Anand.

Un pesado silencio cayó sobre todos ellos, como una guillotina.

Ni siquiera se molestó en mirar a la mujer que obviamente había organizado todo esto—. ¿La señorita Anand? —preguntó con total incredulidad.

—Sí, eso es correcto.

Se volvió hacia ella, pero estaba sentada erguida, mirando al abogado, en evidente estado de shock.

El silencio fue roto por la risa de sus dos hermanos.

—Os dejaremos solos, entonces. Tendremos un whisky doble listo para ti, Sebastian.

Él ni se molestó en responder, simplemente miró fijamente al abogado, sabiendo que, por una vez, su cara de póker no era tan impasible. No podía ocultar su asombro por haber sido robado.

Había querido una sola cosa de su padre. Su legítima herencia. La mansión y la finca. Había

pertenecido a la familia de su madre, y le había prometido a su querida abuela que, algún día, tomaría posesión y la cuidaría, exactamente como ellos lo habían hecho.

No había querido las riquezas. Era su hogar lo que deseaba. Y acababan de arrebatárselo. Una mujer. Y no cualquier mujer. Sino la hija de la amante de su padre.

CAPÍTULO DOS

¡CASARSE! La palabra del abogado se repetía en la mente de Indra, reverberando una y otra vez como si le hubieran golpeado la cabeza y esta le zumbara por la conmoción.

¡Casarse! La palabra no la abandonaba, mientras permanecía sentada e inmóvil, su reacción habitual ante una confrontación airada o un shock. Había sido así desde aquel fatídico día, cuando presenció la muerte de su padre y su hermano. Se suponía que debía haberse quedado en el pequeño apartamento al que se habían mudado repentinamente, después de que su padre perdiera su dinero en negocios. Pero se había escabullido, incapaz de resistirse al parque infantil que había abajo. Allí se le había acercado un hombre con acento ruso que la había engañado para que identificara el apartamento en el que se alojaban. Y lo que sucedió después la había perseguido durante el resto de su vida. Sus padres le habían dicho que permaneciera escondida, que guardara silencio, y no lo había hecho. Ahora no había armas, ni peligro como el que había experimentado antes, pero su reacción nunca cambiaba. Había aprendido bien la lección.

A lo lejos, escuchó voces alzadas, pero se sentían como a un millón de kilómetros de distancia. El abogado parecía profundamente incómodo, pero estoicamente impasible. Estaba acostumbrado a tratar con su padrastro durante años y, por lo tanto, era inmune a la irritación. Pero, ¿el otro hombre? Miró a Sebastian Richmond. Se había puesto de pie de un salto y se mantenía en una postura amenazante frente al escritorio. Ni siquiera podía distinguir las palabras que decía, tan alterada estaba. Pero fuesen cuales fuesen, era evidente que estaba furioso y era igualmente claro que el abogado se negaba a cambiar su postura.

Mientras Sebastian se alejaba del escritorio y abría de golpe una ventana, permitiendo que el aire fresco de principios de primavera entrara en la sofocante habitación, el abogado la miró por encima de sus gafas.

—Señorita Anand. ¿Se encuentra bien?

Ella abrió la boca para hablar, se lamió los labios secos, pero volvió a cerrar la boca y negó con la cabeza.

El abogado le dijo algo a su asistente, quien le puso un vaso de agua en las manos. Agradecida, tomó un sorbo. Inhaló profundamente y trató de forzar una sonrisa tranquilizadora.

—¿He oído correctamente, señor Jackson? Mi padrastro desea que me case... —Miró la espalda de Sebastian. La tensión en sus anchos hombros era evidente. No podía pronunciar su nombre en voz alta. Podría hacer que esta pesadilla se volviera real.

—Sí, me temo que así es, Indra —dijo, deslizándose en la familiaridad de usar su nombre. Después de todo, era un visitante frecuente de la casa y la conocía bien—. Tu padrastro nunca hizo nada sin razón, aunque es difícil adivinar cuál podría ser en este caso.

Sebastian se dio la vuelta. —Mi padre siempre fue completamente irracional.

Los labios del abogado se tensaron, pero no respondió.

—Y no aceptaré una proposición tan ridícula —continuó Sebastian—. La tierra es mía. Mis hermanos están de acuerdo, siempre ha sido mía. Los padres de mi madre siempre quisieron que fuera mía.

—Era de tu *padre* para legar, Sebastian —dijo el abogado—. Y lo hizo en pleno uso de sus facultades mentales. El testamento es inexpugnable.

—Apelaré.

—Es tu derecho, ya que tienes legitimación. Pero debes saber que, si tienes éxito, los testamentos anteriores de tu padre entrarán en vigor. Su testamento anterior lo dejaba todo a la caridad. No recibirás nada bajo él.

—¡Entonces impugnaré ese también!

—Anticipé que podrías responder de esta manera, por lo tanto, hice que se redactara este documento. —Le entregó una hoja de papel grueso color crema—. Verás listados allí los testamentos anteriores de tu padre y sus beneficiarios. Si sigues ese camino y tienes éxito, lo cual, debo decir, es poco probable, acabarás con mucho menos de lo que se te presenta ahora.

Temblorosa, Indra se puso de pie. —Esto es absurdo, señor Jackson. Debe ver que lo es.

Él inclinó la cabeza en reconocimiento de la verdad de lo que ella decía. —Ciertamente es inusual. Y si no les gusta, pueden rechazarlo. Pero, si lo hacen, se irán sin nada. No se hizo ninguna otra disposición para ti.

Un nudo se le formó en la garganta, y asintió. Solo había una cosa que quería, y no era dinero. Era continuar viviendo en el único lugar del mundo en el que se sentía segura, y continuar su trabajo en la finca.

El abogado se volvió hacia Sebastian. —Y lo mismo se aplica a ti. Si no estás de acuerdo, te irás sin nada.

Sebastian se encogió de hombros. —Podemos casarnos y divorciarnos inmediatamente. Eso satisfará las condiciones del testamento.

El abogado se aclaró la garganta. —Cinco años —murmuró. Miró de uno a otro—. Vuestro padre ha estipulado que deben permanecer casados y vivir en la propiedad durante cinco años antes de divorciarse, de lo contrario la casa y la finca pasarán a ser propiedad de la caridad.

Sebastian maldijo y se alejó de nuevo hacia la ventana. Volvió a mirarlos, incapaz de controlar su ira. —¿Esto es siquiera legal? Suena arcaico.

—Los legados condicionales son ciertamente inusuales. Pero me temo que *es* completamente legal. Se ha establecido como un fideicomiso testamentario, cuyas condiciones específicas son bienvenidos a examinar, pero puedo asegurarles que es inexpugnable.

—Entonces, aclaremos esto. Si impugno esto, ¿no cree que ganaré y, si pierdo, lo perderé todo?

—Exactamente.

—Entonces está claro —dijo, mirando a Indra—. Debemos casarnos.

Ella jadeó. —¿Quieres esto?

—Por supuesto que no *quiero* esto. Pero si es la única manera en que puedo heredar la finca, entonces lo haré. Podemos llevar vidas separadas. —Frunció el ceño al abogado—. Supongo que mi padre no ha insistido en que tengamos relaciones sexuales como parte de las condiciones del testamento.

Alarmada, siguió la mirada de Sebastian hacia el abogado. De repente se preguntó exactamente cuánto poder ejercía su padrastro desde la tumba.

—Por supuesto que no —dijo el abogado, pareciendo aún más incómodo—. El matrimonio

fue la única estipulación, y vivir en la finca, por supuesto. Pero en cuanto a cómo lleven su vida, eso depende enteramente de ustedes.

—Bueno, ¡me alegro de que mi padre me haya permitido alguna libertad! —Sebastian se volvió hacia ella—. Entonces, Indra —supongo que puedo dirigirme a ti por tu nombre de pila ya que vamos a casarnos— ¿estás dispuesta a casarte conmigo para obtener tu herencia?

Indra se erizó de indignación. ¿Cómo se atrevía a quedarse ahí parado exigiendo una respuesta a tan terrible pregunta? La hacía parecer codiciosa y materialista. Ella solo quería una cosa: la seguridad y protección de su hogar. *Este* hogar. Él malinterpretó su silencio.

—Quiero decir —dijo con sarcasmo—, la alternativa no es precisamente atractiva. Marcharse de aquí sin nada.

Ella se negó a dejarse intimidar para responder su pregunta. En cambio, mantuvo la mirada fija en el abogado.

—Acepto las condiciones. ¿Hay algo más?

El abogado le dio una sonrisa amable y negó con la cabeza.

—No, eso es todo.

—Bien. Entonces me iré. Tengo trabajo que hacer. —Lo tenía, pero sabía que sería incapaz de concentrarse en el trabajo. También sabía que se negaba a estar en compañía de este hombre arrogante un segundo más de lo necesario. Él era todo lo que su padrastro lo había acusado de ser: arrogante, frío e implacable. Parpadeó para contener las lágrimas al recordar cuán amargamente su padrastro había hablado de su hijo mayor, y sin embargo había insistido en que se casara con él. Parecía el colmo de la crueldad. ¿Por qué lo había hecho? No podía creerlo.

Sin mirar atrás hacia la habitación silenciosa —sin duda Sebastian estaba esperando que desapareciera para poder argumentar más su punto—, cerró la puerta suavemente tras ella. Se concentró en poner un pie delante del otro. El ligero clic de sus tacones bajos en el suelo de parqué se apagó al cruzar la alfombra del pasillo, antes de convertirse en un leve traqueteo cuando su pie desalojó las varillas de latón de los protectores de la escalera. El andar deliberado se convirtió en una carrera al subir un segundo tramo de escaleras, esta vez sin alfombrar, hacia el cuarto de los niños en el piso superior, que había sido su dominio desde que llegó con su madre a esta casa diez años atrás, una niña asustada de doce años que había presenciado el brutal asesinato de su padre y hermano.

Una vez dentro del largo cuarto infantil, ahora equipado con libros, hermosas alfombras, escritorio y equipo informático, se relajó y se desplomó en el diván, hundiendo la cabeza entre las manos, y dejó fluir las lágrimas.

¿Cómo podía su padrastro, el hombre que ella y su madre habían llegado a amar, el hombre que le había mostrado tanta ternura, bondad y cuidado, insistir en un matrimonio con un hijo al que nunca veía y por quien no tenía amor ni respeto? ¿Cómo podía haberle hecho algo así?

Debía haber sabido que ella no tenía otra opción más que aceptar. Puede que el abogado no lo supiera, y ciertamente Sebastian no tendría ni idea, pero Richmond Manor era el único lugar donde se sentía segura. El único lugar donde podía imaginarse viviendo. Lo amaba como si fuera suyo, exactamente como lo había hecho desde el momento en que ella y su madre entraron en la vida de Charles Richmond hace tanto tiempo. Pronto descubrió que a Charles le encantaba que ella estuviera tan interesada en la propiedad. La había animado en sus estudios y la había introducido en todos los aspectos de su negocio. Había terminado gestionando toda la propiedad durante la larga enfermedad de su padrastro. Él la había amado. Ella lo sabía. Y sin embargo, ¿cómo podía haberle impuesto tal matrimonio? ¿Con un hombre que sabía que era frío y cruel? ¿Un hombre que ni siquiera se había molestado en venir a ver a su padre moribundo?

Sí, significaba que podía quedarse en su refugio del mundo, pero ¿a qué precio? ¿Qué demonios iba a hacer?

De repente, sonó su teléfono móvil y ella dio un respingo. Miró la pantalla. Sebastian. Debía haber conseguido su número de la oficina. Tocó la pantalla.

—Indra al habla.

Contuvo la respiración ante la voz autoritaria de Sebastian y se concentró en su respiración mientras escuchaba su pregunta.

—¿En diez minutos, dices? —Hizo una pausa. Sabía que tendría que enfrentarse a él en algún momento, pero quería demostrarle que sería en sus propios términos—. No. Media hora. —Cortó la llamada antes de que él tuviera la oportunidad de responder. Puede que él hubiera convocado una reunión, pero necesitaba saber que no todo sería en sus términos.

Arrojó el teléfono sobre la cama y caminó hacia el espejo. Con mano temblorosa, sacó un pañuelo de una caja y se limpió los últimos rastros de lágrimas y las manchas de rímel de debajo de los ojos. Tenía que controlarse. Necesitaba estar calmada y en control. Necesitaba *no* sentirse intimidada por Sebastian. Era solo un hombre, se insistió a sí misma. Un hombre falible con un gran ego. Según su padre, también tenía un intelecto tan agudo como su buen aspecto. Era un enigma. Pero uno que tenía que entender si iba a sobrevivir a esta prueba. Empezaría en línea, intentaría averiguar todo lo posible sobre él. “Sebastian Richmond”, tecleó, antes de pulsar la tecla enter. El hombre con el que estaba a punto de casarse.

Sebastian tomó el whisky de sus hermanos, se lo bebió de un trago y luego lo rellenó de la licorera de cristal. Rara vez bebía durante el día, pero entonces, rara vez descubría que tenía que casarse con alguien a quien acababa de conocer. Necesitaba el calor ardiente del whisky para contrarrestar su propio fuego interior, que ardía, alimentado por el conocimiento de que su padre había tenido la última palabra. Sebastian había imaginado que llegaría y todo iría sobre ruedas ahora que su padre había fallecido. Pero no había anticipado el alcance total de la astucia de su padre. Su padre estaba decidido a vengarse de él, incluso desde más allá de la tumba.

Dejó a sus dos hermanos, que parecían encontrar toda la situación muy divertida, jugando al billar y riéndose de él a sus espaldas, y volviendo al vestíbulo, abrió la puerta a la izquierda de la puerta principal, el salón.

Tan pronto como entró en la habitación, la combinación de cera y flores lo transportó a un tiempo, hace tantos años, cuando esta había sido la habitación favorita de su madre. Los recuerdos eran dolorosos y bienvenidos a la vez. Los jarrones aún estaban llenos de las mismas flores: rosas blancas. Frunció el ceño y miró alrededor. Nada había cambiado.

Los mismos cojines de terciopelo azul pálido estaban esponjados sobre los sofás de chintz descolorido. Las mismas cortinas de terciopelo azul a juego colgaban por encima de la curva de las enormes ventanas, ocultando los asientos de ventana donde solía refugiarse de su padre cuando era niño. Los castigos habían llegado a raudales después de que su madre muriera. Después de un tiempo, su padre había dejado de intentar inventar una razón para ellos. Así que Sebastian simplemente lo evitaba, viniendo aquí y acurrucándose con los libros de historia que había sacado a escondidas de la biblioteca, rodeado de recuerdos de su madre.

Se giró de repente, esperando a medias ver a su madre sentada mientras entretenía a sus amigas o miembros del comité con té, pastel y chismes. Una ola de nostalgia lo invadió, como no había experimentado en veinte años.

Esto era ridículo. Miró de reojo el reloj de carruaje antiguo, que había estado delicadamente

posado sobre la repisa de la chimenea, marcando las horas de la vida de su madre, hasta que esas horas terminaron tan prematuramente. Desvió la mirada del reloj hacia las fotografías familiares que habían estado agrupadas en los aparadores y mesas ocasionales desde la época de sus abuelos. Le gustaba pensar que tal vez su padre había mantenido la habitación inalterada en memoria de su madre. Pero, más probablemente, simplemente no se había molestado en cambiarla. De cualquier manera, se sentía reconfortado por la presencia invisible y los recuerdos de la familia que había amado y que alguna vez lo había amado a él.

Un golpe seco en la puerta interrumpió sus reminiscencias. Cerró los ojos en un vano intento de reprimir su irritación. ¿Qué demonios de venganza estaba tratando de ejercer su padre sobre él? Se dio la vuelta, dando la espalda al fuego ardiente.

—¡Adelante! —dijo, brevemente sorprendido por la orden instintiva tan reminiscente de su padre.

Indra abrió la puerta, lo miró y luego cerró la puerta tras ella. Todavía llevaba la misma ropa que había usado para la reunión. Y aún tenía el mismo efecto de restar importancia, incluso ocultar, su belleza. Le sorprendió lo diferente que parecía de la mujer que había visto por primera vez galopando hacia él a través de la lluvia brumosa. Entonces se veía impresionante con su cabello oscuro ondeando tras ella, cabalgando con una facilidad y ritmo naturales que mostraban cuán en sintonía estaba con el caballo. Tal empatía con los animales era rara. Él debería saberlo. Él también la tenía. Parecía que tenían al menos una cosa en común. Pero aún así no era nada sobre lo que construir un matrimonio.

—Querías verme —dijo ella, levantando la barbilla como si estuviera decidida a contrarrestar la vacilación natural que detectó en su voz. Ciertamente no era miembro de las clases altas de Inglaterra. Ninguna de las mujeres de su familia o sus amigas actuaban con tal deferencia. Pero entonces, a pesar de la posición a la que había ascendido en el hogar de su padre, ella era simplemente la hija de su ama de llaves. Incluso cuando su madre se había convertido en su amante, sin duda había permanecido sumisa, porque así era como a su padre le gustaba que la gente fuera a su alrededor.

—Sí. Creo que tenemos mucho que discutir. Pensé que lo mejor sería llegar a algún tipo de acuerdo sensato en torno a este bizarro requisito de mi padre.

—En efecto —dijo ella, sus ojos desviándose de los de él antes de volverse hacia la chimenea, como si estuviera mirando las fotografías enmarcadas por primera vez.

Estaba confundido por su distanciamiento. Había asumido que estaría furiosa con él, habiendo imaginado que se le legaría dinero, no este lío. Pero ella estaba de pie ante él, elegante, hermosa y fríamente distante. Muy diferente de la criatura natural que había visto en el parque. Se encogió de hombros. Supuso que esta no era exactamente una situación normal.

—¿Deseas aceptar las condiciones de mi padre? El señor Jackson dijo que podemos apelarlas.

Ella lo miró con ojos inteligentes y marrón oscuro. Le sorprendió lo oscuros que eran sus ojos. Eran como chocolate negro, invitadores y cálidos, con una profundidad que le hizo darse cuenta de que tenía que estar en guardia. Podría parecer dócil a primera vista, pero entendió instintivamente que la subestimaba bajo su propio riesgo.

—Sí, deseo aceptar.

—Tengo curiosidad. ¿Por qué elegirías aceptar condiciones tan bárbaras?

—Por las mismas razones que tú, supongo. Me dará algo que deseo.

—Supongo que es difícil darle la espalda a tal riqueza y estatus cuando vienes de la nada.

Sus hermosos labios se tensaron. —No vengo de la nada —dijo con altivez.

Sus oídos se aguzaron. Nadie había podido decirle cuál era el origen de ella y su madre. —¿Entonces de dónde vienes?

Era una pregunta directa, y esperaba una respuesta directa. No esperaba ser ignorado.

—La razón por la que deseo aceptar las condiciones de mi amado padrastro es porque... —Los labios, que habían estado tensos solo momentos antes, de repente temblaron mientras los apretaba, como si tratara de evitar ser abrumada por la emoción—. Porque amo este lugar. Es mi hogar. Es el único lugar donde quiero estar.

De todas las cosas que había imaginado que diría, esto ni siquiera había pasado por su mente. Ella volvió a dirigir su mirada inteligente hacia él una vez más.

—Estás sorprendido —dijo.

—Por supuesto. Imaginé que habrías esperado una limosna.

Ella apretó los dientes ante su descripción. —Había imaginado —dijo con dignidad—, que él podría desear proveer para mí de alguna manera. Después de todo, habíamos sido cercanos. Pero no, no una limosna. No habría aceptado una limosna. Nunca le pedí nada. Lo amaba como a un padre y creo que él me amaba como a una hija. Más de lo que amaba a sus propios hijos, eso es seguro. Más de lo que *tú* lo amabas a *él* —añadió, la ira burbujeando antes de que pudiera evitarlo.

Él metió los puños en sus bolsillos. —No sabes lo que sentía por él. Y no imagines que lo sabes.

—La imaginación juega un papel pequeño en lo que estoy haciendo. Es cristalino. He estado viviendo aquí durante diez años y ni tú, ni tus hermanos, se han molestado en hacer una visita. Ni siquiera cuando estaba enfermo.

Él abrió la boca para replicar bruscamente, pero suspiró en su lugar. Ella tenía razón en los hechos, pero no en las razones detrás de ellos.

—No sabíamos que estaba enfermo. Nadie nos lo dijo.

Ella inclinó la cabeza. —¿Qué quieres decir? Él me dijo que se había puesto en contacto con todos ustedes.

Él soltó una risa desdeñosa. —La verdad y las mentiras eran lo mismo para mi padre.

—No te creo.

—Puedes creer lo que quieras. No sugerí que nos reuniéramos porque tenga alguna necesidad de convencerte de nada. No quiero tu comprensión. Lo único que quiero de ti es un acuerdo sobre cómo podemos manejar esta situación ridícula.

—Si esto es demasiado ridículo para ti, simplemente puedes alejarte. Volver a tu carrera de ¿qué era? Ah, ya sé, apostar y mujeres de vida alegre.

Habría estado más enojado si las palabras “mujeres de vida alegre” no lo hubieran divertido con sus connotaciones anticuadas.

—Dicho así, suena muy atractivo.

—No necesitas el dinero.

—¿Cómo lo sabes? —Entonces se dio cuenta—. Ah, debes haber estado haciendo un poco de investigación. —Asintió con aprobación—. Me alegra ver que mi prometida tiene una cabeza para los negocios.

—Y tampoco me importa lo que pienses —replicó ella bruscamente—. No has respondido a mi pregunta. ¿Por qué no te alejas?

—¿Y por qué querría hacer eso?

—Para evitar casarte con alguien que no conoces y por quien no sientes nada. Esa es una buena razón.

—No es suficiente. Porque, al igual que tú, yo también veo este lugar como mi hogar. Puede que no haya venido aquí a menudo, pero crecí aquí. Estas cosas —hizo un gesto alrededor de la habitación— fueron colocadas por mi abuela y mi madre. Por suerte, parece que a mi padre no le importó hacer cambios.

—Estás equivocado —dijo ella.

—¿Perdón?

—Estás equivocado. Le dio instrucciones estrictas a mi madre de que esto siempre debía permanecer como estaba. No quería que se hicieran cambios en esta habitación.

Ella había logrado sorprenderlo. Él miró las flores y ella siguió su mirada.

—Sí, incluso las flores. Tengo un pedido permanente para ellas. Le dijo a mi madre qué tipo de flores y dónde comprarlas, y ella me pasó la información.

—¿Por qué? —Negó con la cabeza—. ¿Por qué haría eso?

Ella se encogió de hombros. —Asumimos que era porque amaba a su esposa y quería un recordatorio permanente de ella.

—¿Eso no molestaba a tu madre?

—Para nada. Para empezar, como sin duda sabes, mi madre fue contratada como su ama de llaves, así que naturalmente seguía sus instrucciones. Y luego, mucho más tarde, después de que creciera el amor entre ellos, continuó con la tradición. Mi madre tenía un corazón amoroso y generoso. Sabía que un corazón es lo suficientemente grande para amar a más de una persona. Exactamente como lo hizo con mi padre. No, no estaba celosa de los sentimientos de Charles hacia tu madre.

Él gruñó y miró hacia otro lado. Esto no era como se había imaginado que había sido.

—Como sea —dijo, decidido a mantener el control de esta reunión—. Aquí está mi propuesta. Uno, nos casamos como se requiere y luego, tan pronto como pasen los cinco años, nos divorciamos. Te pagaré y te irás de aquí.

—¿Y si no quiero irme?

—Lo harás.

—¿Y cómo crees que me harás ir? ¿Eh? —Parecía que la ira por lo que percibía como una amenaza la había vuelto audaz. Dio unos pasos hacia él. Estaba tan cerca ahora que podía ver que el marrón profundo de sus ojos estaba compuesto por motas negras y doradas que casi hacían que sus ojos parecieran estar en llamas. Una ceja estaba levantada en una pregunta enojada—. Si crees que puedes intimidarme como lo haces con todos los demás, estás muy equivocado. He conocido a personas mucho peores que tú en mi vida.

De nuevo, había aludido a su pasado, y eso lo intrigaba. —¿En serio? ¿Como qué?

Observó cómo la ira se desvaneció repentinamente, cuando ella se dio cuenta de lo que había sido forzada a revelar.

—Como que no es asunto tuyo. —Dio un paso atrás y se pasó los dedos por el pelo, acomodando un mechón suelto detrás de la oreja—. Simplemente no me amenaces. No me gusta y no funcionará. Si me voy, será en mis términos. Porque yo quiera. No tendrá nada que ver contigo.

A pesar de sí mismo, estaba impresionado por cómo se defendía. No podía ser fácil.

—No te amenacé. Simplemente dije que no puedo imaginar que estar aquí juntos sea agradable en ningún sentido de la palabra. Y que no seré yo quien se vaya.

—Ni yo.

Él se encogió de hombros. —En ese caso, estamos atrapados el uno con el otro. Así que propongo que durante esos cinco años, llevemos vidas separadas. La casa es lo suficientemente

grande, eso es seguro. Puedes tener el uso del piso superior y el ala este y dejarme el resto a mí. Quiero dejarlo claro. No habrá intrusiones en mi lado de la casa.

—Y me gustaría dejar claro que tú no entrarás en *mi* lado de la casa. Ni arriba.

—Puedo asegurarte que no tengo ningún deseo de volver a visitar mi cuarto de la infancia, muchas gracias.

—Bien, porque lo uso como mi oficina.

Él arqueó una ceja sorprendido. Pero se alegró de que el único lugar que odiaba en la casa estuviera doblemente fuera de su camino ahora.

—El Sr. Jackson dice que, legalmente, tenemos que esperar veintiocho días antes de poder casarnos. Sugiero que, durante este tiempo, comencemos como pretendemos continuar. Tú haces lo que quieras para pasar el tiempo mientras yo dirijo la finca.

—*Yo* dirijo la finca —dijo ella simplemente.

—¿Qué quieres decir?

—He estado trabajando junto a mi padrastro hasta que enfermó y luego me hice cargo. He estado administrando la finca mientras Bill dirigía el centro de entrenamiento.

Una oleada de ira pulsó por sus venas. —Ya no dirigirás la finca —dijo.

—Tendré que hacerlo —se encogió de hombros— si quieres que el negocio continúe.

—No hay necesidad. Hablaré con el gerente y él me dirá todo lo que necesito saber.

Ella arqueó una ceja perfectamente delineada y él volvió a sentir su poder y su fuerza. —¿Quieres hablar con la gerente? Ya estás hablando con ella. —Incluso tuvo la audacia de acercarse más a él y mirarlo a los ojos—. *Yo soy* la gerente. Mi padrastro despidió al anterior por incompetencia, una incompetencia que yo descubrí, por cierto. Y, si deseas que te diga algo sobre el negocio de la finca, será mejor que dejes de tratarme como si fuera estúpida —dijo, caminando hacia la puerta. Allí se detuvo y lo miró por encima del hombro—. Si quieres saber sobre la finca, puedes unirte a la reunión mañana por la tarde en la oficina de la finca y puedo comenzar a educarte.

Cerró la puerta antes de que él pudiera pronunciar palabra alguna de acuerdo.

Él había impuesto las reglas, pero ¿cómo es que ella había volteado las cosas a su favor?

CAPÍTULO TRES

LOS HERMANOS DE SEBASTIAN no se habían quedado más tiempo. Ansiosos por continuar con sus vidas y disfrutar de su buena fortuna, se habían marchado esa misma noche rumbo a Londres. Sebastian no lo lamentaba. El contraste entre su situación y la de ellos era irritante, y sus hermanos no habían dejado de burlarse de él por ello. Ninguno de los dos parecía tener preocupación alguna, y el testamento de su padre solo les había otorgado mayor libertad. Mientras que Sebastian había renunciado a su libertad, ¿y para qué? Para casarse con una desconocida y obtener la propiedad parcial de su hogar. Pero, mientras caminaba por los terrenos a la mañana siguiente, con los rayos del sol temprano atravesando los bosques y enviando destellos de luz sobre el lago, Sebastian sabía que incluso una parte de su hogar era más importante para él que cualquier otra cosa. Y si pudiera obtener la posesión de toda la propiedad, sabía que sería aún más feliz. Pero, ¿cómo? La única manera sería que Indra aceptara irse, y ella no parecía dispuesta a hacerlo. Lo que dejaba la pregunta: ¿cómo podría *obligarla* a irse? No tenía idea, pero sabía por dónde empezar.

El resto de la mañana la pasó frente a la computadora y al teléfono, tratando de averiguar exactamente con quién estaba lidiando. ¿Quién era Indra Anand, de dónde venía y, más importante aún, cómo podría deshacerse de ella? Había revisado los sospechosos habituales primero: Facebook, noticias locales, otras cuentas de redes sociales, pero no había encontrado nada. Era como si Indra y su madre hubieran llegado a la finca Richmond sin un pasado. Empezaba a pensar que tal vez ella *sí* tenía algo oculto en su pasado que podría usar en su contra. Solo había una forma de averiguarlo, así que había contactado a un investigador privado y le había dado *carta blanca* para descubrir todo lo que hubiera que saber sobre la mujer. Mientras tanto, se había dirigido al personal de la finca para ver si podía obtener alguna información de ellos.

Todo lo que sabía era que tenían ascendencia india, eso lo atestiguaba su apariencia. Pero de qué país provenían —India, Malasia, Indonesia o algún otro lugar— no tenía idea. Y, a pesar de las discretas indagaciones hechas al personal de la finca y a otros con quienes ella había tratado, nadie pudo darle información de ningún tipo. No pudieron confirmar qué tipo de acento tenía su madre, ni arrojar luz alguna sobre ninguna de las dos. El acento de Indra no revelaba nada. Era un inglés de clase alta puro que había adquirido, suponía él, gracias a los tutores que su padre había empleado para educarla en casa. Él y sus hermanos habían sido enviados a internados desde temprana edad, pero parecía que el amor de su padre por Indra era más profundo que por sus propios hijos, y no había querido que ella estuviera lejos de él. O tal vez era más seguro para ella de esa manera.

Así que no tenía idea de dónde habían venido y, con cero presencia en las redes sociales, no

sabía si ella tenía amigos o intereses fuera de la finca. Y, comenzaba a sospechar, ambas cosas eran deliberadas. Una cosa que *sí* había aprendido del personal de la finca era que ella haría cualquier cosa para evitar que le tomaran una fotografía. Extraño en todos los sentidos, pero especialmente extraño para una mujer hermosa de poco más de veinte años, cuando la mayoría de sus pares estaban haciendo pucheros en Instagram o TikTok. Pero tal vez era mayor de lo que parecía. No tenía idea porque ni siquiera podía averiguar su verdadera edad. No era de extrañar que él y sus hermanos supieran tan poco sobre ella, o su madre, antes de la muerte de su padre. Charles Richmond las había protegido a ambas del mundo exterior y él no tenía ni idea de por qué. Pero, sin la protección de su padre, la hermosa Indra estaba expuesta. Ahora todo lo que tenía que hacer era descubrir a qué estaba expuesta. Ahí es donde entraba el investigador privado.

Se negaba a rendirse. Lo que había comenzado como mera curiosidad se había convertido en algo mucho más serio, porque sentía que había algo extraño sucediendo. Las personas solo eran secretivas sobre su pasado si tenían algo que ocultar. Y si Indra tenía algo que quería ocultar, entonces podría valer la pena saber exactamente qué era. Podría ser capaz de usar ese tipo de información.

Levantó la vista de su computadora cuando escuchó pasos en las escaleras, y luego la puerta principal abrirse y cerrarse. Miró su reloj. Era hora de la reunión. Y tal vez una conversación privada antes podría ayudarlo a llenar los enormes vacíos en su historia.

—Buenos días —llamó, demasiado fuerte como para que ella lo ignorara. Eso habría sido grosero, y si había algo que percibía sobre esta mujer gentil, pero fuerte, era que era educada hasta el extremo. Observó cómo su paso vacilaba y luego se detenía por completo antes de que sus hombros se elevaran y cayeran mientras exhalaba un suspiro frustrado. Él sonrió—. Y qué hermosa mañana es —dijo, acercándose a ella, decidido a ser el hombre que no era: educado y atento. Tal vez de esa manera descubriría algo sobre ella.

Ella se volvió hacia él. Podía ser educada, pero también era transparente. La irritación estaba escrita en todo su rostro.

—Tú podrás pensar eso.

—¿Y tú no? —dijo él, poniéndose a su lado mientras caminaban sobre la grava del camino hacia las oficinas de la finca—. El sol brilla. —Vaciló mientras trataba de pensar en el tipo de cosas que otras personas dirían. Fue recompensado con una mirada irónica—. Las hojas están brotando en los árboles y el verano no está lejos.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó ella, sin mirarlo de nuevo, pero acelerando el paso.

Él metió las manos en sus bolsillos y miró alrededor.

—Tal vez sea la primavera.

—¡Bah! De alguna manera dudo que esa sea la razón. Además, hay más en la vida que el clima.

—¿Como qué? —preguntó él, decidiendo fingir inocencia.

Ella le lanzó una mirada de reojo.

—Como asegurarse de que la tienda de la granja esté bien abastecida para el fin de semana festivo. Estará ocupada hoy y será un desafío mantenerla abastecida.

—¿Cuál es el problema? La gente puede volver mañana.

Ella negó con la cabeza como si lo compadeciera. A él no le gustaba que lo compadecieran.

—¿Qué? —preguntó, parándose frente a ella con las manos abiertas, obligándola a detenerse.

Ella se cruzó de brazos.

—La tienda de la granja estará cerrada mañana.

—¿Cerrada?

—¡Sí! Las oficinas de la finca estarán cerradas. Es una tradición que Charles comenzó hace algunos años. Todos los trabajadores de la finca tienen el fin de semana largo libre.

—Esa es una nueva tradición.

—Sí, lo es.

—No me digas. Fue tu madre quien lo impulsó a hacerlo.

Ella asintió.

—Ahora, ¿podemos continuar? Tenemos trabajo que hacer y no mucho tiempo para hacerlo.

Él levantó las manos en señal de rendición.

—Por supuesto. —Se hizo a un lado y continuaron caminando hacia las oficinas de la finca. Abrió la puerta para ella y entró. Una docena de rostros curiosos los miraron a ambos desde alrededor de la mesa de juntas. Podía ver que su interés la irritaba. Ella tomó el asiento vacío en la cabecera de la mesa. Nadie pareció sorprendido excepto él. Obviamente estaban acostumbrados a que ella tomara el mando. No había exagerado cuando dijo que era la administradora de la finca y que estaba a cargo de todos los aspectos del negocio de la propiedad.

En lugar de tomar asiento al pie de la mesa donde, sin duda, Indra les había dicho que lo colocaran, permaneció de pie. Se cruzó de brazos y se apoyó contra la pared, decidiendo que aprendería mucho más observando y escuchando.

Por lo que podía ver, todo transcurría como de costumbre mientras trabajaban en los puntos de la agenda. Pero podía sentir la tensión creciente a medida que las personas se removían en sus sillas y lanzaban miradas preocupadas hacia Indra. Parecía que ella también podía sentirlo. Con cada punto de la agenda, miraba expectante, pero no ocurrió nada hasta el último punto.

—Bien, último punto —dijo Indra—, el centro de entrenamiento. —Miró alrededor de la sala, consciente de un silencio tenso. Sus ojos se posaron en Bill, el gerente de entrenamiento—. ¿Bill? ¿Algo que informar?

Bill se aclaró la garganta y miró a sus colegas, ninguno de los cuales le devolvió la mirada.

Indra inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Los nuevos caballos se han adaptado bien? —Revisó su portátil—. Parece que el entrenamiento va bien.

—El entrenamiento *iba* bien —dijo Bill, con su fuerte acento de Norfolk.

—¿Iba? —cuestionó Sebastian a Bill, caminando detrás de Indra para poder ver a todos. No le gustaba cómo sonaba esto. El centro de entrenamiento de caballos de carreras era el pilar de las finanzas de la finca.

Todas las miradas pasaron de Indra a Sebastian.

—¿Qué quieres decir con “iba”? —repitió Sebastian.

—*Iba* bien hasta que recibimos una llamada de Lord Bridges —dijo Bill.

—¡Lord Bridges! —exclamó Indra, con una voz apenas elevada—. ¿Recibiste una llamada de Lord Bridges y no me la pasaste? —A pesar de su tono tranquilo, dominaba la sala y la atención de todos pasó de Sebastian a Indra, especialmente Bill, quien había recibido la llamada del cliente más importante del centro de entrenamiento.

—No, no lo hice —dijo Bill avergonzado—. Iba a hacerlo, pero dijo que tenía prisa.

—¡Apuesto a que sí! —dijo Indra, reclinándose en su silla. El único signo externo de tensión era el golpeteo de su bolígrafo sobre el escritorio—. ¿Qué te dijo exactamente? —preguntó.

—Nada mucho —murmuró Bill. El movimiento en su asiento y las miradas de reojo a los otros trabajadores de la finca contradecían su negación—. Quiero decir, contesté el teléfono. Intercambiamos cortesías y luego dijo que retiraría sus caballos a partir de la próxima semana.

Sebastian frunció los labios y soltó un lento silbido. Esto era, en efecto, una noticia. Una mala noticia.

—¿Y te dio alguna razón por la que lo haría? —preguntó Indra.

El hombre se encogió de hombros.

—No. Solo dijo que se los llevaría el lunes.

Indra chasqueó la lengua y frunció el ceño.

—Con el fallecimiento de Charles, mi suposición es que piensan que el centro de entrenamiento ha perdido su liderazgo.

—Pero yo he estado gestionando el entrenamiento durante años —dijo Bill—, incluso antes de que Charles enfermara. Y tú has estado haciendo todas las finanzas.

Sebastian estaba sorprendido. Quien llevaba las cuentas de cualquier empresa estaba a cargo, y parecía que Indra no había mentido. Tenía un control firme sobre todos los aspectos del negocio de la finca.

—Sí, pero nadie está al tanto de ello —dijo ella con seriedad.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Bill. Todos los ojos estaban puestos en ella esperando una solución. Al igual que los suyos.

—¿Hacer? —preguntó, mirando fijamente a cada uno de su equipo por turno. Él no lo podría haber hecho mejor—. Haremos lo que sea necesario para mantener a nuestros clientes actuales y atraer más. Esa es la única manera. Porque sin caballos de carreras no tenemos centro de entrenamiento, ni establos, ni reputación y unos ingresos masivamente reducidos.

—¿Y cómo hacemos eso? —preguntó un entrenador.

El cabello de Indra caía liso como una plomada por su espalda en la cola de caballo mientras inclinaba la cabeza pensativa. El silencio se espesó. Era hora de actuar. Hora de desviar la atención de esta joven hacia él, el nuevo señor de la finca.

Caminó alrededor de la mesa hasta que estuvo frente a ella nuevamente. Allí, hizo una pausa y golpeó la mesa de la junta con su puño. Eso captó la atención de todos.

—Tenemos que actuar. Tenemos que hacer lo que sea necesario para mantener a nuestros otros clientes y atraer nuevos. Y entonces, quizás Lord Bridges regrese, *si* lo queremos.

Los trabajadores de la finca asintieron con alivio, aceptando inmediatamente su autoridad.

Indra, sin embargo, se cruzó de brazos.

—Ya he dicho eso.

Él se forzó a darle el tipo de sonrisa que daba a las mujeres que deseaba seducir. No lo mostraba a menudo, pero cuando lo hacía, generalmente tenía el efecto deseado. Pero, cuando vio su rostro, se dio cuenta de que probablemente había encontrado a la única mujer en el mundo que se negaba a sucumbir a sus encantos, tales como eran.

Permitió que su sonrisa se disolviera. Si ella quería jugar duro, él lo haría.

—¿Qué tal si doy un paso atrás —dijo— y te permito continuar? Permitirte decirnos a todos cómo propones que hagamos eso.

Ella le lanzó una mirada oscura y fulminante.

—Sé lo que necesitamos hacer. Lo que no es tan obvio es cómo lo hacemos.

—Creo que lo es. Creo que necesitamos hacer que la gente sea consciente de todo lo que ofrecemos en el centro de entrenamiento. Elevar su perfil. Me parece que no se ha hecho marketing en años. En la época de mi abuelo, él organizaba eventos regulares para generar interés local, lo que llevaba al boca a boca, que llevaba a negocios internacionales. Pero eso fue hace décadas. No podemos vivir de *su* reputación para siempre. Tenemos que crear una nueva. Si no saben lo que ofrecemos —dijo, encontrándose con su mirada sorprendida—, entonces

tenemos que mostrárselo. —Apartó su mirada y miró a Bill—. Mediante una exhibición pública. —Sabía cuánto odiaría ella eso por su investigación. Metió las manos en los bolsillos—. Como una carrera, una reunión *pública*, algo así. Algo *grande*. —Se balanceó sobre sus talones y la miró fijamente. Había lanzado el desafío.

Indra le devolvió la mirada con una expresión helada.

—No *hacemos* exhibiciones públicas.

—¿Por qué no? Necesitas elevar el perfil del centro de entrenamiento y ¿qué mejor manera que hacer una exhibición pública?

¿Era su imaginación o su mirada firme flaqueó?

—Un enfoque *dirigido* es mejor —insistió ella—. Seleccionamos personas y las invitamos aquí para mostrarles el lugar. El enfoque personal es mucho más efectivo.

—¿Y tú lo sabrías porque...? —Se paró al pie de la mesa y se inclinó, agarrando el borde. Ella estaba en el otro extremo, con los brazos cruzados. Apenas era consciente de los trabajadores de la finca a su alrededor. Esto era entre ella y él.

—Porque he estado dirigiendo esta finca durante años y aprendí todo lo que sé de Charles Richmond.

—Bueno, obviamente no es suficiente.

Sus mejillas estaban sonrojadas y sus ojos oscuros parecían carbones negros. Él había encontrado un punto débil en su armadura: su orgullo por dirigir la finca, y al combinarlo con el otro —su necesidad de privacidad—, se dio cuenta de que acababa de descubrir la manera más efectiva de sacarla de su zona de confort. Y, tal vez, acercarse a descubrir lo que ella ocultaba del mundo.

—Fue antes de que llegaras. Sin duda, la decisión de Lord Bridges estuvo influenciada por *tu* presencia. *Tú* eres lo único que ha cambiado por aquí.

—Tal vez —concedió él—, y tal vez no. A menos que atienda tus llamadas, lo cual, por lo que parece, no quiere hacer, nunca lo sabrás. La única manera de avanzar es asegurar el negocio existente y conseguir nuevos clientes.

—Podemos hacer eso sin hacerlo a lo grande y en público.

Bill tosió y Sebastian miró alrededor para encontrar a todos observándolos como si fueran la audiencia de algún tipo de espectáculo de variedades. Se alejó de la mesa e Indra se sentó y reorganizó algunos papeles.

Bill miró de uno a otro. —Si me permite añadir, señor, que encontramos que el enfoque discreto funciona bien. —Era evidente que Indra era muy respetada para que Bill la defendiera cuando estaba claro que su propia sugerencia tenía más mérito. Y sabía que Bill era consciente de ello.

—Bueno, no está funcionando bien ahora, ¿verdad? Sugiero una ofensiva total. Es lo único que se puede hacer si estamos a la defensiva. Salir a luchar con un gran evento.

—Eres un extraño en esto, Sebastian —dijo Indra con voz más calmada—. Te sugiero que nos lo dejes a nosotros hasta que estés familiarizado con el negocio de la finca.

Ella había ido demasiado lejos. Él volvió a acercarse a la mesa, desafiándola a que modificara su sugerencia de alguna manera. Ella no lo hizo.

—Pero lo que estás olvidando, *Indra* —enfatizó pesadamente su nombre— es que tenemos la carta del triunfo. Nuestro *compromiso*. —Dijo la última palabra lentamente y con deliberación, permitiendo que la enormidad de su significado calara en todos los presentes.

Murmullos de asombro recorrieron la sala. El rubor en sus mejillas se intensificó y sus ojos perdieron repentinamente su confianza.

—¡Todos fuera! —dijo él con voz elevada, no lo suficientemente alta para indicar enojo, pero sí para transmitir intención y autoridad. Nadie objetó. En segundos habían abandonado la sala, y él cerró la puerta firmemente tras ellos.

—No —dijo Indra, con voz que temblaba de indignación— vuelvas a humillarme así jamás.

—Si te sientes humillada por la verdad, te sugiero que cambies esa verdad. Vete. Ahora mismo. No tienes que casarte conmigo. Puedes salir directamente de aquí.

—Y eso te gustaría, ¿no?

—Sí.

—No me voy a ninguna parte. Este es mi hogar.

Él gruñó con desdén. —Tu madre era el ama de llaves de mi padre. Viniste aquí como empleada. Esto nunca iba a ser tu hogar.

—Mi madre y tu padre se amaban profundamente.

—Sí, claro. Lo que sea. —Estaba cansado de todas estas cosas sentimentales. Ya era hora de que alguien se lo explicara claramente—. Pero los hechos son que tú no estás emparentada con nuestra familia y no deberías tener ningún derecho sobre la finca.

Ella arqueó una ceja. —Los hechos, Sebastian, son que *sí* tengo un derecho sobre la finca. Y no hay nada que puedas hacer al respecto. Así que te sugiero que dejes de intentar intimidar a todos a tu alrededor y dejes el negocio en nuestras manos, en las de mi equipo y las mías.

Él negó con la cabeza, incrédulo. —¿Qué hace falta para que lo entiendas? Ahora es *mi* negocio. Y me parece que está fracasando.

—Y te repito. Es *nuestro* negocio, el de mi equipo y el mío.

—Ellos son subordinados. Harán lo que yo les diga que hagan.

Ella soltó una risa sin humor. —Tu padre te describió con tanta precisión.

Sus ojos se estrecharon. —No te atrevas a meter a mi padre en esto.

—Es difícil no hacerlo. Él es la causa de todo esto. La razón por la que estamos aquí. Mi padrastro, tu padre, no puede ser ignorado.

—Y su fallecimiento es la razón por la que estamos perdiendo negocios. Y la razón por la que necesitamos actuar.

—¡No! Debe haber otra manera.

—He revisado las cuentas, Indra. Sin estos grandes nombres, estaremos operando con pérdidas.

—¿No crees que lo sé?

—No estoy seguro de lo que sabes si rechazas a propósito una idea tan lucrativa.

—No hago eventos públicos.

—¿Por qué no?

Se miraron fijamente. Tan cerca, la tensión era palpable. Pero no era solo tensión lo que podía sentir, era algo mucho más. Algo relacionado con sus ojos marrones oscuros. Derretidos, invitantes, ardientes. De repente, tuvo una visión de ellos más cerca, mucho más cerca de su rostro, de él observando esos ojos mientras acariciaba ese cuerpo que había visto tan claramente el día anterior. Y por un momento pudo ver que ella también tenía la misma idea. Porque las palabras huyeron de su cabeza y, en su lugar, se lamió los labios y bajó la mirada hacia los de él. Conocía las señales. Las había visto mil veces antes y generalmente actuaba en consecuencia. Pero aquí, ahora, cometió un error. No actuó.

En ese instante, ella se apartó bruscamente, marchó hacia las puertas y las abrió de par en par hacia el paddock donde los caballos estaban siendo ejercitados.

—¿A qué le temes? —preguntó él, sorprendido de oír su propia voz grave, revelando el

arrebato de lujuria que había surgido de la nada.

Ella hizo una pausa, y en ese momento, él supo la respuesta correcta.

—No le temo a nada. —Se volvió hacia él—. ¿Alguna pregunta más?

—Sí. ¿Por qué estás mintiendo?

La expresión en sus ojos era compleja, conteniendo una cautivadora tristeza así como fuerza, y él supo que tenía que descifrarla. No simplemente porque lo necesitaba si alguna vez iba a obtener el control total sobre la finca, sino porque quería hacerlo, en un nivel personal que no podía ignorar.

—Bien —dijo ella al fin—. Hazlo a tu manera. Organiza un evento público. Tienes razón, por supuesto. Significará la diferencia entre mantener a nuestros clientes existentes, atraer nuevos y dirigir una operación no rentable. —Se mordió el labio, y él vio incertidumbre en sus ojos—. Con tu nombre, podrás ser el anfitrión y ser la cara pública del evento.

Ella estaba haciendo un último intento de esconderse. —¿Acaso parezco bueno socializando? No, *tú* puedes hacer eso. Te he visto con el equipo. Tienes una habilidad natural para llevarte bien con la gente. Excluyéndome a mí, por supuesto.

—Pero...

—Pero nada. Haz que el equipo vuelva y lo organizaremos. Y sea cual sea el tamaño del evento que estés pensando, duplícalo. Llamaré a mis contactos europeos y de Oriente Medio. Vendrán.

La ira se transformó en miedo en una fracción de segundo —podía verlo en su rostro— y de nuevo se preguntó qué demonios estaba pasando.

Ella le lanzó una mirada sombría, lo que le hizo darse cuenta de que no estaba acostumbrada a hacer lo que otras personas le decían, excepto quizás su padre. Pero de todos modos abrió la puerta y llamó a su equipo. Regresaron y él dio un paso atrás para observar cómo les explicaba el plan. Sus expresiones de apoyo mostraban que todos le tenían un genuino aprecio. No era a lo que él estaba acostumbrado. Desconfiaba del afecto y del amor. Y solo deseaba que su padre no hubiera insistido en que estuvieran casados al menos cinco años. Quería salir de esto tan pronto como pudiera. Nunca había tenido la intención de casarse, y ciertamente nunca había tenido la intención de compartir su herencia con nadie, ni con sus hermanos ni con una extraña que un día entró en la vida de su padre y nunca se fue.

No, la hermosa Indra tenía un secreto, y le asustaba estar en el ojo público. Sin duda estaba relacionado con la razón por la que ella y su madre llegaron a la Finca Richmond en primer lugar. Estaban huyendo de alguien o algo, como la ley. Sí, eso era lo más probable. Habían tenido problemas con la ley y se habían escondido con la ayuda de su padre. Todo lo que tenía que hacer era descubrir su secreto y entonces podría usarlo en su contra para hacer que se alejara del matrimonio y dejara atrás todo lo que era suyo.

Chantaje era una palabra sucia, pero era una forma eficaz de conseguir lo que quería.

CAPÍTULO CUATRO

ERA un fin de semana festivo y la finca estaba desierta, excepto por los establos a cierta distancia, con un personal mínimo para cuidar de los caballos. Indra cerró con llave las oficinas de la finca y regresó a la casa caminando a través del grupo de majestuosos árboles de haya, cuyos brotes ya mostraban las primeras señales de hojas verdes frescas. A través de los árboles, vislumbró la pequeña iglesia medieval que se acurrucaba en medio de ellos. Normalmente se tomaba su tiempo para caminar por la finca, pero hoy no. Sobre los árboles, el cielo se había oscurecido, prometiendo no solo lluvia, sino una tormenta. Podía sentirlo en el aire.

Al entrar en la casa, Indra inmediatamente buscó refugio en la vieja habitación infantil, en la parte superior de la casa. Desde sus numerosas ventanas, podía ver en todas direcciones. Aquí arriba se sentía a salvo de Sebastian. No es que pensara que él vendría tras ella para hacerle daño. Era más bien que estaba a salvo de sus propias reacciones hacia él. Aquí podía encontrar algo de paz.

Aunque no había cerradura en su puerta, sabía que todo lo que él estaba haciendo era intentar asustarla. Mientras estuviera fuera de su vista, él no vendría a buscarla. Toda esa charla no había sido más que para ahuyentarla. No, aquí en la habitación infantil, se sentía segura.

Cuando llegó por primera vez a Richmond Manor y le dieron la habitación infantil como su propio espacio para hacer lo que quisiera, se sintió aliviada. La casa le había parecido tan magnífica y tan poco familiar que inicialmente optó por dormir allí arriba, sin querer usar ninguno de los grandes dormitorios. Ya no dormía allí, pero aún pasaba mucho tiempo bajo el tejado de la casa.

Había sido difícil después de que la relación de su madre con Charles Richmond cambiara. Pero ver el amor entre ellos le había permitido lidiar con los chismes. Había sido un calentamiento gradual que se había convertido en amor, y se había desarrollado un vínculo entre ellos con cada día que pasaba. No se había imaginado el dolor y la ternura que Charles había mostrado mientras cuidaba de su madre moribunda, quien nunca se recuperó del impacto del asesinato de su esposo e hijo. Toda su familia había pagado con sus vidas, excepto Indra. Y ella tenía que vivir con la culpa de sobrevivir cuando su familia no lo había hecho.

Encendió la computadora, con la intención de revisar las cuentas, para ver si había algún lugar donde pudieran hacer recortes. Pero un destello de relámpago iluminó la habitación oscurecida, haciéndola levantarse y caminar hacia la ventana. Hizo lo que solía hacer cuando era niña, y contó los segundos entre el destello del relámpago y el trueno para calcular qué tan lejos estaba la tormenta.

Uno, dos, tres...

Una figura oscura —Sebastian— emergió de los árboles y caminó hacia los establos.

Cuatro, cinco, seis...

Lo observó mientras se encontraba con los mozos de cuadra que se habían quedado atrás para cuidar de los caballos. Aparentemente tranquilizado, regresó a la casa y ella escuchó la puerta principal cerrarse muy por debajo de ella.

Un trueno.

Seis millas. Tal vez. Si el viejo cuento de las abuelas era cierto.

Cuando otro rayo partió el cielo gris plomizo, Indra cerró las cortinas contra el teatro climático, realmente deseando no haberle dado el tiempo libre al personal.

Uno, dos, tres...

El trueno llegó antes de lo que esperaba, haciéndola saltar.

Tres millas.

Estaba acostumbrada a pasar tiempo sola en la casa, pero siempre podía mirar hacia las casas de la granja y el apartamento sobre la oficina de la finca para saber que la gente no estaba lejos si los necesitaba. En las raras ocasiones en que algo había salido mal con la fontanería o la electricidad de la vieja casa, habían estado allí en un instante. Pero hoy no había nadie y el aire olía a ozono y crepitaba con tensión y electricidad.

Cuando llegó el siguiente destello de relámpago, iluminó todo el cielo, llenándolo de un resplandor sobrenatural e incoloro. Por un lado, los árboles del bosque formaban una sombra unida, por el otro, los edificios blancos de la finca se destacaban contra el cielo oscuro. Blanco y negro. Un lugar de simplicidad. Deseaba que su vida pudiera ser blanca y negra.

Apagó la computadora por seguridad. Después de prepararse una taza de chocolate caliente, se acurrucó en una manta peluda y abrió un libro. Usaba las computadoras solo para trabajar. No había cuentas de redes sociales. No podía arriesgarse. Su madre le había inculcado desde muy joven que debía mantener un perfil bajo, de lo contrario sus enemigos también vendrían por ellas. Y había estado a salvo hasta ahora. Arrojó su libro a un lado. La idea de Sebastian invitando a todos y cada uno al evento, abriendo su pequeño mundo para que cualquiera entrara, la hacía sentir mareada.

Solo tenían unas pocas semanas antes de que se llevara a cabo el matrimonio. Después de eso, su mundo se abriría y tendría que enfrentar lo que viniera. Porque no podía contemplar la alternativa: dejar Richmond. Era su hogar. Y sabía que siempre lo sería, incluso si se veía obligada a irse. Esperaba que Sebastian cumpliera su palabra y le permitiera coexistir con él, sin tener que estar en compañía del otro. Porque había algo en él que la hacía sentir muy incómoda y fuera de control. Algo que la hacía casi olvidarse de sí misma.

La tormenta debía haberse desviado porque el trueno ahora sonaba distante. Se recostó, puso las manos detrás de la cabeza y, observando el relámpago cruzar el techo blanco y liso, se relajó. La habitación infantil era el único lugar donde podía permitir que sus pensamientos viajaran a lugares que eran secretos para ella. Como sus pensamientos y ensoñaciones sobre Sebastian.

Al principio había pensado que era exactamente el hombre que su padrastro había descrito: frío y despiadado. Pero había visto cómo se comportaba con los animales de la finca, revelando un afecto hacia los perros y caballos que demostraba que, en el fondo, había un Sebastian diferente. Una versión de sí mismo que, por la razón que fuera, no mostraba a nadie. Era casi como si no confiara en nadie.

Le recordó a un perro que una vez tuvo en la India, que había sido maltratado y gruñía cada vez que alguien se le acercaba. Apenas había empezado a cambiar su comportamiento mostrándole constante cuidado y cariño, cuando sus vidas se vieron separadas por la violencia. Nunca lo volvió a ver. Cuando ella y su madre salieron en la quietud de la noche para abandonar

el lugar donde su familia había sido asesinada, no había rastro del perro. Y fue solo entonces cuando las lágrimas llegaron, y ella luchó con su madre, gritando que necesitaba encontrarlo. Fue la única vez que su madre la golpeó. Una bofetada fuerte y punzante en la mejilla fue suficiente para callarla y hacerla obediente, y seguir a su madre hacia una nueva vida, dejando atrás la antigua, muerta y enterrada. Desaparecida para siempre.

El recuerdo era inquietante, y se levantó de un salto para mirar por la ventana. La noche se había oscurecido considerablemente. Esta vez el relámpago estalló en el cielo y fue seguido inmediatamente por un trueno que hizo vibrar las figuritas que había coleccionado de niña, y las luces se apagaron, sumiéndola en un crepúsculo sombrío.

Su corazón se aceleró, y buscó una linterna, pero no pudo ver ninguna. Tendría que encender el generador de emergencia. Normalmente el personal se encargaba de esto, pero todos estaban ausentes. Sin embargo, los había observado lo suficiente como para saber cómo hacerlo. Dondequiera que Sebastian estuviera en la enorme casa, no lo buscaría, porque dudaba mucho que supiera dónde estaba el generador de emergencia, y mucho menos cómo usarlo. Cogió su teléfono, comprobó la batería, molesta porque estaba tan baja, y decidió no usar la luz hasta que fuera absolutamente necesario.

Con cautela, descendió la escalera blanca y lisa que conducía al rellano principal. Un destello de relámpago iluminó el alto vestíbulo y su ornamentado techo, enviando destellos de luz a través de la lámpara de cristal. Por un momento, pensó que se había incendiado. Luego la luz se desvaneció, dejándolo más oscuro que antes. Lentamente, se abrió paso a tientas por la gran escalera principal y luego dio un rodeo hacia la salida trasera, que la llevaría al generador en el granero detrás de la casa.

Abrió la puerta de la cocina y tropezó con una pared. Entonces la pared se movió, y ella gritó y se alejó de un salto. Un brazo salió disparado y la estabilizó.

—¡Suéltame! —dijo ella.

—Cálmate, mujer —dijo él. Suspiró—. Quédate ahí antes de que choques con algo más. Estaba buscando una linterna.

—Hay velas en la despensa —dijo Indra—. Iré a buscarlas.

Él encendió la linterna de su teléfono para guiarla.

Ella encontró lo que necesitaba en la despensa, volvió a la cocina y encendió las velas con mano temblorosa. Simplemente estar cerca del hombre la afectaba, y apenas podía pensar con claridad. Él le tocó el brazo suavemente esta vez, estabilizándolo para que la cerilla no se apagara.

Ella levantó la mirada y se encontró con la suya. Estaba tan cerca que el súbito encendido de la llama de la vela chispeó en sus ojos, ocultando la oscuridad que siempre había visto allí. Sus ojos se arrugaron en las comisuras y de repente se dio cuenta de que estaba sonriendo.

Él le soltó el brazo y dio un paso atrás.

—Nunca te había visto tan nerviosa, Indra —dijo—. ¿Soy yo o la oscuridad?

—No estoy nerviosa —dijo ella, alejándose como un gato escaldado—. ¿Por qué debería estarlo? He lidiado con situaciones como esta antes.

—¿Situaciones? ¿Como estar a solas con un hombre durante una tormenta?

Ella se encogió de hombros.

—Claro. —Pero no con un hombre como Sebastian, pensó—. Estaba a punto de encender el generador de emergencia. A veces la electricidad puede estar cortada durante horas. No me gustaría que se estropeara el contenido del congelador. Y la carga de mi teléfono móvil está baja.

Se ocupó buscando en los cajones del cuarto de servicio hasta que encontró lo que buscaba.

Un par de linternas de alta potencia. Miró a Sebastian, que estaba de pie observándola, sumido en sus pensamientos, y sintió un escalofrío de algo que definitivamente no eran nervios, o si lo eran, no tenía nada que ver con el miedo y todo con la forma en que la miraba. Tal vez era la luz que se reflejaba en los planos de su rostro, o tal vez era su imaginación, pero la miraba como si quisiera devorarla.

Forcejeó con el pomo de la puerta, la abrió de par en par y corrió hacia el granero. El viento había arreciado y la golpeaba en todas direcciones, y el suelo estaba resbaladizo por el barro. En cuestión de minutos, la lluvia torrencial había empapado su ropa. La repentina oscuridad que siguió a un destello de relámpago la desorientó y tropezó, resbaló y cayó.

—Aquí —gritó él por encima del trueno, extendiendo la mano hacia ella. Ella alargó la mano y agarró la suya, y él la levantó de un tirón. Esta vez, no le soltó la mano. Juntos caminaron hacia el granero, que Sebastian abrió, levantando la barra de madera que mantenía unidas las puertas del granero.

Una vez dentro, las cerró de nuevo y todo quedó en silencio dentro de las paredes llenas de heno del granero. Ella tembló.

—Estás empapada. Haz lo que tengas que hacer y luego volvamos antes de que cojas un resfriado.

Él sostuvo la lámpara en alto mientras ella revisaba los indicadores y accionaba los interruptores, hasta que la luz inundó el granero. Volvió a comprobar la lectura antes de dar un paso atrás.

—Eso debería mantenernos funcionando durante la noche de todos modos.

Lo miró, pero él estaba observando alrededor.

—No había estado aquí dentro desde que era un niño pequeño.

—No puedo imaginar este lugar lleno de niños pequeños. Siempre ha sido tan tranquilo. Solo yo, mi madre y Charles.

Él levantó la luz para poder ver mejor su expresión. Ella se sintió desnuda ante él, pero se negó a apartarse.

—Y yo no puedo imaginaros a los tres viviendo así. Mi padre debe haber cambiado. Debe haberos querido mucho a tu madre y a ti para haberse convertido en el tipo de hombre que la gente me dice que se convirtió en los últimos años de su vida.

—Nos quería. Pero estoy segura de que también quería a tu madre y a sus hijos.

—¿Lo estás? Porque yo no.

Ella reunió el valor para preguntar:

—¿Qué pasó, Sebastian? ¿Entre tú y él? ¿Qué sucedió para que lo odies tanto?

Él nunca parecía indeciso, pero ahora sí lo estaba.

—Por favor. Me gustaría saberlo. Necesito entenderlo.

Sus miradas se encontraron y se enredaron en el resplandor de la lámpara. Alrededor, el viento aullaba, haciendo que el granero crujiera y gimiera.

—Me encerró la primera vez que lo hice.

—¿Te encerró? ¿Por qué? ¿Qué diablos hiciste?

—Lo desafié. Le respondí. La gente no le hacía eso a mi padre.

—Tal vez no, pero ¿por qué te encerraría?

Él se encogió de hombros.

—Quizás me veía como competencia.

—Pero eso es mezquino. No habría sido la razón —dijo ella, sintiéndose segura al recordar al padrastro al que había llegado a querer tanto.

Él torció el labio y desvió la mirada.

—Por supuesto que dirías eso. Lo amabas —Se alejó y cerró la puerta del generador, y apagó las luces. Las luces de la casa brillaban en un ala para él, en la otra para ella. Una oscuridad dividía las dos alas.

—Sí, lo amaba. Pero eso no tiene nada que ver con lo que quise decir. Lo que quise decir es que era muy abierto y cálido conmigo y con mi madre. Pero tú... Tú eres... —Se detuvo. ¿Cómo podía explicarlo sin insultarlo?

—Soy cerrado y frío —Soltó una risa sin humor—. Tienes razón —Abrió la puerta trasera para que ella pasara—. Será mejor que te cambies.

—Tú también.

Caminaron juntos por el pasillo. Ella era intensamente consciente de él de una manera que no lo había sido antes. Él casi se había abierto con ella en el granero y la idea de él como un niño, encerrado y sin amor, le dolía profundamente y comenzó a pensar que entendía a este hombre salvaje.

—Buenas noches —dijo él, caminando hacia su ala de la casa.

—¡Espera! —dijo ella impulsivamente. No podía quitarse de la mente al niño herido, rechazado por su padre y aún llevando las cicatrices.

Él se volvió.

—¿Qué pasa?

—Me preguntaba... —Buscó palabras, cualquier palabra, que diera sentido a sus emociones —. Si... —¿Si qué? ¿Si la perdonaría por prácticamente acusarlo de ser un bastardo insensible? No sabía qué decir. Todo lo que sabía era que no podía soportar dejarlo así. Quería que se quedara con ella, que hablaran, que fueran normales juntos, que ya no existiera la gran división entre ellos. Quería que eso desapareciera—. Me preguntaba si te apetecería tomar algo —preguntó, sorprendiéndose a sí misma por la pregunta. Estaba aún más sorprendida por la necesidad de hacerla—. Después de que nos cambiemos. Charles mantenía bien abastecido el armario de cócteles.

Él no respondió de inmediato y su expresión era ilegible. Entonces ella hizo algo que después deseó no haber hecho. Se lamió los labios. Fue instintivo y debió haberle dicho algo que necesitaba saber para tomar una decisión.

—Claro. Te veré en la sala de estar en media hora.

Ella subió corriendo las escaleras para evitar que él viera el rubor que había florecido en sus mejillas. Se detuvo junto a la ventana de su dormitorio, con la mano en la cortina, y miró hacia el valle, un minuto escondido de la luna bajo nubes que pasaban rápidamente, al siguiente bañado en su luz plateada. Era una noche llena de clima y sorpresas. Cerró las cortinas.

Después de una ducha caliente, se vistió rápidamente con jeans y una camiseta y bajó descalza a la sala de estar. La atmósfera de la habitación era diferente a cuando su padrastro estaba vivo. Sonaba música y los charcos de luz provenían de lámparas laterales, en lugar de las arañas del techo.

Sebastian estaba de espaldas a ella, mirando el retrato de su madre que colgaba sobre la chimenea. Tenía el cabello rubio, recogido en un elegante moño, y llevaba un vestido de noche verde con diamantes. Indra siempre había estado impresionada por la mirada de la mujer. No era altiva, como habría imaginado, sino juguetona e invitadora. Nada parecido a la de su hijo mayor.

Se acercó por detrás de él.

—Tu madre era muy hermosa.

Él miró alrededor, sin revelar que estaba sobresaltado excepto por una ligera ceja levantada.

—No te oí entrar en la habitación.

—Costumbre —Hizo una mueca de arrepentimiento—. Me criaron para no llamar la atención.

Él frunció el ceño.

—Lo cual es completamente diferente a cualquier otra mujer que conozco. Siempre parece que su objetivo *es* llamar la atención.

Ella pasó junto a él y abrió el armario del aparador, y sacó dos vasos.

—Entonces supongo que no soy como ninguna otra mujer que conoces.

—Puedes decirlo de nuevo.

—No creo que tenga que hacerlo, ¿verdad?

Él negó con la cabeza y sacó una botella de whisky y la miró. La levantó.

—¿Te apetece un vaso?

Ella negó con la cabeza.

—No bebo —Sacó una botella de agua con gas—. Tomaré un vaso de esto.

—Ah, otra diferencia con cualquiera de las otras mujeres que conozco.

Ella se encogió de hombros.

—Así es como me criaron y no creo que me esté perdiendo de nada.

—No lo estás. Aun así, los viejos hábitos son difíciles de romper —dijo, sirviéndole un vaso de agua con gas a ella y whisky para él. Le entregó el vaso y agitó el líquido ámbar en su propio vaso. Lo sostuvo a la luz—. El viejo y yo ciertamente compartimos el mismo gusto por las cosas finas de la vida.

Levantó su vaso hacia el de ella.

—Por un deshielo en nuestras relaciones. Una distensión. Después de todo, pronto nos casaremos.

—Ciertamente será más fácil si no tenemos que evitarnos el uno al otro.

—¿Es eso lo que has estado haciendo? ¿Evitándome?

Ella asintió y dio un sorbo al agua con gas. —Por supuesto. No te conozco y me siento incómoda en tu presencia.

—¿Pero crees que me conoces un poco mejor ahora? ¿Que sabes que no soy el monstruo que mi padre me hizo parecer?

—Sí. No creo que seas un monstruo en absoluto.

—No un monstruo. Es un comienzo. Pero entonces eso plantea la pregunta: ¿qué crees que soy?

Ella no dudó. —Alguien que está sufriendo.

Podría haber cortado el silencio con un cuchillo, pero no se arrepintió de sus palabras. Observó cuidadosamente su reacción. Su mandíbula se tensó y un músculo se estremeció, pero fueron sus ojos los que más hablaron. Se volvieron fríos. La pequeña reacción que había visto desapareció de inmediato.

—Lo siento —dijo ella—. No quise ser grosera.

Él se encogió de hombros. —Simplemente expresaste tu opinión. El hecho de que esa opinión esté basada en tan poco conocimiento sobre mí difícilmente me alarmaría, ¿no? No me conoces en absoluto.

—Pero siento que *sí* te conozco de alguna manera.

—¿Y cómo llegas a esa conclusión? —Su tono era definitivamente frío.

Ella tragó saliva para calmar sus nervios, que habían comenzado a agitarse en lo profundo de su vientre. Cuanto más bruscamente respondía él, más se daba cuenta de que estaba cerca de la

verdad.

—Las pequeñas cosas que dijo tu padre. La forma en que actúas a veces. He visto animales y personas que han sido heridos, y he visto cómo se comportan.

—Ah, así que parte de la razón por la que desapareces en el fondo es para observar a la gente. —Dio un paso más cerca de ella. La ofensiva, se dio cuenta—. El problema es, Indra, que *no* desapareces en el fondo. Eres demasiado hermosa. —Extendió la mano y ella contuvo la respiración, preguntándose qué demonios iba a hacer. Extendió su dedo hacia su barbilla, levantándola con el más mínimo de los toques. Negó con la cabeza mientras sus ojos recorrían su rostro. Sus ojos se arrugaron en las comisuras—. ¿Cómo podrías esperar alguna vez fundirte con el fondo?

—Tengo que hacerlo.

Él frunció el ceño y bajó la mano. —¿Tienes que hacerlo? Eso es algo extraño de decir. ¿Por qué crees que tienes que desaparecer?

Ella parpadeó ligeramente, rezando en silencio que fuera suficiente para contener las lágrimas. —Por lo que le pasó a mi familia.

Podía decir por su expresión que él no tenía idea de lo que estaba hablando.

—No sé nada sobre tu familia. Solo lo que mis hermanos me han contado sobre tu madre. Fue amable, creo, con mi padre.

—Lo amaba. De una manera diferente a como amaba a mi padre. Pero amaba a ambos, de eso estoy segura.

Inhaló bruscamente, y fue como si el aire fuera succionado de la habitación, dejando solo tensión. Se obligó a tomar asiento en uno de los sillones agrupados alrededor de una mesa, sobre la cual había un solo jarrón con flores.

No quería sentarse a su lado, de eso estaba segura, y ciertamente no quería sentarse frente a él para que pudiera interrogarla con esos ojos. No estaba segura de poder soportarlo. Ese momento en el granero cuando había vislumbrado al niño que aún era una gran parte de Sebastian, parte de sus propias defensas se había caído. Y, por más que lo intentara, no parecía poder levantarlas de nuevo. Se sentía vulnerable por primera vez en años.

Él se apoyó en la repisa de la chimenea, eligiendo pararse frente a ella. Parecía que no iba a escapar de esa mirada.

—Cuéntame sobre ti —dijo con esa voz baja y sexy suya.

—Hay poco que contar —dijo ella, refugiándose en un sorbo de agua con gas. Ciertamente no le había pedido una bebida para divulgar la historia de su familia.

Él vaciló, obviamente no aceptando su respuesta. Pero luego le lanzó una sonrisa rápida. —Claro. ¿Qué tal si lo mantenemos simple? Dime, ¿tienes hermanos o hermanas?

—Tenía un hermano. Un hermano mayor. Ya no vive.

—Lo siento. Eso debe ser doloroso.

Ella asintió. —Lo es. Era todo lo que un hermano mayor debería ser. Divertido, bromista, cariñoso y amable.

Él puso una cara impresionada. —El hermano perfecto. Ojalá pudiera decir que mis hermanos y yo éramos así entre nosotros.

—Ah, pero yo era la hermana pequeña. Estoy segura de que mi hermano habría sido diferente si yo hubiera sido un niño.

—¿Y tu padre? ¿Heredas tus habilidades para los negocios de él?

Ella se relajó un poco ahora mientras recordaba cómo su padre había respondido pacientemente a todas sus preguntas infantiles sobre negocios. Y luego, más tarde, a las no tan

infantiles.

—Mi padre siempre decía que yo tenía mejor cabeza para los negocios que mi hermano.

—Hermosa *e* inteligente. Una combinación ganadora en todos los aspectos, incluidos los negocios.

Se sintió bien que la llamara hermosa. Permitió que la sensación de atracción recorriera su piel, como si él la estuviera acariciando. El pensamiento de que él la acariciara le hizo contener la respiración.

—Créeme, los clientes de negocios de mi padre no se habrían dejado influenciar por ningún tipo de estética. No, solo estaban interesados en el dinero y en algo más en lo que me volví experta. —Se mordió el labio ansiosamente mientras pensaba en un cliente en particular, el que finalmente acabó con las vidas de su padre y su hermano—. Pero, por supuesto, yo no sabía nada sobre el negocio real. *Eso* se me ocultó... —Se desvaneció.

—¿Por qué? —la incitó, tomando un sorbo casual de whisky, como si no le importara si ella respondía o no. ¿Y por qué debería importarle? Su pasado no significaba nada para él.

Ella negó con la cabeza. —Era joven y sabía que mi padre no deseaba que mi madre o yo estuviéramos involucradas.

—¿En qué?

Ella se encogió de hombros.

—Suena intrigante.

—No —terminó su bebida y se levantó de un salto—. En realidad no. Debería irme a dormir ahora. Quiero levantarme temprano para revisar a los caballos.

—Claro —dijo él, acompañándola hasta la puerta. La abrió y la mantuvo abierta, pero no se movió. Y, por más que lo intentara, ella tampoco parecía poder hacerlo. Esos ojos miraron profundamente en su alma, abriéndola y quemando todo lo que veían allí—. Ha sido bueno. Hablar contigo —añadió.

Ella asintió porque tenía razón, lo había sido. Algo había cambiado entre ellos.

—Sí. Odio estar en malos términos con la gente. Odio que tengamos que evitarnos.

—Entonces no lo hagas. —Él le extendió la mano, y ella la tomó. Sintió el pulgar de él acariciar el dorso de su mano, enviando escalofríos de deleite por todo su cuerpo. Por un momento olvidó quién era, dónde estaba, solo que no quería que su tacto la abandonara. Dio un paso más cerca. Y entonces, antes de darse cuenta, él había rozado sus labios con los suyos con el más suave de los toques. Ella jadeó, porque el efecto fue lo opuesto a suave. Despertó tal anhelo dentro de ella que todo lo que sabía era que quería más. Fue él quien se apartó primero.

—Buenas noches entonces —dijo, como si nada hubiera pasado.

—Buenas noches —repitió ella aturdida, dándose cuenta de repente de que él había soltado su mano. Dio un paso hacia el pasillo.

—E Indra —susurró él, su voz continuando la caricia de sus dedos. Ella se volvió para mirarlo—. ¿En qué más te volviste experta que los clientes de tu padre habrían apreciado? Solo por curiosidad.

Las últimas de sus defensas habían sido derribadas por el beso y no tuvo ningún pensamiento de evitar la pregunta.

—El secreto. Ahora soy buena guardando secretos y eso es definitivamente algo que los socios rusos de mi padre requerían. —Sonrió—. Buenas noches. —Se alejó, subiendo las escaleras de vuelta a su nido en el cielo, su refugio seguro, donde podría reimaginar ese beso, una y otra vez.

Sebastian regresó a la biblioteca y se sirvió otro whisky, haciéndolo girar pensativamente antes de beberlo de un trago.

Socios rusos. No se necesitaría mucha investigación para averiguar en qué negocio había estado involucrado su padre. No era mucho, pero al menos ahora tenía algo con qué trabajar. Algo que, esta vez, esperaba que le diera algunas respuestas. Respuestas que podría usar contra ella para obligarla a dejarlo a él y a la propiedad en paz. El problema era ese beso. Ese beso había sido, como todo lo demás sobre ella, nada parecido a lo que había experimentado antes.

Pero, como en cualquier juego de azar, tenía que jugar con la cabeza. Su corazón no tenía parte en su futuro.

No. Quería sacarla de su vida *porque* se estaba volviendo más interesante, no a pesar de ello. Se estaba convirtiendo en un peligro mayor para él ahora que se estaban acercando. Y eso tenía que parar.

CAPÍTULO CINCO

SEBASTIAN HABÍA TENIDO que esforzarse mucho para evitar a Indra en las semanas previas a su boda porque, desafortunadamente, ella había dejado de evitarlo. También había tenido que trabajar duro para descubrir el pasado de ella y poder usarlo en su contra para evitar que la farsa se llevara a cabo. Pero eso tampoco había salido según lo planeado. La razón de su enfoque era que, entre los requisitos de su padre para que compartiera la finca y sus crecientes sentimientos por Indra, ya no era solo su herencia lo que estaba amenazado. Pero no había logrado nada y ahora había llegado el día de su boda y su corbata lo estaba derrotando.

Tiró salvajemente de la corbata y, dejándola colgada, abrió de golpe las ventanas de guillotina para permitir que el cálido aire primaveral entrara en la habitación. Incluso el clima se burlaba de él con su brillantez perfecta. Todo lo que podía estar en flor lo estaba, y todos los rastros de mal tiempo habían desaparecido, dejando sol, canto de pájaros y todo lo demás que era Disney y lo opuesto a cómo se sentía. ¿Estaría su padre organizando las cosas desde la tumba? ¿Lo estaba atormentando y controlando desde otra esfera?

Sebastian había tomado el dormitorio principal, que tenía vistas panorámicas sobre los jardines formales con su fuente central y el canal que conducía al lago, enmarcado por árboles. No había montañas en Norfolk, solo suaves colinas ondulantes entrecruzadas por caminos estrechos, por los que solo circulaban algún tractor ocasional y granjeros locales. Era un rincón de Inglaterra que apenas había cambiado durante siglos. Y, a pesar del control póstumo de su padre, desde que Sebastian había regresado aquí, había una parte de él que se había sentido instantáneamente en paz. Lo que lo hacía aún más preocupado, pensó mientras volvía al espejo para luchar una vez más con su corbata, por seguir adelante con la boda y encontrar una manera de hacer que Indra se fuera.

Cuando por fin había arreglado su corbata negra, dio un paso atrás y negó con la cabeza en señal de desesperación. Parecía que iba a un funeral, no a su boda. Por un momento pensó que tal vez su apariencia fúnebre era apropiada, que debería mantenerla, pero luego pensó en Indra y su frustración se desvaneció. Le agradaba Indra. Dadas otras circunstancias, le habría gustado mucho, y odiaba que su boda fuera un asunto tan sombrío.

Arrojó la corbata a un lado y entró en su vestidor para seleccionar otra: una de seda azul marino. No exactamente exuberante, pero al menos un poco menos fúnebre. Combinaba bien con su traje, que tenía un hilo azul marino. Y, junto con la camisa blanca, serviría. No cuestionó su instinto de cambiar, de hacer la ceremonia un poco más agradable para Indra, porque temía que eso revelara algo que se negaba a reconocer.

Mientras bajaba las escaleras, dudó ante un jarrón de rosas blancas que, como de costumbre, estaba en la mesa del vestíbulo. Impulsivamente, arrancó una y salió a la cálida luz del sol. Le

cortó el tallo y la metió en el ojal de su solapa. Metiendo las manos en los bolsillos de su pantalón, se dirigió solo hacia la iglesia donde habían acordado celebrar la discreta ceremonia.

Indra siempre había sabido lo que iba a usar para su boda. Ya fuera un matrimonio arreglado o por amor, siempre había estado destinada a usar el vestido de novia de su madre. Los matrimonios arreglados eran costumbre en su familia, pero no de este tipo. Fuera cual fuera el tipo, estaba decidida a usar el tradicional vestido de novia blanco, sin importar que caminara sola hacia la iglesia, sin importar que el novio hubiera brillado por su ausencia durante las últimas semanas desde que se habían besado, sin importar que ninguno de los dos deseara casarse.

No llevaba el vestido por Sebastian, lo llevaba por su madre, su padre y su hermano, por la familia que ya no estaba con ella. Imaginaba la ocasión tan diferente para la que el vestido se había usado por última vez. Había sido en la finca de sus abuelos en India, que se había perdido ante los enemigos de su padre. Pero treinta años antes, había sido escenario de una gran celebración. Casi sentía como si hubiera asistido, después de haber examinado tantas veces las fotos y el video del evento con su madre. Así que usar el vestido se sentía como una conexión, un frágil hilo que la unía a su pasado y a su familia.

Desde su ventana, vio a Sebastian caminar por los jardines hacia la iglesia. Él la había estado evitando, y ella se había visto obligada a llegar a una conclusión inaceptable sobre el por qué. Se arrepentía del beso y, en lugar de decírselo a la cara, había decidido simplemente darle la espalda fría. Y vaya espalda. Parecía parte de esta finca como ella nunca podría esperar llegar a ser. Con su aire de completa confianza, cruzaba los jardines hacia la iglesia luciendo cada centímetro como el dueño, un aire al que ella nunca podría aspirar.

Era hora de que ella lo siguiera. Se miró una última vez en el espejo. Se había peinado en un simple moño francés con el corto velo fijado encima. Con el velo echado hacia atrás, sus ojos oscuros parecían enormes entre la espuma del encaje blanco. Había esperado verse nerviosa o asustada porque se sentía ambas cosas. Pero, en cambio, simplemente se veía triste. Nunca había anticipado una boda así y, estaba segura, tampoco su madre.

Revisó su maquillaje mínimo, asegurándose de que todo estuviera como debía porque, hoy, tenía una fusión empresarial que finalizar. Su madre siempre había dicho que había heredado el sentido de los negocios de su padre, y eso era todo lo que este matrimonio significaba. Negocios. Sin volver a mirar sus ojos, salió de la habitación.

Salió de la mansión por la entrada trasera, donde era menos probable que la vieran desde las oficinas de la finca, y se dirigió a través del bosque, donde los senderos estaban ahora bordeados de campanillas y llenos del canto de los pájaros. Cuando entró en el claro del cementerio de la iglesia, vio al vicario. Él le sonrió alentadoramente y no sin un poco de simpatía. Ella levantó la barbilla. No quería simpatía.

—Gracias por venir, vicario. Se lo agradezco.

—Es un placer. Por favor, entre. Me tomé la libertad de traer al organista conmigo. Espero que sea aceptable.

Ella asintió. Habría preferido que no estuviera allí, pero la situación ya era lo suficientemente extraña como para quejarse. El vicario tosió fuertemente y los retumbantes sonidos del viejo órgano comenzaron a tocar *Marcha Nupcial*.

—¡No! —dijo ella—. Por favor —añadió al vicario—. Algo más tranquilo, algo más discreto, por favor.

El vicario se apresuró y susurró al oído del organista, quien inmediatamente cambió a una

pieza de música eclesiástica que tenía una belleza sonora y conmovedora que se sentía mucho más apropiada.

Entró en el pórtico de piedra con sus tallas medievales e inhaló su olor a iglesia rancia. Una respiración más y agarró el picaporte de hierro forjado, lo giró y entró en la iglesia. La luz del sol se filtraba a través de las ventanas del clerestorio, llenando el antiguo lugar de luz, resaltando las motas de polvo que flotaban en el aire, perturbadas por los tubos del órgano. Sebastian y el vicario estaban de pie en el altar. La única otra persona era el marido de la organista, que estaba sentado a mitad de la iglesia.

Se tragó su tristeza. No debería haber sido así. Pero su padrastro lo había hecho de esta manera. De nuevo, se preguntó, ¿por qué?

Ignorando el revoltijo en la boca de su estómago, comenzó a caminar por el desigual pasillo de losas de piedra hacia el hombre —el extraño, su prometido— que no la quería. Él no se había girado para mirarla, simplemente permaneció de espaldas a ella. Llevaba un elegante traje oscuro cuyas caras líneas eran evidentes en cómo colgaba de sus anchos hombros.

Llegó hasta él, y solo entonces la miró.

—Pensé que no vendrías —dijo, sin molestarse en bajar la voz. ¿Y por qué debería hacerlo? Sin duda el vicario estaba al tanto de la situación.

—Es prerrogativa de la novia llegar tarde —murmuró ella, mirando al vicario y dándole una rápida sonrisa tranquilizadora. Él parecía aún más incómodo de lo que ella se sentía.

Sebastian soltó un gruñido bajo de diversión e indicó al vicario que comenzara la ceremonia. Debía haber recibido instrucciones de mantenerla lo más breve posible, porque después de la más corta de las oraciones, fue directo al motivo por el que estaban allí.

—El matrimonio es un regalo de Dios... —Indra hizo una mueca y dejó de escuchar. En su lugar, la sangre retumbaba en sus oídos. Logró evitar la mayor parte de lo que el vicario dijo hasta que hizo una pausa y la miró—. El matrimonio es un signo de unidad y lealtad que todos deben mantener y honrar. Nadie debe entrar en él a la ligera —hizo otra pausa dramática antes de dirigir su mirada a Sebastian—, ni de manera egoísta, sino con reverencia y responsabilidad ante Dios todopoderoso.

Parecía que esto sería lo más cercano a una amonestación que el vicario iba a hacer. Sebastian frunció el ceño, y el vicario continuó. Las palabras se fundieron unas con otras, todas sin sentido, hasta que Sebastian dijo «Sí, quiero», instando a Indra a responder la pregunta del vicario. Entonces Sebastian tomó su mano y no tuvieron más remedio que mirarse mientras repetían las palabras del vicario. Luego el vicario pidió el anillo e Indra tuvo un momento de pánico. No lo había pensado. Pero Sebastian metió la mano dentro del bolsillo de su chaqueta y sacó un anillo. Se lo mostró. Era una simple banda de oro.

—De mi madre —dijo, a modo de explicación.

Le sorprendió que hubiera considerado tal cosa en absoluto, y menos aún que decidiera que el anillo de boda de su madre era apropiado. Indra dudaba que alguna de sus madres hubiera aprobado el matrimonio.

Él deslizó el anillo en su dedo anular.

—Indra, te doy este anillo como signo de nuestro matrimonio. —Y eso fue todo. De repente era real. Esto estaba sucediendo. Corrección. Esto *había* sucedido. Era una mujer casada. Lo miró mientras él seguía sosteniendo su mano.

—Todo estará bien —dijo en voz baja—. Me aseguraré de ello.

Era lo más cercano a la amabilidad que le había dicho desde que se conocieron, y se le hizo un nudo en la garganta. Forzó una sonrisa entre labios temblorosos y se volvió hacia donde la

organista y su marido esperaban para actuar como testigos del papeleo.

Todos siguieron al vicario a la sacristía. Hacía frío e Indra se estremeció mientras firmaba los documentos que los convertirían en marido y mujer.

Si el vicario y sus testigos habían esperado un refrigerio después, se llevaron una decepción. Tan pronto como firmaron el papeleo, Sebastian lideró el camino fuera de la iglesia, donde se despidieron de los demás y caminaron de vuelta por el sendero del bosque hacia la casa.

Sebastian caminaba lentamente con las manos metidas en los bolsillos. Indra tenía que levantar su vestido para no tropezar con él. Ese paseo pareció el más largo y más incongruente de su vida. Se sentía como si hubiera entrado en una parodia de un cuento de hadas, uno donde no había un felices para siempre. Podía ocultar su tristeza mientras caminaban porque no parecía que Sebastian estuviera de humor para conversar tampoco. ¿Tal vez él se sentía igual? Pero una mirada rápida la hizo dudarlo. Finalmente, llegaron a la puerta, y él extendió su mano para evitar que ella desapareciera dentro.

—Indra, mira, lamento que hayas tenido que casarte así. Te mereces algo mejor.

—Lo merezco, tienes razón, pero parece que tendré que conformarme con esto.

—Ninguna mujer debería tener que conformarse con nada, y menos tú. —Suspiró—. ¿Por qué no vas a cambiarte y nos encontramos en la terraza?

—¿Cuál es el punto? —preguntó ella—. Has dejado claro que deseas evitarme. La única razón por la que estás aquí ahora, hablando conmigo, es porque acabamos de casarnos.

—El punto es que necesito explicarte algo.

—Explícalo ahora. —Cruzó los brazos.

—No, aún no. Ve a cambiarte y te veré en la terraza. Abriré una botella de champán. —Ella vaciló—. Solo una copa —dijo rápidamente, cuando ella abrió la boca para protestar—. Es nuestro día de boda, después de todo.

—Está bien —cedió.

Fue y se quitó el vestido y sintió un alivio inmediato. No debería haberlo usado. Se sentía mal. Rápidamente se cambió a un vestido de verano y sandalias de tiras y salió a la terraza. Él no se había cambiado pero se había quitado la chaqueta y la corbata y estaba sacando una botella de champán de un cubo de hielo. Debía haberla tenido allí todo el tiempo.

Hubo un pop, y sirvió dos copas, trayéndole una a ella.

—Toma —dijo, pasándole la copa que ella tomó de él, sus dedos rozando los de ella—. Hablo en serio sobre un brindis. Puede que no nos hayamos casado por las razones habituales, pero nos casamos por nuestro beneficio mutuo y por el futuro de la Finca Richmond. Si hay algo que compartimos, es nuestro amor por este lugar. Lo vi en ti de inmediato.

—Yo no lo vi en ti —dijo ella honestamente, sosteniendo la copa de vino dorado pálido lejos de ella—. No habías estado aquí en diez años y apenas parecías encantado de volver.

—Siempre he sido capaz de ocultar bien mi deleite. —Sonrió una sonrisa genuina y ella no pudo evitar devolverla.

—Sí, ciertamente eres excelente en eso.

—Y tú eres excelente compartiendo tu deleite. Lo he visto en cómo interactúas con los trabajadores de la finca y el personal de la casa. Todos te son intensamente leales.

Ella abrió los ojos de par en par.

—¡Me sorprende que lo hayas notado!

—A mí también —dijo él. Levantó su copa y la chocó con la de ella con un ligero tintineo—. Por nuestra excelencia conjunta y todo lo que puede aportar a lo único en lo que ambos estamos de acuerdo: la Finca Richmond.

Ella soltó una media risa.

—No es tu brindis de boda habitual, pero entonces, esta no es tu recepción de boda habitual. Pero es un comienzo. Es algo sobre lo que podemos construir. —Tomó un sorbo de champán. Rara vez bebía, y era consciente de la fuerza del líquido mientras se deslizaba por su garganta, relajando su tensión. Por primera vez en ese día, sintió que realmente todo podría estar bien. Diferente, pero bien, al fin y al cabo.

Se sentaron en las cómodas sillas de mimbre que habían sacado desde que comenzó la racha de buen tiempo. Sebastian se puso sus gafas oscuras ya que el sol le daba directamente. A ella le volvió a impresionar lo guapo que era, especialmente ahora que parecía un poco menos frío y distante. Lo comparó con el hombre que había conocido al principio y se dio cuenta de que había una gran diferencia. Simplemente no lo había notado, ya que había sucedido gradualmente durante las semanas desde que él llegó. Esto despertó su curiosidad sobre lo que quería decirle.

—Así que, la fiesta en el jardín de los Richmond.

Indra se sintió inexplicablemente decepcionada de que quisiera hablar de negocios.

—¿Qué pasa con eso?

—Todos los preparativos parecen estar en marcha.

—Sí. Parece que mi equipo está más acostumbrado a planificar eventos como estos de lo que pensaba. Se han puesto en acción con una velocidad y eficiencia increíbles. Aparentemente, Charles solía organizar fiestas en el jardín anualmente antes de que mi madre y yo llegáramos.

—Así es —confirmó Sebastian—. Y era bueno en ello. Esa fue parte de la razón por la que lo sugerí, porque fue muy exitoso para él. Necesitamos algo así ahora.

Ella lo sabía, pero al mismo tiempo lo odiaba. Se removió en su asiento, tratando de averiguar cómo decírselo.

—¿Qué sucede? —preguntó él.

Ella levantó la mirada hacia sus ojos perspicaces y colocó su vaso en la mesa.

—Mira, estoy feliz de ayudar a organizarlo, pero realmente no es lo mío. Es tuyo. La gente quiere verte a ti, no a mí.

—Nos verán a ambos. Estamos casados. Tendrán curiosidad por conocernos.

—Pero...

—Indra. ¿Cuál es el problema? Es como si tuvieras miedo de conocer gente y, sin embargo, sé que disfrutas estar rodeada de personas. Eres amigable. A la gente le gusta tu compañía.

—A todos excepto a ti, claro —bromeó ella. Ahora parecía más fácil bromear con él, y él respondió con una sonrisa.

—Sí, ese soy yo. No soy muy sociable. Pero tú sí, y lo harás genial.

Ella hizo una mueca. De ninguna manera asistiría, pero no sabía cómo decírselo. Tendría que fingir estar enferma o algo así. Se encogió de hombros y esbozó una media sonrisa, que podría haber indicado cualquier cosa, y decidió que un cambio de tema era la mejor manera de salir de este agujero en particular.

—Dijiste que tenías algo que explicarme —Ahora era el turno de él de parecer incómodo—. ¿O era simplemente una excusa para traerme aquí?

—Es cierto que no quería que desaparecieras en el ático.

—La guardería. Mi oficina.

—Como sea. No tengo buenos recuerdos de ese lugar.

Ella frunció el ceño e inclinó la cabeza en señal de interrogación.

—¿En serio? Es un espacio encantador.

—Tiene techos bajos —Se estremeció—. Es como estar atrapado en un ataúd o algo así.

—¿Un ataúd? —Negó con la cabeza—. Supongo que no tiene las mismas proporciones que el resto de la casa, pero nunca me siento atrapada allí.

—Quizás porque tú no lo estuviste.

En el silencio que siguió, ella pudo ver que algo le había sucedido a él en la guardería, algo que quería olvidar. Sus ojos azul oscuro estaban distantes. Sus propios ojos se humedecieron de empatía al pensar en este hombre como un niño asustado que amaba los espacios abiertos, atrapado en la guardería, tal vez incapaz de escapar.

Necesitaba llegar a él. Extendió la mano y tocó su brazo.

—Sebastian, dime, ¿qué pasó?

Él la miró como si estuviera sorprendido de verla allí. Entrecerró los ojos y se enfocó en ella, y puso su mano sobre la de ella.

—No importa. Lo que importa es que lo siento, Indra. No te merecías nada de esto. Eso es lo que quería decirte. Y lamento haberte besado. No debí hacerlo. Me excedí de los límites de nuestra relación, y he estado manteniendo mi distancia desde entonces.

—¿Por qué?

Él se levantó de repente, se apartó de ella y pasó sus dedos por su cabello como si estuviera luchando contra algún pensamiento. Qué pensamiento, ella no lo sabía hasta que él se volvió hacia ella, extendió su mano y la levantó.

—Porque tenía miedo de hacer esto.

Ya no había distancia entre ellos, y él inclinó su cabeza y presionó sus labios contra los de ella. Esta vez no los retiró, sino que los mantuvo allí mientras inhalaba lentamente. Ajustó su postura y deslizó sus dedos por sus mejillas, pasándolos por su cabello hasta que sostuvo su rostro firmemente, y permitió que su beso se profundizara. Ella debería haberse alejado, pero por más que lo intentara, no podía. Su cerebro parecía haber dejado de funcionar por completo, y todo lo que podía hacer era reaccionar a las demandas de su cuerpo. Y esas demandas le decían que abriera la boca y permitiera la entrada de su lengua.

Nunca en su vida la habían besado así. Era consciente de cada movimiento de su lengua deslizándose junto a la suya, de la presión de sus labios incitando una respuesta que temía no poder controlar. Y luego estaba su cuerpo, presionando fuertemente contra ella. Más cerca, más apretado. Podía sentir cada centímetro de su pecho presionando contra sus senos, sus dedos acariciando su espalda, abriéndose sobre su espalda baja, rozando la parte superior de sus glúteos antes de hundir sus dedos en su carne, moviendo sus caderas repentinamente contra las de él. Y entonces sintió la longitud de su erección presionada contra su vientre y supo lo que él quería. Y ella también, ¿no?

Jadeó mientras se alejaba de su boca. Él emitió un gemido bajo y rozó sus labios contra los de ella una vez más. Sus manos se movieron más abajo, acariciando su trasero mientras sus caderas se movían contra las de ella, sus acciones revelando sus intenciones.

—No —dijo ella, llevando sus manos contra su pecho—. ¡Sebastian! ¡No!

Él parpadeó como si despertara de un sueño y se apartó instantáneamente.

Aunque era lo que ella quería, se sintió privada de sus brazos alrededor de ella. Sacudió la cabeza en total confusión.

—Lo siento —Llevó la mano de ella a sus labios y besó sus nudillos, uno por uno—. Me resulta difícil resistirme a ti —Soltó su mano y dio otro paso atrás—. Pero debo resistir.

—¿Por qué? —Estaba en conflicto y confundida. Lo deseaba, y sin embargo tenía miedo de desearlo.

—Porque no estás lista para mí. Eres más inocente de lo que imaginaba, y yo no me meto con

la inocencia.

—¿Por qué no?

—Porque los inocentes tienen expectativas. Y me temo, Indra, que estoy destinado a decepcionar. No hago emociones. No hago el amor. Todo eso murió hace años. Todo lo que quiero de ti es el placer de la carne, y sé que eso no será suficiente para ti. ¿Verdad?

Ella negó con la cabeza y lo vio suspirar y alejarse.

Sebastian deseaba haber estado diciendo la verdad. Porque sospechaba que no era solo Indra quien estaba asustada. Era él. Esta mujer estaba despertando sentimientos en su interior que creía haber eliminado hace años. Además, se estaba acercando a obtener suficiente información para chantajearla. Y, pensó para sí mismo mientras cerraba la puerta silenciosamente tras de sí, dejando a Indra sola, definitivamente nunca era bueno tener sentimientos por el objetivo de tu chantaje. Nunca.

CAPÍTULO SEIS

SEBASTIAN HABÍA PASADO los días desde su boda manteniéndose ocupado con el trabajo. Necesitaba concentrarse, necesitaba dejar de pensar en Indra, pero no había ayudado. Si ella estaba en cualquier lugar a la vista, no tenía más remedio que mirarla. E incluso cuando no estaba presente, la veía en su mente. Sus grandes ojos marrones dominaban sus pensamientos y juraba que aún podía sentir su piel sedosa bajo sus dedos. Pero había logrado evitar estar en su compañía hasta ahora, y ahora la necesitaba, le gustara o no.

Era el día de la fiesta en el jardín de Richmond y la gente deambulaba por los jardines de la finca, disfrutando de la comida y el champán mientras observaban a los caballos hacer sus ejercicios. Por todas partes había gente, pero no Indra. ¿Dónde estaba?

Sebastian miró por encima de las cabezas de la gente que abarrotaba el parque, observando a los magníficos caballos galopar, sus pelajes brillantes bajo el sol pleno y sus ojos resplandecientes, briosos pero bajo control. No podía haber mejor manera de exhibir su centro de entrenamiento. Excepto por una cosa. Indra.

La invitación se había enviado a nombre de ambos. Era un hombre de apuestas, y apostaría su último dólar a que la mayoría de estas personas habían venido porque estaban intrigadas por la repentina revelación de que él, Sir Sebastian Richmond, se había casado con Lady Indra Richmond. Nadie preguntaba ya por sus caballos, solo por su esposa. Y no había visto rastro de ella en todo el día.

Se disculpó con la última pareja curiosa y se escabulló entre los árboles. Pasó por los establos y las oficinas de la finca, pero no había señal de ella. Miró hacia las ventanas del ático de la guardería. Normalmente, vería su cabello oscuro en su escritorio frente a la ventana, pero hoy no había señal de ella. Y la ventana estaba cerrada, lo que sugería que no estaba allí. Solo quedaba un lugar probable, que estaba oculto de sus invitados en el bosque. Se dirigió a la iglesia.

Los gruesos muros de la iglesia silenciaban los sonidos distantes de la gente, e Indra apoyó la cabeza contra el banco y cerró los ojos. Había sido un día largo. Se había levantado antes del amanecer porque quería que todo estuviera bien. Aparte de lo que estuviera pasando entre ella y Sebastian, el futuro de su amada finca dependía de ello. Y sin importar lo que Sebastian hubiera esperado, ella no tenía intención de dar la cara. Sí, se aseguraría de que todo sucediera según lo planeado. Pero no, no podía ponerse en peligro exponiéndose a quien apareciera. Solo esperaba que valiera la pena.

De repente, el ruido del picaporte de hierro resonó en el silencio. Se quedó inmóvil, exactamente como siempre hacía cuando se sentía amenazada, y el vello fino de su nuca se erizó

cuando una brisa ligera y cálida sopló temporalmente antes de que la puerta se cerrara. Él caminó lentamente por el pasillo empedrado hacia ella y luego se detuvo. Ella mantuvo la cabeza inclinada mientras trataba de calmar su corazón, que insistía en poner su cuerpo en sobremarcha. Inhaló algo del aire fresco y abandonado de la iglesia, deseando que algo de su calma habitual se le pegara, pero no fue así.

—Indra —dijo él, firme pero tranquilamente.

Ella se volvió hacia él. No podía retrasarlo más. Además, *quería* verlo. Durante la última semana, desde que él la había estado evitando como si fuera una especie de amenaza para él, solo lo había visto de lejos, hablando con los trabajadores, pareciendo en todo sentido el señor de la mansión: imponente e impresionante. Se había bronceado desde que había llegado a Richmond, olvidados ya los años de vida nocturna en el casino.

Y sus ojos azules eran más brillantes, resaltando contra el marrón de su piel. Ahora estaba de pie mirándola fijamente, con las manos metidas en los bolsillos y las piernas separadas. Llevaba pantalones claros y una camisa blanca de cuello abierto sobre la que se podía ver el vello de su pecho. Ella levantó la mirada más arriba, pasando por la línea firme de su mandíbula hasta los labios que formaban una línea dura. Tomó una respiración profunda y levantó la cabeza bruscamente para encontrarse con su mirada. Se tragó un aleteo de nervios.

—Me encontraste —dijo, cediendo a lo inevitable.

—Sí, no fue difícil. No vas a ninguna parte y tienes lugares favoritos para esconderte. Lo que plantea la pregunta, ¿de qué te escondes?

Ella se apartó un mechón de pelo de la cara. —Habría pensado que era obvio.

—No para mí.

Ella se mordió los labios, tratando de reunir el coraje para decirle un poco de la verdad, sabiendo que él podía detectar cualquier mentira.

—Dime qué está pasando, Indra.

Estaba a punto de darle una verdad a medias, pero no le gustó su tono autoritario. Se levantó, negándose a que le hablaran con condescendencia, y dio un paso hacia él. Su ceño se profundizó.

—He hecho todo lo que necesitaba hacer. La fiesta va bien, ¿no? Tus invitados...

—*Nuestros* invitados...

—¿Están felices, contentos, impresionados? —Hizo una pausa, esperando su respuesta. No llegó—. ¿No lo están?

Un músculo se contrajo en su mandíbula. Ella lo estaba afectando. Él dio un breve y cortante asentimiento como respuesta.

—Bien. Entonces creo que he logrado lo que me propuse hacer.

—Tal vez lo que *tú* te propusiste hacer. Pero no *yo*. La invitación era de parte de ambos y la gente está pidiendo conocerte. Si no vienes a conocerlos, socavarás todo. Sí, están impresionados con los caballos. ¿Por qué no lo estarían? Y eso es un objetivo cumplido, pero lo que realmente quieren es ver a la hermosa y esquiva Indra. Mi esposa. Si no vienes conmigo ahora y haces el papel de una esposa felizmente casada, habrás deshecho todo tu trabajo.

Ella se mordió el labio para tratar de evitar que temblara. Era lo que había temido pero había estado ignorando.

—¡Eso es ridículo! Quieren un centro de entrenamiento y establos exitosos, no chismes.

—Los chismes son *exactamente* lo que quieren.

Sintió que la vida se le escapaba. —No puedo hacer chismes —susurró a medias. Buscó apoyo en un banco, pero la mano de él se disparó y agarró la suya en su lugar. Si era para controlarla o para apoyarla, no habría podido decirlo. Él le apretó la mano y su otra mano se

deslizó sobre la de ella.

—Dime por qué.

Ella negó con la cabeza. —No puedo.

—Entonces debes venir conmigo ahora porque, si no lo haces, las finanzas de la propiedad se verán seriamente comprometidas y te quedarás sin trabajo.

Ella parpadeó para contener las lágrimas que sus temores habían provocado y asintió. —Iré, pero no sabes lo que estás haciendo.

—No lo sabré a menos que me lo digas.

Aún con un firme agarre en su mano, como si temiera que ella saliera corriendo —pero ¿adónde iría?—, caminaron fuera de la iglesia, a través de los árboles, y emergieron en medio de la multitud de personas cuyas risas y fuertes saludos entre sí llenaban los jardines habitualmente tranquilos.

Él se inclinó hacia ella y le susurró al oído. —Sonríe, por el amor de Dios. Y aparenta ser una mujer felizmente casada y enamorada de su marido.

Sus palabras casi le rompieron el corazón. Él era su marido, y no la amaba. Ella le devolvió la mirada, ahora firme. —No puedo mentir. Todo lo que hago tiene que salir del corazón. O nada en absoluto.

Él apartó la mirada rápidamente. —Entonces estamos condenados antes de empezar.

Pronto se encontraron en medio de grupos de personas que querían conocerla, e Indra se descubrió sonriendo y disfrutando al hablar con ellos. Porque, aunque Indra evitaba el mundo fuera de las puertas de la Finca Richmond, realmente amaba a la gente y pronto se encontró charlando con facilidad con todos. Mientras tanto, Sebastian nunca soltó su mano mientras la escuchaba, añadiendo algunos comentarios aquí y allá, pero principalmente observándola. Se movieron entre los grupos hasta que todos parecieron satisfechos de haber conocido a la feliz pareja en el corazón de esta próspera Finca Richmond.

La tarde transcurrió más fácilmente de lo que Indra había imaginado y los invitados se fueron marchando. Mientras se despedían de más invitados —unos pocos aún estaban sentados en mantas de picnic disfrutando del champán—, el sol se hundía más en el cielo y el calor del día desaparecía, desvaneciéndose en una noche templada. Pero aún así, él no soltaba su mano, y ella ya no intentaba apartarla. De alguna manera, se sentía correcto.

—Para alguien a quien no le gustan las multitudes, ciertamente encantaste a nuestros invitados —dijo él, despidiéndose con la mano de otra pareja que pasaba en coche.

Indra también saludó y sonrió a la pareja con la que había disfrutado hablando. —Me gusta la gente.

—Y tú les gustas a ellos. Como dije antes, tu presencia selló el éxito del evento.

Ella se volvió hacia él. —¿Eso crees?

Sus ojos se entrecerraron mientras seguían el coche por la avenida de árboles hacia la portería. Parecía más relajado ahora que en todo el día. Parecía haber disfrutado quedándose en un segundo plano frente a ella. De repente, se dio cuenta de que lo que había tomado por arrogancia era, de hecho, una reserva natural. Combina su reserva con la estructura ósea inflexible de su rostro y parecía alguien muy duro. Pero esa dureza, ahora se daba cuenta, ocultaba al verdadero Sebastian.

—Lo sé —dijo finalmente—. Tienes una calidez natural con la gente, lo que hace aún más sorprendente que los rehúyas. —Negó con la cabeza como si estuviera perplejo—. Y no tengo ni idea de por qué. —Le apartó el cabello de la cara—. Estás ocultando algo, Indra. Tienes secretos.

Ella no podía negarlo. Pero podía contrarrestarlo. —Al igual que tú, creo.

Él sonrió, entendiendo lo que ella estaba haciendo. —Tal vez. Pero sospecho que los míos son mucho más simples que los tuyos.

—¿Por qué? ¿Cuáles son?

Su sonrisa se ensanchó. —Querida —dijo exageradamente—, aún tenemos invitados alrededor. Difícilmente creo que aquí y ahora sea el momento de exponer mi triste historia.

—¿Por qué, crees que me echaré a llorar?

Su sonrisa desapareció. —No, pero *yo* podría hacerlo.

Ella ya no quería bromear, no con ese vislumbre de su alma herida. —Lamento lo que pasó entre tú y tu padre, porque ambos terminaron lastimados.

Él gruñó con desdén. —¿Mi padre, herido? Lo dudo mucho.

—Oh, estaba herido, sin duda. Pensé que estaba herido por cómo lo rechazabas, pero ahora me doy cuenta de que el dolor era peor porque era autoinfligido. Creo que sufría porque estaba arrepentido por lo que te había hecho y porque no podía arreglar las cosas.

Él negó con la cabeza. —Eres una buena mujer, Indra, y sé que te gusta pensar lo mejor de la gente, pero te equivocas en este caso. Vamos, si hubiera querido arreglar las cosas, ¿por qué insistiría en este matrimonio?

—No lo sé, pero sospecho que lo averiguaremos en algún momento.

—Tal vez. —Levantó sus manos unidas hasta sus labios y besó sus nudillos, antes de deslizar sus labios sobre ellos. No apartó sus ojos de ella.

Ella tomó una brusca bocanada de aire, tratando de contrarrestar el efecto de su beso en sus sentidos. No habría podido apartar la mirada de él aunque hubiera querido. —No has soltado mi mano en toda la tarde.

—Una muestra de unidad que sentí que era necesaria.

—Creo que la demostración funcionó.

—Hm —dijo él seductoramente—. ¿Quieres que te suelte ahora?

Debería, pero no quería. Negó con la cabeza rápidamente antes de que el pensamiento racional pudiera tomar el control. Y en lugar de soltar su mano, él la atrajo hacia sí. Solo entonces soltó su mano, pero en lugar de alejarse, levantó ambas manos a sus mejillas y acunó su rostro, sus pulgares acariciando su suave piel. Ella cerró los ojos mientras trataba de controlar las sensaciones que se deslizaban por su piel y viajaban profundamente dentro de su cuerpo, enviando señales a cada parte de ella, derritiéndola e incendiándola al mismo tiempo.

—Indra, eres tan hermosa —dijo él, con voz baja y sexy.

Ella abrió los ojos, y él estaba cerca, tan cerca ahora. Tragó saliva, desesperadamente tratando de aferrarse al último vestigio de control. —No hay nadie mirando ahora, así que no tienes que hacer esto.

—Que es precisamente por lo que quiero hacerlo.

Él presionó sus labios contra los de ella antes de que pudiera responder. No es que ella hubiera huido, porque su mente estaba en suspenso y su cuerpo deseaba todo lo que él pudiera darle. Sus labios se movían sobre los de ella, persuadiendo a su boca para que se abriera. Ella jadeó cuando su lengua se deslizó contra la suya. Su corazón latía con fuerza y deslizó sus manos alrededor de su cuello, sin querer que se alejara o dejara de llenarla de tanto placer.

Ella acercó su cuerpo hasta que sus caderas se inclinaron y presionaron contra las de él. Ahora actuaba puramente por instinto y cuando lo sintió endurecerse, esta vez estaba preparada y no se apartó. Había pasado demasiado tiempo desde la última vez imaginando lo que él podría hacerle con esa dura erección. No sabía qué podría traer el futuro. No sabía si él siquiera tenía corazón, pero todo lo que sabía era que sentía un despertar en sí misma, que no podía negar más

de lo que podía decidir dejar de respirar.

Finalmente, él se apartó, presionando su frente contra la de ella. Murmuró una palabrota entre dientes.

—Indra, ¿qué me estás haciendo?

Ella balanceó su frente contra la de él.

—Nada.

—Entonces sigue sin hacer nada —dijo él, mientras presionaba sus labios contra los de ella una vez más.

—¡Eh! —Un grito repentino la hizo apartarse de un salto, cuando un invitado caminó inestablemente hacia ellos. El hombre se detuvo junto a ellos, la miró de arriba abajo y luego sonrió a Sebastian—. ¿Tienes más como esta?

Indra jadeó cuando la realidad la golpeó. Nunca había hecho algo así antes, ni en privado y ciertamente no en público. Se sintió barata y avergonzada. Apartó sus manos de Sebastian y se dio la vuelta, apartando su cabello ahora despeinado de su rostro, y caminó rápidamente hacia la casa. Alguien gritó detrás de ella y comenzó a correr. Tenía que escapar. Alejarse de todos estos extraños y, más especialmente, alejarse de Sebastian, quien la desafiaba a cada paso y la convertía en una mujer que no reconocía.

Solo cuando llegó a la guardería en el piso superior se sintió segura. Miró por la ventana para ver a Sebastian rodeando los grupos, obviamente tratando de animarlos a irse. Los taxis se alineaban en la entrada, listos para llevarlos a casa, pero los últimos necesitaban más persuasión. Sabía que pasaría algún tiempo antes de que él pudiera escapar, lo que le daría tiempo para pensar.

Se quitó los zapatos y se frotó los dedos de los pies donde sus sandalias le habían apretado los pies calientes mientras caminaba por la finca. De repente se sintió exhausta después de todo lo que había sucedido. No menos por el beso de Sebastian. Suspiró. Qué beso. Se acurrucó en el sofá y cerró los ojos.

No podía haber estado dormida mucho tiempo antes de que algo más que el toque de Sebastian entrara en sus sueños. Al principio, lo incorporó a sus sueños sexuales, el golpeteo del cabecero mientras Sebastian subía y bajaba encima de ella, rítmicamente, llevándola a lugares donde solo ella misma había llegado anteriormente. Pero luego se hizo más fuerte, y parpadeó y despertó de repente. Alguien estaba golpeando la puerta.

Medio tropezando, apenas despierta, fue hacia la puerta, preguntándose qué era tan urgente como para hacer que Sebastian regresara tan rápido.

—¿Qué pasa...?

Alguien se abalanzó hacia ella, cortando sus palabras mientras la agarraba. Le tomó unos momentos despertar completamente para darse cuenta de que *no era* Sebastian.

—¡Suéltame! —dijo, cayendo medio hacia atrás mientras trataba de soltar sus dedos de sus hombros. El hombre que la había avergonzado antes respondió agarrándole dolorosamente el pecho. Ella gritó de dolor.

Sus labios estaban sobre los de ella, su aliento agrio por el champán. Ella se atragantó cuando él forzó su lengua en su boca. Cayó de espaldas sobre el diván, y él cayó encima de ella. Su gran cuerpo le quitó el aliento y ella jadeó en busca de aire mientras él se agitaba encima de ella.

De repente el peso se levantó con un rugido sobrenatural y hubo el sonido de vidrio y adornos rompiéndose cuando el hombre fue lanzado contra una mesa. Mientras ella luchaba por levantarse, aún sin aliento después de ser arrojada al sofá, escuchó un puño golpeando un cuerpo, seguido de más estruendos. Miró hacia arriba y vio a Sebastian, con el puño levantado de nuevo,

listo para golpear al hombre.

—¡Fuera!

El hombre luchó por ponerse de pie, se puso a gatas y se empujó hacia arriba antes de volverse hacia Sebastian, frotándose la mejilla.

—Me voy, pero ¡no esperes ningún negocio de mi parte!

—No *queremos* tu negocio.

—Pues me habías engañado —escupió el hombre de nuevo—. Esa pequeña fiesta no salió barata. Quieres el negocio, eso es obvio.

—No necesito *tu* dinero. Ahora, ¡lárgate y no vuelvas a mostrar tu cara por aquí!

El hombre tropezó hacia la puerta, pero no sin antes mirar fijamente a Indra. Se volvió hacia Sebastian una vez que se acercó a la puerta.

—Es una provocadora. Me deseaba y es obvio que tú no la satisfaces. Iba a darle algo que recordar.

Con solo una mirada a Sebastian, Indra supo que sería mejor que hiciera algo si el hombre iba a salir vivo de la habitación. Saltó entre ellos.

—Oh, te recordaré, de acuerdo. Y me aseguraré de que no tengas nada que ver con nuestro negocio de nuevo. Ahora haz lo que Sebastian te dijo y vete. De lo contrario, llamaré a la policía.

—¿La policía? Lo dudo. Tienes fama de mantener un perfil bajo y estoy seguro de que tienes buenas razones para ello. ¿Tengo razón?

Indra palideció y negó con la cabeza. El hombre sabía algo, o sospechaba algo. Fuera lo que fuera, hoy había sido un completo y absoluto error. Ella esperaba que lo fuera, y ahora lo sabía. Su pasado iba a volver para atormentarla. Y no sabía si sobreviviría a ello.

La puerta se cerró de golpe detrás de él y ella se volvió lentamente para enfrentar a Sebastian, quien todavía parecía querer asesinar a alguien. Afortunadamente, mientras caminaba hacia él, se dio cuenta de que no era ella.

Hubo un grito desde afuera —una obscenidad seguida de otra— y ambos miraron hacia la ventana. Ella siguió a Sebastian hasta la ventana abierta.

—¡Vete ahora! —ordenó Sebastian, y el hombre retrocedió unos pasos tambaleándose. Afortunadamente, no había nadie para verlo. Esta ventana daba a la parte trasera de la propiedad y no había nadie alrededor.

—Oh, no te preocupes, me voy, ¡lo que es más de lo que se puede decir de ti! He cerrado el cerrojo. ¡Parece que después de todo te he hecho un favor, Sebastian! —Se rio y se alejó tambaleándose.

Ambos se giraron al mismo tiempo y miraron la puerta, y luego se miraron el uno al otro con incredulidad. Sebastian caminó hacia la puerta y la empujó. Se mantuvo firme. Debía haber usado el viejo cerrojo oxidado que ella nunca se había molestado en quitar. Indra ni siquiera se había dado cuenta de que aún funcionaba.

Sebastian pateó la puerta, luciendo pánico. De repente, ella recordó su aversión a estar encerrado, y lo que debió haberle sucedido aquí. Él comenzó a caminar como un animal enjaulado.

—Está bien. Llamaré a alguien —Miró alrededor y luego hizo una mueca—. ¡Oh, no! Mi portátil. Está en las oficinas de la finca.

—Pero tu ordenador...

Ella negó con la cabeza.

—Se estropeó hace unos días. He estado usando mi portátil.

—Entonces un teléfono. ¡Por el amor de Dios!

Ella hizo una mueca, reacia a dar la noticia.

—¡No me digas que también está abajo!

Ella asintió.

—Sí —Se encogió de hombros—. Debo haberlo dejado allí cuando entré —Se pasó los dedos por el pelo, retorciéndolo de un lado a otro, mientras intentaba averiguar qué hacer—. Estaba alterada. No pensaba con claridad, así que —cerró los ojos mientras recordaba sus pasos — lo tiré sobre la mesa de café y luego decidí que quería subir aquí.

—De acuerdo. Y el mío está en mi chaqueta —Le lanzó una mirada feroz—. También abajo.

—¿Podemos intentar gritar? —Fue a la ventana y se asomó, pero la tarde ya había avanzado y no había nadie alrededor. Sebastian había dado instrucciones estrictas de que nadie debía estar cerca de la casa fuera del horario de oficina y todos le tomaron la palabra.

—No tiene sentido —dijo él—. No hay nadie que pueda oír.

—Pero la cerradura. Es vieja, seguramente no puede aguantar.

—Oh, esa cosa puede aguantar perfectamente. Lo he mirado. Es la misma de siempre. Reforzada para evitar que alguien salga.

—Eso es extraño.

—No es extraño. Ese es mi padre. Asegurándose de que no pudiera salir y de que cumpliera mi castigo. El único que no podía soportar.

Las respuestas cobraron sentido. Ella parpadeó, instándole a continuar.

—Podía soportar las palizas, podía soportar el trabajo duro, pero lo que no podía soportar era estar encerrado. Y eso es lo que él hacía. Mi padre tenía un sentido infalible de cómo ser cruel.

Ella negó con la cabeza.

—No Charles. No mi padrastro. Él no haría algo así.

—Lo haría, y lo hizo. A mí —Ella pudo ver cómo la agitación le superaba y estalló en movimiento, lanzándose contra la puerta. Tenía razón. Se mantuvo firme. No había forma de que pudiera salir de allí. Se alejó caminando, con la agitación clara en cada paso.

Ella le agarró del brazo para obligarle a dejar de moverse. Él la miró con furia.

—Estará bien, de verdad, Sebastian. Estará bien.

Él cerró los ojos y gimió, y pareció tan expuesto que ella se quedó conmocionada. Y en ese momento, supo que sería exactamente lo contrario de bien.

CAPÍTULO SIETE

INDRA OBSERVABA a Sebastian pasearse por la habitación. El ritmo se aceleró, girando en un extremo y apresurándose al acercarse al otro antes de correr hacia la puerta y arrojar su cuerpo contra ella con todas sus fuerzas. Pero la vieja puerta era sólida —parte de una sección mucho más antigua de la mansión— y el cerrojo ni siquiera se estremeció. Se mantuvo firme. Él maldijo y golpeó la puerta. Ella se estremeció. Debió de doler.

—¡Tienes que calmarte, Sebastian!

Él no dejó de pasearse, solo la miró con furia, y ella pudo ver el pánico en sus ojos aumentando. Había querido conocer sus secretos, pero ahora que parecía que los postigos de hierro habían sido arrancados, deseaba no poder verlos. Parecían demasiado salvajes, demasiado dolorosos para contemplarlos.

Él golpeó la palma de su mano contra la pared mientras miraba hacia afuera en el crepúsculo que se desarrollaba, deseando que alguien apareciera, que alguien los escuchara, que alguien los liberara del purgatorio en el que parecía estar.

Ella puso su mano en su hombro. Él se estremeció pero no se movió, solo mantuvo su mirada agitada parpadeando hacia afuera, sobre las sombras, buscando algo, cualquier cosa, que los sacara de allí.

—Sebastian —dijo ella ahora en voz baja, exactamente como solía hablarle al perro herido que encontró, tratando de hacer que confiara en ella, que creyera en ella—. Todo estará bien, ¿sabes? Si nadie más aparece, siempre está mi secretaria.

Sus ojos se iluminaron con esperanza. —¿Puedes contactarla?

—No. Quiero decir, tenemos un acuerdo permanente. Cada mañana, mi secretaria viene aquí para entregar la correspondencia y organizar mi agenda del día. Todos los días. Sin falta. Ella *vendrá*.

—Eso es mañana por la mañana —dijo él sombríamente. Empezó a alejarse, pero ella agarró su brazo con más fuerza y se acercó—. No *ahora* —dijo él—. No esta tarde. No *esta noche*. Eso es dentro de más de doce horas. —Bajó su rostro hacia el de ella y pudo sentir su agitación y pánico, no solo en sus ojos, sino también en su voz—. ¿Cómo demonios voy a mantenerme cuerdo, encerrado aquí contigo?

Una imagen —una imagen muy sexy— pasó por su mente y se quedó allí por un instante. Esperaba que Sebastian no notara el rubor que inundó sus mejillas.

—Te distraigo. —Descartó firmemente la imagen sexy—. *Hablamos*.

—¿De qué demonios tenemos que hablar que pueda hacerme olvidar que estoy de vuelta en el mismo lugar que me hizo huir de mi hogar cuando era un niño? ¿Eh?

—Podríamos conocernos mejor. —Instantáneamente, deseó poder retirar sus palabras.

Prácticamente le había dado permiso para conocer sus secretos. Pero era eso o entregarse a él físicamente. Podía ver que tenía su atención—. Primero tú —dijo rápidamente. Si podía desviarlo para que revelara sus secretos primero, tal vez podría aferrarse a los suyos—. Me gustaría conocerte mejor, Sebastian.

Él gruñó con desdén. —¿Crees que eso va a distraerme de esto? —Hizo un ademán con la mano alrededor de la habitación larga y de techo bajo. Negó con la cabeza mientras miraba hacia el techo encalado, más bajo que cualquiera de las otras habitaciones de la casa—. Siempre odié lo bajo que era este techo. Me hacía sentir atrapado, como un animal enjaulado...

Ella tiró de su brazo. —¡Sebastian! ¡Basta! Bien, hablemos de otra cosa. —Podía ver que había captado su atención—. Cualquier cosa. —No tenía más opción que ofrecer su pasado como distracción—. Una vez dijiste que querías conocer mis secretos. Te lo diré si me preguntas.

Él inclinó la cabeza hacia un lado con repentino interés, y la tensión en su frente se alivió. Estaba funcionando. —De acuerdo. —Cambió su postura, para quedar frente a ella directamente. Ella se sintió inquieta pero no se alejó—. ¿De dónde vinieron tú y tu madre, Indra?

Ella se humedeció los labios mientras una miríada de respuestas pasaban por su mente. Respuestas que su madre había creado para ella, listas para decirle a cualquiera que preguntara. Y luego estaban las respuestas verdaderas. Sabía que no podía salirse con la suya con las primeras con Sebastian.

—India.

Él esperó a que ella elaborara. Ella no lo hizo.

—Bien, ¿así que tengo que conocer las preguntas, las preguntas *muy específicas*, para hacer antes de recibir las respuestas?

Ella asintió. Iba a hacer que trabajara por cualquier cosa que quisiera saber. En primer lugar, porque quería revelar lo menos posible y, en segundo lugar, y lo más importante, desviaría a Sebastian de sus miedos de manera más efectiva. Pero tal vez podría desviarlo un poco llevándolo por caminos que fueran menos reveladores.

—¿Quieres saber de qué parte de la India? —Podría hablar sobre su ciudad natal durante horas.

—No particularmente.

Su corazón se hundió.

—No, preferiría saber sobre el ‘por qué’.

Ella frunció el ceño.

—*Por qué* dejaron la India. *Por qué* vinieron aquí, a Richmond. *Por qué* te mantienes en la finca y sales con tan poca frecuencia como sea posible. ¿Por qué es eso?

Se había metido demasiado profundo, demasiado rápido. Pero tal vez podría usarlo como un punto de negociación.

—Si te lo digo, ¿me dirás algo sobre ti?

—Claro. ¿Por qué no? Sospecho que tus secretos resultarán mucho más interesantes que los míos. Empecemos con por qué tú y tu madre dejaron la India.

—De acuerdo. —Señaló los sofás, que estaban dispuestos alrededor de una mesa de café para reuniones informales—. Si vamos a hacer esto, al menos pongámonos cómodos. —Le lanzó una sonrisa rápida—. He estado de pie todo el día.

Él asintió una vez en señal de acuerdo y la siguió hasta el sofá. Se sentó hacia adelante, con las manos entrelazadas frente a él. Ella se quitó los zapatos y metió los pies debajo de ella, agarrando un viejo cojín de terciopelo frente a ella como si fuera a protegerla de él. Él la miró desde debajo de una ceja fruncida, pero el pánico había disminuido, reemplazado por interés.

—Continúa —dijo él—. Tienes toda mi atención.

Ella tomó una respiración profunda. Mantén la calma. Mantén las imágenes a raya. Solo cuenta una versión de la verdad para satisfacer a Sebastian. Solo cuenta. No recuerdes.

—Mi padre y mi hermano... —Jugó con la palabra en su boca, pero pasaron unos segundos antes de que saliera—. Murieron.

—Lo siento. ¿Algún tipo de accidente?

Ella hizo una mueca. —Algún tipo.

—Eras muy joven para experimentar semejante tragedia. Pero no es razón para abandonar tu hogar y tu país. Dejar atrás todo lo que conoces, tu familia, amigos, tu vida, generalmente hay una de dos razones para hacer algo así. O bien estás corriendo *hacia* algo, o huyendo *de* algo. ¿Cuál fue tu caso?

Ella vaciló, sin querer responder pero consciente de que la sensación de pánico lo había abandonado. No tenía otra opción más que continuar. No tenía otra opción más que decir la verdad, porque él ya sabía que ella y su madre habían sido extrañas para el padre de Sebastian. ¿Y por qué correrían hacia un extraño? Pero tal vez podría aprovechar su atención para distraerlo aún más. Iba a ser una noche larga con solo ellos dos, y no le agradaba la idea de estar a solas con un Sebastian en pánico. Uno tranquilo ya era bastante desafiante. Miró hacia la cocineta en una esquina.

—Es una larga historia. ¿Le gustaría tomar algo?

Él siguió su mirada. —Un whisky, pero dudo que tengas eso.

Ella negó con la cabeza. —No, no tengo. Nada de alcohol, me temo. Pero tengo tés de hierbas. ¿Le gustaría uno?

Él hizo una mueca, y ella se esforzó por no sonreír. —Haré uno de todos modos para que lo pruebe. Nunca se sabe, podría gustarle. —Su sonrisa divertida fue recibida con un ceño fruncido, pero no debilitó su determinación. Tenía otras bebidas en el armario, pero no quería aumentar su adrenalina con un café negro.

Se dirigió a la cocineta que su padrastro había instalado para ella y llenó la tetera. Podía sentir sus ojos en su espalda. Miró por encima del hombro y, efectivamente, él estaba observando cada uno de sus movimientos. Empezaba a pensar que su pánico se le iba a transferir y, por primera vez, se dio cuenta de las implicaciones de estar encerrada en una habitación con él durante toda la noche. A menos que ocurriera un milagro, esto era exactamente lo que iba a suceder. Le lanzó una sonrisa insegura y se concentró en preparar bebidas para ambos. Si tan solo viviera en una época diferente y tuviera algún tipo de poción mágica para deslizar en la bebida y hacerlo dormir. Con la manzanilla lista, sirvió dos tazas y regresó a los sofás.

—Ciertamente has transformado este lugar —comentó él, probablemente notando por primera vez las alteraciones que ella había hecho en la antigua habitación infantil.

—Siempre sentí que este era mi espacio, un lugar que podía hacer mío sin afectar a nadie más.

—Sí, a mi padre no le habría importado lo que hicieras aquí. Nunca subía hasta acá.

—Oh, sí lo hacía. —Deseó no haber respondido tan rápidamente cuando vio la mirada sorprendida en sus ojos.

—¿En serio? ¿Por qué?

Ella se encogió de hombros, tratando de pensar cómo podría retractarse de su declaración. —Oh, ya sabes, visitas breves.

—Claro. Para verte. Para reunirse contigo. Para hablar contigo. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí.

—Nunca vino aquí cuando mis hermanos y yo éramos niños. Tú y tu madre ciertamente obraron alguna magia sobre él para hacerlo cambiar tanto.

—No hubo ninguna magia.

—Llámalo como quieras. El hombre del que estás hablando no era el hombre que yo conocí. De todos modos, no me interesa hablar de él. Me interesa saber más sobre ti.

Ella frunció el ceño. ¿Por qué estaba tan interesado en su pasado? Conocía lo suficiente a Sebastian ahora para darse cuenta de que nunca hacía nada sin motivo, especialmente por simple curiosidad. En ese caso, ¿por qué quería saber sobre sus antecedentes?

—¿Por qué exactamente quiere saber?

—¿No es suficiente razón que seas mi esposa? Estamos unidos por los próximos años, así que saber algo sobre ti no parece irrazonable.

Tuvo el preocupante pensamiento de que estaba tratando de distraerla. —Estamos casados solo de nombre. Mi pasado no puede significar nada para usted.

—Tal vez simplemente tengo curiosidad. Pero —se encogió de hombros—, si no quieres satisfacer mi curiosidad, siempre puedo volver a arrojarme contra la puerta y maldecir durante las próximas doce horas. —Sus labios se torcieron en una sonrisa burlona, que la afectó de maneras que realmente no debería.

—Supongo que satisfacer su curiosidad será mucho menos dañino para usted, sin mencionar la puerta y el contenido de mi habitación.

—Bien. —Tomó un sorbo de su té, hizo una mueca y luego se recostó en la silla—. Entonces, ¿estabas huyendo hacia algo o de algo?

—De algo, como sin duda puede adivinar. Después de que mi padre y mi hermano murieron, mi madre quería empezar de nuevo. —Contuvo la respiración, esperando que no preguntara sobre las circunstancias de las muertes de su padre y su hermano.

—¿Lejos de su familia y amigos? Eso es inusual.

Ella soltó el aire. —Mi madre decidió que era lo mejor para ambas irnos.

—¿Por qué Inglaterra? ¿Tenía conexiones aquí?

Indra negó con la cabeza. —Ninguna. —Podría haber inventado algunas, pero siempre había sido pésima mintiendo y sabía que la mente aguda de Sebastian la descubriría, eventualmente. El hecho de que no tuviera parientes ni conexiones en Inglaterra era la razón principal por la que su madre había elegido establecerse allí. Sus enemigos no pensarían en buscarlas allí.

—¿Así que respondió a un anuncio de agencia para ama de llaves aquí, en Richmond?

—Así es. Ama de llaves interna, en Richmond, donde podríamos empezar de nuevo.

—No me parece mucho de un nuevo comienzo. A kilómetros de cualquier lugar.

—Era lo que queríamos.

—¿Queríamos? Debías tener alrededor de doce años.

Ella asintió.

—Así que era lo que tu *madre* quería. —Tomó otro sorbo de su té antes de fijar su mirada firme en ella—. Desaparecer.

Ella bajó los ojos para mirar el té dorado y claro, observando cómo los fragmentos de las flores de manzanilla se movían en el fondo de la fina taza de porcelana. Nunca le había contado a nadie por qué ella y su madre habían venido a Inglaterra hace tanto tiempo. Pero, entonces, nadie había tenido la temeridad de preguntar, y habían estado protegidas por Charles Richmond. Pero ya no. Charles había levantado esa protección cuando la había atado en matrimonio a su hijo. Si Charles pensaba que ella podía valerse por sí misma, tal vez podría.

Ella levantó la mirada hacia él. —Sí. Desaparecer. —Con cuidadosa deliberación, colocó su

taza de vuelta en el platillo, se reclinó y cruzó las manos sobre su regazo—. Hubo... complicaciones en los negocios con las que mi madre no quería estar relacionada, así que nos trajo aquí. Nos hizo desaparecer, como tú dices.

Sebastian no pareció sorprendido por su revelación.

—Me imaginé que debía ser algo así.

—Aún no estoy segura de por qué estás tan interesado.

Él se encogió de hombros. —No importa. El hecho es que lo estoy. Gracias por contármelo.

Ella dejó escapar un pequeño suspiro de alivio, mientras la tensión se aliviaba. Tal vez había escapado de lo peor.

—Una cosa más. ¿Cuál era el negocio de tu padre?

Ella se encogió de hombros. —Comerciaba con muchas cosas. Importación... ya sabes.

—¿Y estas importaciones eran de qué país?

Ella se encogió de hombros. —Principalmente de Rusia.

—¿Y estas cosas eran peligrosas?

Ella asintió. Por un momento, pensó que él podría presionarla, pero decidió que era su turno.

—¿Y qué hay de ti? ¿Cuáles son tus secretos? ¿Me los contarás?

—Claro. Soy un libro abierto —dijo con sarcasmo—. ¿Qué te gustaría saber?

Había muchas cosas que quería saber sobre su marido. Por qué, de vez en cuando, vislumbraba a un hombre diferente escondido detrás de esa fachada reservada. Por qué nunca había visitado el hogar que decía amar tanto. Y, no menos importante, por qué odiaba tanto a su padre. Su pánico irracional al estar encerrado en el cuarto de los niños era el lugar obvio para empezar. Temía que empezara a entrar en pánico de nuevo si revivía sus recuerdos. Pero era un riesgo que tenía que tomar si alguna vez quería entenderlo.

—¿Qué te pasó aquí?

Sus manos se cerraron en puños que apretó contra su boca. Luego inhaló profundamente y juntó las manos en su regazo.

—Me encerraron aquí. Durante largos períodos de tiempo, con solo el personal trayéndome comida.

—¿Qué? ¿Quién demonios hizo tal cosa?

—Mi padre. El padrastro por el que te preocupas tanto.

—Pero ¿qué demonios hiciste para que él hiciera eso?

Él se encogió de hombros. —Nunca fue nada grave. Creo que principalmente era porque lo desobedecía. Nunca he sido bueno con la autoridad.

—No me sorprende —dijo ella, tratando de ordenar sus pensamientos, intentando reconciliar la imagen de su padrastro, encerrando a propósito a su hijo mayor, que amaba los espacios abiertos. No podía creer que hubiera sido tan cruel—. Pero me sorprende que Charles hiciera tal cosa. Nunca vi un lado cruel. Nunca.

—Entonces tuviste suerte. Supongo que amar a tu madre y a ti debe haberlo cambiado.

—Tal vez no lo desafiamos. Lo necesitábamos para que nos protegiera. —Se detuvo de repente, dándose cuenta de que había dicho demasiado—. Quiero decir, éramos nuevos en Inglaterra y no conocíamos a nadie más.

—Ah, eso le habría gustado. Apelasteis a su lado machista.

Ella negó con la cabeza. —Me resulta difícil reconciliar lo que sé de tu padre con lo que te hizo.

—Mi consejo: no lo intentes. No vale la pena.

—¿Cómo terminó todo?

—Me escapé. Dormí en la calle y robé cuando necesitaba comida. Fue eso lo que me llevó a estar encerrado de nuevo. En un reformatorio esta vez. Padre se negó a ayudar, dijo que necesitaba aprender una lección. Y supongo que podrías decir que lo hice.

No era de extrañar que odiara tanto a su padre. Y no era de extrañar que hubiera rechazado el amor y reforzado sus defensas para mantenerse a salvo. Había aprendido esas lecciones demasiado bien.

—Lo siento mucho, Sebastian.

—Sí, bueno. Es cosa del pasado.

Se levantó y abrió la ventana de guillotina para dejar entrar el aire de la noche. Ella fue y se unió a él. Tocó su brazo vacilante, necesitando conectar con él, y siguió su mirada hacia los jardines formales que descendían hasta el lago, como una franja plateada en la luz menguante. Sobre ellos, se podía ver el primer esparcimiento de estrellas.

—Pero, a pesar de todo eso —dijo él—, amo esta propiedad. Solo respirar el aire, escuchar el sonido de los árboles en el viento, los caballos lejanos, los zorros, los pájaros. —Cerró los ojos, y ella se quedó atrapada por su mirada absorta, tan diferente de lo habitual—. Es como si el lugar estuviera respirando, latiendo con un solo corazón, al mismo ritmo que el mío. —Abrió los ojos, le lanzó una mirada avergonzada—. Estoy diciendo tonterías, por supuesto.

—No son tonterías. Es cómo te sientes. ¿Cómo podría ser una tontería lo que hay en tu corazón?

El silencio se alargó y se profundizó, en sintonía con el crepúsculo.

—Ah —dijo él, distraído por la visión de una polilla que había entrado volando y se estaba golpeando contra la pantalla de una lámpara de lectura—. Tal vez ese es mi secreto. Cuando mi corazón estaba abierto de niño, fui atrapado como esa polilla. —Caminó hacia ella, atrapó la polilla en su mano y la liberó por la ventana, antes de cerrarla una vez más—. Pero a diferencia de la polilla, nunca me recuperé. —Gruñó—. Ni siquiera siento que ese niño tenga algo que ver conmigo. Es como si estuviera hablando de otra persona.

—Tal vez necesites conectar con el niño que una vez fuiste.

—¿Cómo puedo? Ya no está con nosotros.

—¿Estás seguro?

—Oh, sí. Desaparecido y olvidado hace mucho tiempo.

—No digas eso.

—¿Por qué no?

—Porque es demasiado triste, y no creo que sea cierto.

Él resopló. —No reconocería a ese niño si lo volviera a encontrar. Gracias a Dios que mi padre erradicó cualquier rastro mío aquí en esta casa. No hay recordatorios, nada que quede de mi infancia.

—Debe haber algo. Algo que te recuerde lo que una vez fuiste. Lo que todavía eres, en el fondo. —Su mente buscó algo, cualquier cosa. Y entonces lo recordó y saltó.

—¡Lo sé! —Caminó hacia un armario y, después de una rápida inspección, bajó una caja del estante superior. Se levantó una nube de polvo. Se la ofreció a él—. ¿Reconoces esto? —No tenía ni idea de lo que había dentro, pero sabía que era suyo por el garabato infantil que lo proclamaba en el exterior.

Sebastian no se movió. No dijo nada y por un minuto, ella pensó que algo andaba mal. Y entonces, lentamente, él tomó la caja de sus manos, estudiando la tapa por un momento antes de colocarla sobre la mesa. Un pequeño candado mantenía seguro su contenido. La miró.

Ella se encogió de hombros. —Siempre ha estado ahí. Hay otras cosas también. Cosas de

generaciones pasadas. Pero esta tiene tu nombre escrito.

Él frunció el ceño. —¿Has mirado dentro?

Ella negó con la cabeza y señaló. —No pude. El candado.

—Es fácil de romper.

—No es mío para romperlo —dijo ella en voz baja.

—No, supongo que es mío para abrirlo. —Tomó un respiro profundo y pasó por los números del candado. Se abrió instantáneamente—. La fecha de mi cumpleaños —explicó—. Al menos mi habilidad para crear contraseñas ha mejorado, incluso...

Se detuvo en seco al enfrentarse a una vista que no debía haber visto en al menos dos décadas o más. Cartas. Muchas cartas. Ella miró de él a las cartas.

—¿Son estas de tu padre para ti?

—No —dijo él con seriedad—. Estas son *mis* cartas para él. Algunas que envié, y otras que no envié.

—¿Cómo es que tienes las que enviaste?

—Las encontré en la basura y las recuperé.

Estaba a punto de cerrar la caja cuando ella lo detuvo y sacó una carta. —¿Por favor? ¿Me dejarías leer una? Solo para conocer al niño que una vez fuiste.

Él se encogió de hombros y se alejó. —Claro, adelante. Son simplemente los garabatos infantiles de un niño sentimental. Nada que ver conmigo.

—¿Tú, sentimental? —Sonrió, y él levantó una ceja como desafiándola a reírse de él. Como si ella lo hiciera. Desdobló la carta y de inmediato le llamó la atención la escritura infantil. Casi le rompió el corazón al imaginarlo formando cuidadosamente sus letras para impresionar a su padre.

—Está bien, dime lo peor. ¿Qué estoy tratando de decirle a mi padre?

—Estás escribiendo sobre un partido de fútbol. —Continuó leyendo, sonrió y lo miró—. Ciertamente no te estás conteniendo. Le estás diciendo lo genial que fuiste en el campo y cómo salvaste el partido marcando un gol.

Él gruñó, pero sus ojos se nublaron mientras su mente viajaba veinte años atrás. —Era bueno en el fútbol. No tiene sentido pasar por la vida fingiendo que eres malo en algo cuando no lo eres. Especialmente con un padre como el mío.

—¿Ya estabas en el internado para ese entonces?

—Sí.

—¿Puedo? —preguntó, hojeando los sobres y seleccionando uno con una letra aún más inmadura.

Él se encogió de hombros. —¿Por qué no? Difícilmente creo que vayas a encontrar algo impactante. Son los pensamientos divagantes de un niño.

Ella escaneó la nueva carta y parpadeó para contener las lágrimas.

Él se movió, repentinamente incómodo. —¿Qué?

Ella lo miró con ojos llorosos. —Esta es diferente. No le estás contando sobre ti, estás hablando de casa. Diciéndole que la extrañas. Hablando de tu caballo, cuánto la amabas y pidiéndole que la visite porque la echas mucho de menos. Estás preguntando si puedes volver a casa de visita. —Tragó saliva—. Y hay más.

Él se encogió de hombros. —Tonterías infantiles.

Ella negó con la cabeza. —No, no lo es. Le estabas diciendo que lo extrañabas, que querías verlo y que lo amabas.

—Eso es un poco exagerado considerando que solo extrañaba a mi caballo, ¿no?

Ella le extendió la carta. —No. Está justo aquí. Después de eso. La firmaste con amor y añadiste besos.

Él tomó la carta, parpadeó y luego se la devolvió. —Era una de las cartas que encontré metida en un cubo de basura con otras cosas que él no quería en su estudio.

—Y la guardaste y la pusiste en esta caja.

—Algún impulso me hizo hacerlo. Debo haberme sentido mal por el niño que la escribió y quise rescatar algo.

—O a alguien.

Él se sentó y puso la cabeza entre las manos. Entre la puerta cerrada y la carta, parecía un hombre destrozado. Ella no podía soportarlo.

—Está bien, Sebastian, está bien. De verdad.

Pero la expresión en sus ojos le decía que todo estaba muy lejos de estar bien.

—Nada de esto está bien, Indra.

—Sí, lo está. Tiene que estarlo. —Ella le agarró las manos—. Sebastian. No puedes vivir tu vida manchado por el pasado.

—¿Por qué no? Tú lo haces.

Ella jadeó y se alejó. Dio un paso atrás, sin creer que él pudiera darle la vuelta a la situación de manera tan cruel. Él se levantó y la siguió.

—Lo siento, pero es cierto. Vives tu vida asustada de tu propia sombra por tu pasado. Y yo vivo *mi* vida asustado de que restos de ese niño que esas cartas revelan aún existan dentro de mí. Al menos tú todavía tienes un corazón que es verdadero. Yo perdí el contacto con el mío hace años.

Tenía razón. Ambos eran víctimas de su pasado y estaban atrapados en un presente del que ninguno podía escapar aunque quisiera.

—¿Qué nos ha hecho Charles? —susurró ella, sacudiendo la cabeza.

—Te rescató —dijo Sebastian—. Te dio un hogar. Y a mí me alejó del mío.

—Hasta ahora.

—Hasta ahora —repitió él. Sus ojos recorrieron su rostro, y levantó la mano para tocar suavemente su cabello. Ella contuvo la respiración, preguntándose qué haría a continuación. No tuvo que preguntarse por mucho tiempo. Su mano dejó de deslizarse lentamente por su cabello y, en su lugar, siguió la línea de su mandíbula hasta inclinar ligeramente su barbilla. No ejerció ninguna presión, pero no necesitaba hacerlo porque ella no habría podido evitar levantar su rostro hacia el suyo, su boca más cerca de la suya, aunque su vida dependiera de ello. Pero su vida dependía de exactamente lo contrario. Dependía de ser envuelta por sus brazos y atraída contra su cuerpo e inhalar su esencia. Y él la atrajo hacia sí como si necesitara exactamente lo mismo.

CAPÍTULO OCHO

INDRA NO PODÍA CREER que hubiera olvidado lo tiernos que eran los labios de Sebastian cuando se presionaban contra los suyos. Cuando revivía sus besos anteriores, su memoria siempre se había visto inundada por cómo la habían hecho sentir en todo su cuerpo. Pero ahora, con sus labios presionados contra los de ella, recordaba su sensibilidad como si él estuviera más preocupado por la respuesta de ella que por satisfacerse a sí mismo. Eso lo hacía aún más seductor. Su beso era completamente sensual, prolongando su placer, explorándola como si fuera la más rara de las delicias que quería saborear. Usualmente, sus labios estaban apretados, incluso sombríos, como si necesitara retener algo de sí mismo. Pero ahora no había nada retenido. Su boca controlaba la de ella, sus labios se movían sobre los suyos con las más suaves caricias, y con los efectos más devastadores.

A medida que el beso se profundizaba, él levantó sus manos, dudando un momento antes de acunar su rostro, sosteniéndolo firme, como si estuviera preocupado de que ella se alejara. Pero no había posibilidad de eso. Este era exactamente donde ella quería estar. Colocó sus manos en las caderas de él, deslizándolas alrededor de su trasero, instándolo a acercarse más a ella, queriendo sentir la longitud de su cuerpo presionado contra el suyo. Cuando sus caderas colisionaron, y ella sintió su excitación, jadeó en su boca, y el beso pasó de ser algo tierno y exploratorio, a algo muy diferente.

Su gemido vibró a través de sus pechos, que ahora estaban presionados firmemente contra su pecho. Un roce de su lengua contra la de ella envió su corazón a toda marcha y su cuerpo hormigueando con sensaciones que nunca antes había sentido. Tentativamente, ella respondió deslizando su lengua contra la de él. Él la atrajo contra su erección y ella sintió una pulsación de calor y humedad en su interior, obligando a su cerebro a ponerse al día con su cuerpo. Lo necesitaba y lo deseaba y, en ese momento, no le importaba que lo percibiera como su enemigo, que fuera arrogante y obviamente la resentía. Todo lo que quería era a él y lo que él podía darle.

Sus dedos se extendieron sobre su trasero, acariciando su carne mientras descendían más abajo, bajo su trasero, rozando lugares privados. Debería haberlo detenido, pero no pudo. En cambio, el beso creció en intensidad hasta que su respiración se volvió laboriosa y se separaron.

Él maldijo en voz baja mientras acariciaba con la nariz su oreja, su cuello y más abajo. Todo lo que ella podía hacer era arquear el cuello para dar a sus labios más de su cuerpo para explorar. Sus dedos tropezaron mientras trataba de desabrochar los pequeños botones de semilla de su camisa. Y, queriendo ayudarlo, ella tiró de su camisa, sin importarle que la fina tela se rasgara. Siguiendo su ejemplo, él rasgó su camisa para abrirla.

De repente, el aire fresco de la noche golpeó su cuerpo sobrecalentado, erizándola con piel de gallina. Debió ser eso lo que hizo que sus pezones se asomaran a través del suave algodón de su

sujetador. Él miró hacia abajo y pasó sus manos sobre la planicie de su estómago. Ella jadeó y él deslizó sus dedos por el espacio entre la parte superior de sus vaqueros y su estómago. Instintivamente, ella apretó sus manos sobre las de él. Él retiró su mano inmediatamente.

—Lo siento —dijo, con un último beso en su cuello—. Pensé que tal vez tú... —Sacudió la cabeza—. Pensé que tal vez querías lo que yo quiero.

—¿Qué es lo que *tú* quieres? —Se sintió consternada al oír su voz tan ronca como la de la más experimentada femme fatale.

—Hacerte el amor. —Se había ido su antigua arrogancia. En el hombre frente a ella, podía ver al chico que había escrito esas cartas a su padre con un corazón abierto y tierno. Eso barrió con los últimos de sus temores.

Tragó saliva. —Eso es lo que yo quiero también.

—Pero apartaste mi mano.

—Yo... nunca he hecho esto antes. Entré en pánico.

Él sonrió la sonrisa más gentil que ella jamás había visto, y acarició su mejilla con el dorso de su dedo. —Dulce Indra. Apenas puedo creerlo. Eres como una bella durmiente, atrapada en un castillo, esperando ser salvada.

Ella le devolvió la sonrisa. —¿Y supongo que tú eres el príncipe galante?

Él soltó una risa divertida. —No sé si lo soy. Pero con mucho gusto te rescataré del olvido. Si es que quieres ser rescatada, claro.

—*Quiero* ser rescatada, pero no del olvido. Quiero ser rescatada de un lugar donde veo a otras personas tener relaciones, otras personas disfrutar del amor, disfrutar del sexo, disfrutar —se encogió de hombros— de la *vida*, supongo. Por una vez en mi vida, yo también quisiera experimentar lo que otras personas hacen y de lo que me han mantenido oculta.

Él besó su frente y la abrazó. —Oh, Indra. Eres como una joya rara. Y prometo que te trataré con el máximo cuidado y respeto. —Miró su camisa—. Lo siento por tu camisa. Pero estos botones... —Miró los botones esparcidos por el suelo.

—No importa lo de los botones. Me sorprendí por un momento. Pero también era algo más.

—¿Qué?

—Estaba muy excitada. —Vacilante, presionó sus manos sobre sus pechos—. Aquí.

—¿En algún otro lugar?

Ella bajó su mano, presionando contra su sexo, que palpitaba de necesidad. —Y aquí. Te deseo, Sebastian. Pero tengo miedo de no saber qué hacer.

Él acunó su rostro y la besó suavemente antes de alejarse. —Haz lo que quieras hacer y te aseguro que me gustará. Pero lo tomaremos con calma.

—¿Qué tan despacio?

Él le quitó la camisa de los hombros y muy, muy lentamente la deslizó por sus brazos.

—Creo que eso es demasiado lento —dijo ella, quitándose la camisa con impaciencia y arrojándola a un lado, sin importarle ya estar de pie ante él solo en sujetador y vaqueros—. Creo que voy a explotar si vas tan despacio.

Él se rió, y con un movimiento hábil, le desabrochó los vaqueros y bajó su cremallera. —¿Es eso lo suficientemente rápido? —preguntó, empujando sus vaqueros hacia abajo y enganchando sus pulgares en sus bragas mientras bajaban. Ella salió de ambos.

—Sí, gracias —dijo, su respuesta absurdamente educada mientras estaba de pie sin aliento de deseo—. Ahora, el sujetador, si no te importa. —Se dio la vuelta y se apartó el cabello a un lado. Él lo desabrochó con una agilidad que hablaba de experiencia. A ella no le importó. Se alegraba de que al menos uno de ellos supiera qué hacer.

Se volvió hacia él, sintiéndose tanto tímida como poderosa al ver el efecto de su desnudez en él. La deseaba sexualmente, eso estaba claro. Pero podía ver en sus ojos algo más: una admiración y una gentileza que barrieron los últimos rastros de su modestia. Y, cuando él deslizó sus manos alrededor de su trasero, la besó y la levantó en sus brazos, sus piernas encontraron su hogar natural alrededor de su cintura. La llevó al diván, donde la depositó suavemente.

—Recuéstate —dijo con voz ronca. Era una instrucción. Normalmente ella no seguía instrucciones, las daba. Pero la forma en que él la miraba hacía que no quisiera hacer nada más. Así que se recostó, y se apoyó en sus codos, observándolo. Su mirada se detuvo en su sexo. Instintivamente, ella movió sus piernas, abriéndolas ligeramente. Su mirada se dirigió a sus ojos mientras se inclinaba sobre ella, la besaba en los labios, demasiado brevemente, antes de arrodillarse frente a ella.

Deslizó sus manos alrededor de sus senos, jugando con sus pezones. Ella se sobresaltó y agarró las almohadas mientras la sorpresa de lo que él estaba haciendo daba paso a una sensación abrumadora que pulsaba entre sus pechos y su sexo. Echó la cabeza hacia atrás y jadeó, cerrando los ojos ante la acumulación de tensiones en su cuerpo, mientras ola tras ola de sensaciones fluían a través de ella. Luego la besó más abajo, esparciendo besos por su estómago antes de retirar sus manos de sus senos.

Por un momento se preguntó qué iba a hacer, pero entonces las sensaciones se intensificaron cuando su boca encontró una parte secreta de ella y gritó sorprendida. Todo lo que pudo hacer fue pasar sus dedos por su cabello y acariciar su cabeza mientras su lengua y su boca la besaban y lamían, haciéndola aún más húmeda y lista para él. Él puso sus manos bajo sus nalgas, atrayéndola hacia sí para poder darle toda su atención. ¡Y qué atención! Nunca había conocido nada igual. Su vida resguardada no había incluido ningún intercambio de información sobre sexo entre amigas de la escuela. Todo lo que sabía provenía de libros de texto científicos y lo que su madre le había contado. Ninguno había revelado cómo se sentiría.

Con cada lamida provocadora de su lengua, cada movimiento exploratorio de sus dedos, su respiración se aceleraba, tensando más la tensión en su interior. No sabía a dónde la llevaría. Todo lo que sabía era que no podía resistirse a ir allí más de lo que podía volar a la luna. Y él continuó con sus atenciones, acariciando y respondiendo a sus movimientos con tal sensibilidad que los últimos vestigios de control la abandonaron de repente. Su aliento fue arrebatado y gritó, maravillándose mientras ola tras ola de éxtasis fluían a través de su cuerpo.

Él la miró con una sonrisa, antes de alejarse y quitarse la ropa. Entonces vio exactamente cuán excitado estaba y sus miedos regresaron. Seguramente era una cosa disfrutar de tales sensaciones, tal placer, pero otra muy distinta imaginar que él estuviera dentro de ella.

—¿Estás bien? —preguntó él.

Ella asintió. Porque, a pesar de sus miedos, estaba desesperada por saber cómo se sentiría hacer el amor si simplemente besarla había creado tal placer. No tuvo que esperar mucho para averiguarlo, porque él no necesitó más seguridad y se paró sobre ella, deslizando sus manos sobre sus senos. Ella se recostó en la cama y él separó suavemente sus piernas. Puso sus manos bajo sus nalgas, guiando sus caderas a la posición. No intentó entrar inmediatamente. En su lugar, su erección se rozó contra su sexo, frotando y provocándola, exactamente como lo había hecho su lengua. Ella cerró los ojos y se deleitó en las sensaciones hormigueantes que se deslizaban por su piel y dentro de ella. Las sensaciones se intensificaron cuando él besó sus senos, chupando primero uno, luego el otro, creando una necesidad clamante en lo profundo, que la hizo abrir las piernas un poco más. Él no necesitó más invitación y empujó dentro de ella un poco y luego se detuvo.

Inicialmente, ella se tensó, pero él no intentó entrar más. En su lugar, se centró en sus senos y su boca, besándola, provocándola, haciéndola relajar, hasta que de repente se encontró con que él se había deslizado fácilmente dentro de ella. Luego se retiró y ella agarró sus hombros, no queriendo que se retirara. Pero parecía que solo se retiraba para entrar de nuevo. Y esta vez, se sintió más fácil.

Se aferró a él mientras el ritmo aumentaba junto con la espiral de sensaciones que se enrollaban una y otra vez, hasta que todo pensamiento fue consumido por la necesidad imperiosa de satisfacción, aunque no sabía qué era eso. Pero sabía que había más.

Se elevaron y cayeron juntos, totalmente sincronizados, hasta que una profunda embestida la hizo encontrar la liberación que anhelaba, y gritó su nombre. Solo entonces cambió su ritmo y, con embestidas cortas y rápidas, se vino dentro de ella. Sus músculos continuaron palpitando a su alrededor como réplicas. Solo cuando su respiración volvió a la normalidad, él la besó y rodó, atrayéndola a sus brazos. Ella podía oír el martilleo de su corazón mientras presionaba su mejilla contra su pecho.

Tentativamente, pasó la palma de su mano sobre su estómago. Había estado demasiado nerviosa antes, pero ahora se tomó su tiempo para explorar su cuerpo. Hacía tiempo que quería tocar su pecho, sentir los vellos que había visto sobre sus camisas de cuello abierto, y los contornos de su pecho. Presionó sus labios donde su mano había estado. Los vellos crearon una sensación extraña contra su lengua y le encantó su sabor. Puro varón que hacía agua la boca. Él dio un pequeño gemido de placer y ella levantó la mirada para ver sus ojos cerrados. Lo estaba disfrutando. Esto le dio el coraje para continuar su exploración de su cuerpo. Copió sus acciones anteriores besando y luego lamiendo primero un pezón y luego el otro.

Una mirada a su erección le mostró todo lo que necesitaba saber. Él estaba tan listo para ella como ella lo estaba para él. Se sentó a horcajadas sobre él, su sexo cerca del suyo, su mirada fija en su rostro, midiendo su placer por su movimiento, observando cada una de sus respuestas. Inclinó la cabeza para besarlo y jadeó cuando sus sensibles pezones rozaron contra el vello de su pecho. Repitió el movimiento antes de besarlo mucho más profundamente de lo que habían hecho antes. Tenía una mano a cada lado de su cabeza, para sostenerse mientras exploraba su lengua, su boca, sus labios. Luego abrió la boca y dejó que su lengua imitara lo que le había hecho a ella —entrando y saliendo— y sintió su sexo pulsar de deseo. Su necesidad por él superó cualquier rastro de dolor.

Se alejó y tomó su erección entre ambas manos. Exploró su grosor, permitiendo que sus dedos recorrieran su longitud sedosa y masajearan ligeramente su punta. Él se recostó con un jadeo y cerró los ojos.

Ella se sintió increíblemente poderosa, y esto le dio el coraje para tomar la iniciativa. Levantándose, lo sostuvo firme y se deslizó sobre él. Lo tomó dentro de ella, centímetro a centímetro, y cerró los ojos ante la dicha de la sensación de su erección frotándose contra ella mientras descendía sobre él. Casi se sintió destrozada cuando finalmente lo había tomado por completo. Él estaba en su núcleo mismo, su calor y necesidad pulsante llenándola totalmente.

Luego se movió, cuidadosamente al principio, mientras probaba diferentes posiciones hasta que encontró la que le gustaba, inclinándose ligeramente hacia adelante para que, al elevarse, él se frotara contra ella de una manera tan erótica que se encontró moviéndose instintivamente arriba y abajo sobre él. Mientras se elevaba, lo atraía hacia ella con músculos apretados deliberadamente, antes de relajarse y hundirse sobre él nuevamente. No podía creer que existiera tal dicha y cerró los ojos para experimentarla más intensamente. El ritmo se aceleró, dictado por las necesidades de su cuerpo.

Él agarró sus manos y la observó mientras ella continuaba subiendo y bajando, su respiración volviéndose más entrecortada con cada movimiento. De repente, ella abrió los ojos y gritó cuando el éxtasis la atravesó.

Temblando, se dobló sobre él y cayó en sus brazos. Él besó su cabeza.

—Tú, Indra, eres una revelación. Eres *tan* hermosa, *tan* receptiva y *tan* sexy.

Ella sonrió contra su pecho, besándolo brevemente. —Solo dices eso porque estamos casados —dijo. Le lanzó una sonrisa rápida.

Pero él no le devolvió la sonrisa. Con un rápido movimiento, la volteó y ella quedó debajo de él nuevamente, pero esta vez él no esperó. La penetró profundamente.

—Lo digo —dijo entre embestidas—, porque hacer el amor contigo es mucho más de lo que había imaginado. —Sus embestidas se mantuvieron constantes—. Y —agregó con un gruñido—, había imaginado mucho.

Ella se movía bajo él, explorando su cuerpo, saboreando su piel y trazando los músculos y tendones de su espalda con los dedos.

—¿Y qué más habías imaginado? —preguntó, mordisqueando su cuello con los dientes.

—Te lo mostraré después —dijo él, antes de gritar su nombre mientras llegaba al clímax de forma intensa y rápida. La palabra fue consumida por su boca mientras la besaba y ella supo, en ese momento, que nunca volvería a ser la misma. Antes de esta noche, había estado casada con Sebastian. Pero ahora sabía que estaba atada a él irrevocablemente. Cualquier cosa que pasara entre ellos —y no tenía idea de qué podría ser— nada volvería a ser igual.

Mucho más tarde, Indra movió la cabeza de su posición sobre el hombro de él para mirar por la ventana. La luz de la luna se derramaba en la habitación sin cortinas, llenándola de magia. Y por primera vez, de repente pensó que no habían tomado ninguna precaución. Podría estar embarazada. Por un momento de sorpresa, se preguntó cómo debería sentirse. Luego sonrió y se relajó contra él. Y supo que nada malo podría surgir de tal unión, ¿verdad?

Aún estaba oscuro cuando Sebastian se despertó. En algún momento de la noche, habían encontrado una manta de piel sintética para cubrirse, pero una de las elegantes y esbeltas piernas de Indra estaba enganchada sobre su pierna y su sexo estaba presionado contra su cadera. Su brillante cabello oscuro la cubría más modestamente que la manta, y su rostro estaba presionado contra su pecho. Era como si fuera parte de él.

Había sido virgen y, sin embargo, había estado ardiendo por él tan pronto como las dudas y temores iniciales se habían disipado. No había podido tener suficiente de él, y él ciertamente no podía tener suficiente de ella. ¿Quién hubiera pensado que debajo de una belleza tan propia y distante existía una mujer que albergaba tales deseos? Él ciertamente no, y estaba asombrado por lo natural que era y lo increíblemente sexy que había sido su noche juntos.

Ya no había luz de luna, solo la luz de las estrellas, que era aún más brillante por la falta de la luna. Y fue a la luz de las estrellas que trazó sus dedos sobre su hombro y sus senos. Se quedó allí un rato, apreciando su forma plena y los pezones marrón oscuro. Tomó una respiración medida mientras intentaba, sin éxito, evitar una erección. Se levantó como un soldado listo para el deber, pero no había forma de que fuera a molestarla. Estaría adolorida después de la noche que habían tenido, y cansada. Y no quería una Indra cansada para el día siguiente y la noche siguiente. El repentino pensamiento de que no había nada que les impidiera hacer el amor cuando y donde quisieran parecía casi increíble.

Por primera vez desde que su padre le había jugado esta ridícula treta, Sebastian le agradeció.

Cualesquiera que hubieran sido sus motivos, obviamente habían fracasado, porque no podía tener suficiente de esta hermosa mujer.

La miró, temeroso de moverse porque no quería molestarla. Su respiración era uniforme y cálida contra su piel. El aroma de su cabello y su piel llenaba sus fosas nasales. Aunque no pudo evitar su excitación, logró no actuar en consecuencia. Eso era una novedad.

No podía recordar la última vez que había pasado una noche así con una mujer. Ni podía recordar haberse sentido tan conmovido por una amante. El problema era que ella seguía siendo un enigma. Una mujer con secretos. Una mujer con la que se había visto obligado a casarse y con quien compartía lo que debería haber sido solo suyo.

¡Pero qué mujer! ¿Podría aceptar cómo su padre lo había engañado para que se casara? ¿Podría aceptar la manipulación de su vida por parte de su padre incluso después de la muerte? Pensó que su padre se había estado riendo de él. Pero ¿quién tenía la última risa ahora?

En algún momento, debió haberse quedado dormido, aún enredado con Indra, porque un golpe en la puerta los despertó a ambos de repente.

—¡Señorita Anand! ¿Está ahí? La puerta parece estar cerrada. —Era la secretaria de Indra.

Indra se cayó de encima de él.

—Sí. Es decir, un momento. —Rápidamente, se puso los vaqueros. Sebastian notó con satisfacción que se había olvidado de las bragas. Disfrutaría quitándole los vaqueros más tarde.

Él se puso sus propios pantalones.

—La puerta está atrancada. Nos quedamos atrapados aquí —gritó Indra—. Solo un momento.

—¿Atrancada? —Podían oír a la secretaria moviéndose afuera—. Ah, ya lo veo, justo en la parte superior.

Hubo un forcejeo y un deslizamiento áspero y la puerta se abrió para revelar a una secretaria de aspecto muy perplejo.

—¡Indra! —dijo, antes de volverse hacia Sebastian—. ¡Señor!

Sebastian sonrió y se subió la cremallera de los pantalones.

—Buenos días, Helen. Es una mañana bastante buena, creo.

Helen miró por la ventana.

—Está lloviendo, señor.

Indra apenas reprimió una risita y captó su sonrisa.

—Así es —dijo él, pasándose los dedos por el pelo y alcanzando su camisa—. No lo había notado.

Helen apartó la mirada, sus mejillas sonrojadas revelando exactamente cuán avergonzada estaba.

—Lo siento, Helen —dijo una Indra arrepentida—. Sebastian y yo tuvimos un visitante inoportuno anoche. Alguien había bebido demasiado y... —Se detuvo, buscando una explicación para su predicamento. Él decidió venir en su ayuda.

—Y nos jugó una broma, sin darse cuenta de que nos quedaríamos atrapados aquí sin forma de salir. Hasta que tú llegaste.

—Bien —dijo Helen, depositando algunos archivos en el escritorio de Indra—. Bien —repitió, alisando su vestido perfectamente planchado. Ahora solo miraba a Indra, cuyas mejillas sonrojadas intentaban superar a las de Helen—. Yo, um, las dejaré ahora, pero llámeme si necesita que repasemos algo. —Dio unos pasos pero aún se negaba a mirar a Sebastian a los ojos —. Señor —dijo con voz ahogada, antes de apresurarse a salir y cerrar la puerta con demasiada firmeza.

Indra se recostó contra la puerta y se llevó la mano a la cabeza.

—¡Oh, no! ¿Qué tan vergonzoso fue eso?

Sebastian se encogió de hombros.

—Yo no estaba avergonzado —dijo, acercándose a ella. Sus mejillas sonrojadas ahora parecían estar así por otra razón—. No hay nada de qué preocuparse. Estamos casados, después de todo.

Su expresión cambió y él pudo ver que, de alguna manera, entre toda la pasión de la noche anterior, ella lo había olvidado.

—Supongo que lo estamos.

Él terminó de abrocharse los botones antes de tomar su rostro y besarla.

—Entonces, Lady Richmond, eso hace que lo de anoche sea totalmente apropiado.

Sus ojos ya estaban oscuros de deseo.

—Supongo que sí.

—Lo que también haría que esto sea totalmente apropiado, ¿no crees?

Deslizó las manos bajo su ropa y jugó con sus pezones. Ella jadeó y cerró los ojos. Tragó saliva convulsivamente hasta que él no pudo resistirse más y la besó larga e intensamente, presionando su erección contra ella, queriendo que supiera exactamente cuánto la deseaba. Ella gimió y acarició su trasero, atrayéndolo aún más contra sí.

De repente, sonó un golpe en la puerta, e Indra se apartó de un salto. Sacudió la cabeza, medio riendo mientras se arreglaba la blusa. —Tenemos trabajo hoy —dijo—. ¿Recuerdas? Organizaste que los caballos corrieran en la playa de Holkham.

Lo había olvidado. Y también había olvidado la verdadera razón por la que lo había organizado. Y eso no tenía nada que ver con los caballos y todo que ver con exponer a Indra al gran mundo y a un tratante de caballos en particular. Tan pronto como Indra había mencionado con qué país tenía tratos su padre, él sospechó que su suposición sobre armamento había sido correcta. Era bien sabido que Rusia era uno de los mayores exportadores de armamento a la India, y sus investigadores lo habían confirmado. Y había localizado a un multimillonario ruso cuyo pasatiempo era las carreras de caballos, y lo había invitado a visitar. Quería ver la reacción de Indra ante el ruso, esperando que la impulsara a confesarle su pasado. Podría detenerlo ahora, pero entonces, quizás nunca conocería la historia completa de su pasado. Y aún necesitaba saberlo, excepto que tal vez, ahora, era por una razón diferente.

CAPÍTULO NUEVE

INDRA NUNCA HABÍA ESTADO en la costa de aquí antes. Mientras su madre estuvo viva, había sido vigilante en mantener un perfil bajo y no alejarse mucho de la finca. Y después de que su madre falleciera, se había quedado en la finca con Charles, quien se había vuelto ansioso por que ella se alejara demasiado. Y ahora, mientras miraba a su alrededor, se dio cuenta de cuánto se había estado perdiendo.

En Holkham, la tierra era plana. Más allá de Holkham Hall se encontraba la playa, con sus vastas arenas doradas que se extendían entre las dunas cubiertas de hierba y el mar. Era el lugar perfecto para exhibir la forma de sus mejores caballos. Alisó su mano contra los largos mechones de cabello que se habían escapado de su moño francés, desordenado por el viento fresco, para poder ver los caballos que se acercaban. El sonido del golpeteo de los cascos de los caballos se acercaba, vibrando a través de las suaves arenas y en su cuerpo.

Sebastian le tocó el brazo. —¡Allí! —Siguió su dedo hasta un punto en las dunas de arena alrededor del cual emergieron de repente tres caballos. Sus jinetes se erguían sobre ellos mientras parecían flotar sobre las planas arenas amarillas, los cascos lanzando una estela detrás de ellos mientras se movían frente a la franja de mar gris azulado.

Escuchó a Sebastian hablar con los visitantes sobre los caballos con un conocimiento que ella no podía igualar. Su experiencia estaba en la administración de la finca, las cuentas y el personal, no en los caballos. Pero Sebastian hablaba con una facilidad que había adquirido al crecer en la finca. Su amor por los caballos era obvio y rompía con su habitual reserva.

El retumbar aumentó a medida que se acercaban, pasando en un torbellino de arena y vibración antes de galopar más allá, hacia la línea de pinos que marcaba el final de la playa. Era una vista hermosa. Los hombres comenzaron a hablar con Sebastian nuevamente sobre su forma y lo que podían esperar del centro de entrenamiento Richmond si mantenían sus caballos allí. Pero lo que Indra no entendía era por qué Sebastian había insistido en que ella lo acompañara.

Entre el gerente de entrenamiento de Richmond y Sebastian, lo tenían todo cubierto. A medida que avanzaba el día, solo podía pensar en una cosa: que la quería allí por razones más personales. Ciertamente estaba atento, colocando un brazo casual, pero propietario, alrededor de sus hombros en varios momentos durante el día, incluso besándola en la mejilla en una rara muestra de afecto que calentó su corazón. Sí, todo apuntaba a que simplemente la quería allí como su esposa. Tal vez originalmente había sido para presentar un frente unido, pero después de anoche, todo había cambiado.

—Es tan hermoso aquí —dijo Indra, girándose y caminando unos pasos hacia atrás, para mirar una vez más la vasta extensión de playa antes de que quedara oculta por el bosque de pinos a través del cual corría el sendero.

—Debería serlo. Ha sido bien cuidado por los Condes de Leicester que lo poseen, junto con la reserva natural y el resto de las 25,000 acres de la finca. Tenía que ser impresionante para las visitas de sus vecinos.

Ella se echó hacia atrás el cabello azotado por el viento y sonrió, mirando hacia la mansión. —La familia real en Sandringham. Leí que la Reina Isabel y su hermana solían venir aquí de niñas, para jugar con los hijos del Conde.

—No me sorprendería.

Continuaron hablando con facilidad mientras caminaban juntos de regreso a la línea de Land Rovers estacionados a lo largo de la gran avenida que conducía a la playa. En el otro extremo de la playa, a millas de distancia, se alzaba la majestuosa mansión paladiana de Holkham Hall, hacia donde se dirigían.

Indra saltó al asiento del pasajero y Sebastian arrancó con un saludo a los demás, que los siguieron.

—Nuestros otros invitados están siendo entretenidos por William, Lord Leicester. Creo que estaban más interesados en tomar una copa con un conde que en mirar la forma de los caballos.

—¿Llamas a Lord Leicester, William? —Indra estaba sorprendida, por no decir impresionada. Los Condes de Leicester habían estado viviendo en la finca desde 1612—. Conoces a gente muy importante, ¿no?

Él recompensó su broma con una sonrisa rápida. —Will y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. Estuvo feliz de ayudar, lo cual es bueno porque ahora que hemos convencido a los entrenadores, esperemos que los dueños sigan sus recomendaciones.

Ella sentía curiosidad. —¿Por qué estás tan interesado en conseguir los caballos de estos dueños en particular? ¿Acaso los resultados del día de puertas abiertas en Richmond ayer no generaron suficiente interés como para permitir que el centro de entrenamiento y, por lo tanto, la finca prosperen durante años? —Se sorprendió cuando él no le respondió directamente. Miró alrededor, a cualquier parte menos a ella. Puso su mano en su brazo—. ¿Sebastian? ¿Ocurre algo?

Él le dio una sonrisa rápida y negó con la cabeza. —Por supuesto que no. ¿Por qué habría de pasar algo?

—Por ninguna razón. Entonces, ¿por qué son tan importantes estos potenciales clientes?

Él sostuvo su mirada entonces, pero ella no pudo descifrarla. Se lamió los labios. —Digamos simplemente que creo que ayudarán de otras maneras.

Ella frunció el ceño, pero antes de que pudiera preguntarle algo más, él se había detenido frente a la magnífica mansión junto a todos los demás autos. Saltó fuera, saludando a los hombres.

Indra se quedó en el Land Rover unos minutos más, observando a Sebastian, preguntándose por qué estaba siendo evasivo. No era propio de él. No lo conocía bien, no realmente, pero estaba segura de algunas cosas sobre él. Una, que no perdía el tiempo, y dos, nunca mentía. Y había tergiversado con su respuesta, lo cual no era propio de él. Lo que significaba que no quería decirle la verdad, fuera cual fuera. Ella no tenía ni idea, y solo había una manera de averiguarlo.

Saltó del vehículo y se unió a Sebastian y los hombres mientras entraban en el vestíbulo y en una época diferente. El espectacular Salón de Mármol, con sus columnas que se elevaban hacia un techo ornamentado, le quitó el aliento. Estaba lleno de tesoros —esculturas, pinturas, muebles, alfombras— que los antepasados del Conde habían traído a Holkham de sus grandes giras europeas. Richmond Manor era grandioso, pero también era un hogar. Esto, sin embargo, estaba en una escala completamente diferente.

Fueron recibidos por el administrador de la finca, quien los condujo por pisos de madera de tablas anchas, cubiertos de alfombras de colores ricos, hasta la biblioteca. Abrió la puerta de par en par y Lord Leicester saludó primero a Sebastian con un apretón de manos, y luego a Indra.

—Bienvenida a Holkham, Indra —Se volvió hacia Sebastian y asintió discretamente hacia sus invitados que, al parecer, ya estaban bien empapados de champán y muy impresionados con la Mansión—. Están sonando muy interesados en que sus caballos sean entrenados en Richmond e invertir en un proyecto de construcción, lo que debería ser una buena fuente de ingresos para mí —Sonrió con suficiencia—. Un buen resultado.

Indra sabía lo suficiente de la nobleza terrateniente para entender que la mayor parte de su riqueza estaba en sus tierras, casas y contenidos, pero que pocos tenían efectivo disponible y por lo tanto les gustaba relacionarse con los ricos. Así que no le sorprendió el interés de Lord Leicester en recaudar dinero para uno de sus proyectos empresariales.

—Gracias por tu ayuda, William. Es muy apreciada.

—Su hogar es hermoso, Lord Leicester.

—Llámame William, Indra. Todos lo hacen. Y sí, es un lugar increíble. Echa un vistazo mientras hablamos de negocios.

Mientras los dos hombres iban a unirse a los demás, Indra aceptó la oferta de William y se quedó en segundo plano, un lugar donde prefería estar, especialmente porque uno de los invitados no podía quitarle los ojos de encima. Se sentía incómoda. Sonrió tentativamente al hombre y miró alrededor de la biblioteca. Como todas las otras habitaciones, era espectacular. Junto a las pinturas invaluables y la colección de libros, fotos familiares se agrupaban en mesas de mosaico invaluables, revelando la estrecha relación de la familia con la realeza. Había sido un segundo hogar para la familia real cuando se alojaban en la vecina Sandringham, un hecho que no pasaba desapercibido para sus impresionados invitados.

—¡Indra! —saludó la esposa de Lord Leicester con una sonrisa. Había entrado en la habitación seguida por dos labradores, e Indra se vio obligada a hacer conversación trivial. Lady Leicester estaba obviamente más interesada en tratar de descubrir cualquier chisme de Indra sobre el regreso de Sebastian y su repentino matrimonio. Pero, después de que se hizo obvio que Indra no revelaría nada, Lady Leicester se excusó.

Agradecida, Indra se volvió para inspeccionar una estatua de alabastro color crema cuando escuchó una voz desconocida y de repente se congeló. El acento ruso era distintivo contra el murmullo de acentos americanos y británicos. Miró alrededor para ver quién había hablado. Era el hombre que había estado observándola en silencio. No había escuchado ese acento desde que tenía doce años. Entrando en pánico, volvió a mirar la estatua, ahora inconsciente de su belleza. Tragó saliva y se encontró incapaz de moverse. Parecía que no podía descongelar sus dedos de la copa de champán que sostenía, mientras el hombre caía en silencio. Fue solo cuando William dio el remate de un chiste y el lugar explotó en un alboroto de risas que Indra se encontró capaz de moverse. Y entonces siguió moviéndose. Caminó rápidamente fuera de la habitación y regresó por donde había venido, a través de los grandes salones y afuera, bajando los escalones frontales. Siguió caminando hacia su vehículo, cuando escuchó que la llamaban.

—¡Indra! —llamó Sebastian—. ¡Indra!

La presencia del ruso había sido la razón por la que Sebastian había traído a Indra a Holkham. Era poderoso, con muchas conexiones. Hasta donde Sebastian sabía, el hombre no tenía nada que ver con armamentos. Sebastian simplemente quería ver su reacción cuando se enfrentara a

alguien del mismo país que los enemigos de su padre. No sabía exactamente qué había esperado, pero ciertamente no había sido nada como esto. Ella había salido corriendo como si su vida dependiera de ello. Esperaba no haber ido demasiado lejos. Había confiado en su instinto de apostador, que no le había fallado hasta ahora. Pero siempre había una primera vez.

Tuvo que correr para alcanzarla mientras su paso rápido se convertía en una carrera. Ella corrió más allá de la línea de coches y hacia un pequeño bosquecillo. La encontró, justo adentro, apoyada contra el tronco de un árbol, con la cabeza entre las manos.

—¿Qué demonios pasa? —preguntó.

Ella estaba jadeando, y bajó las manos para revelar ojos salvajes de pánico.

—¿Viste a alguien que conocías? ¿Alguien a quien le temías?

Sus ojos conmocionados dejaron de dar vueltas y se enfocaron en él.

—Eso es, ¿verdad? —dijo él. Ella negó con la cabeza e intentó alejarse, pero él la agarró de la mano—. Dime qué está pasando, Indra. De lo contrario, no puedo ayudar.

—¡No hay nada que puedas hacer! ¡Nada que *nadie* pueda hacer! —estalló. Para su sorpresa, las lágrimas brotaron en sus ojos y ella trató de ocultarlas, trató de barrerlas, pero él sostuvo sus manos con firmeza para que no pudiera. Amargamente se arrepintió de haberla molestado tan profundamente.

—¡Vamos!

—¡No! No voy a volver allí dentro. No con ese hombre allí.

—Por supuesto que no. Les llamaré y les diré que ha surgido algo. William entenderá. Es tan excéntrico como cualquiera y no se preocupará por tu desaparición. Hemos hecho lo que vinimos a hacer aquí.

De alguna manera, su simpatía la empeoró. Cayó de cuclillas y puso sus brazos alrededor de sus piernas, y lloró como si fuera un animal herido. Él se estaba alarmando cada vez más.

Se inclinó y la levantó en sus brazos.

—Te llevaré a ver a un médico.

Enterró la cabeza en su pecho y la sacudió contra él mientras caminaba. —No —dijo entre sollozos—. No quiero un médico. —Su respiración se entrecortó mientras intentaba controlarla.

Solo cuando llegaron al aparcamiento la dejó deslizarse hasta el suelo. Pero continuó sosteniéndola. —Tienes que contármelo.

—Lo haré. Es solo que es difícil. Nunca se lo he contado a nadie.

—¿Ni siquiera a mi padre?

—Mi madre le contó todo a tu padre. No tuve que decir ni una palabra. Él lo entendió.

—Y estoy seguro de que *yo* también lo entenderé. —Le tomó la mano y cruzaron la calle para subir al coche. Le pasó una botella de agua—. Cuando estés lista.

Y le tomó su tiempo. Condujeron por los estrechos caminos de Norfolk mientras él la miraba de vez en cuando, pero no la presionó. Finalmente, notó que su cabeza se echaba hacia atrás y caía hacia un lado. Parecía agotada. Apretó los dientes. Fuera cual fuera su secreto, podía ver que era importante. Al menos para ella.

Intentó hablar, pero primero tuvo que aclararse la garganta de su ronquera. —Tenía doce años cuando sucedió.

Él agarró el volante mientras luchaba contra el impulso de detenerse y abrazarla para asegurarse de que nadie la lastimara. En su lugar, pisó el acelerador.

—Continúa —logró decir entre dientes apretados—. ¿Cuándo sucedió *qué*?

—Mi padre y mi hermano fueron asesinados.

Él sabía que habían muerto, pero suponía que había sido en un accidente. No se había

imaginado algo así. Todo lo que pudo hacer fue repetir la última palabra que ella dijo, la palabra de la que su mente no podía avanzar.

—¿Asesinados?

—Sí. Y no lo habrían sido si me hubiera quedado escondida y callada como me habían dicho que hiciera. Pero yo era como una pequeña mariposa, orgullosa de mi apariencia, orgullosa de que la gente dijera lo bonita que era, así que cuando estos hombres aparecieron y me llamaron, no dudé. Me revelé y expuse a mi familia.

Dejó que su lengua recorriera sus dientes, dándose unos preciosos segundos para mantenerse sereno, sin querer, pero necesitando saber qué había sucedido después.

—¿Quiénes eran?

—Socios comerciales rusos de mi padre. —Miró hacia afuera, al campo que pasaba—. Antiguos socios comerciales. Socios para quienes el negocio no había salido bien. Amaba a mi padre, pero tomó una decisión terrible y la pagó con su vida.

—¿Cuál era su negocio?

Ella no habló durante unos minutos. Luego volvió a mirarlo, como si estuviera ansiosa por ver cómo reaccionaría.

—Armamento —murmuró. Cogió aire bruscamente—. Compraba y vendía armamento y ganó y perdió una fortuna haciéndolo.

Él había pensado que debía ser algo así. Había algunas industrias clave en las que se jugaba la vida y la muerte, y la industria armamentística definitivamente era una de ellas.

—¿Y se enfrentó a estos hombres?

—Hizo más que enfrentarse a ellos. Perdieron una fortuna por su culpa y estaban decididos a hacerle pagar. Y lo hicieron. Cuando me encontraron, fue simple cuestión de encontrar a mi padre y a mi hermano, y ejecutarlos frente a mí. Solo por casualidad mi madre y yo logramos escapar. Y huimos solo con la ropa que llevábamos puesta y nuestros preciosos pasaportes para venir a Inglaterra.

—Y tu madre solicitó un trabajo lo más lejos posible de las ciudades.

—Sí.

—Y mi padre se enamoró de ella y las mantuvo a ambas fuera de peligro. A salvo.

—Sí —dijo de nuevo, más tranquila esta vez—. No sé dónde estaríamos sin él.

—En peligro. —Hizo una pausa, pero tenía que preguntar—. ¿Reconociste a ese hombre de allí?

Ella negó con la cabeza. —No, pero reconocí su acento. Hablaba como los hombres que mataron a mi padre.

—¿Crees que aún te estarían buscando después de todos estos años?

—No lo sé. Supongo que tengo un sentido innato de miedo del que me cuesta desprenderme. Me paralizo cada vez que me siento amenazada.

La distancia entre Richmond Estate y Holkham era corta, y pronto llegaron a casa. Cuando se detuvieron frente a la casa, Sebastian supo de repente lo que tenía que hacer. Se volvió hacia ella.

—Estás a salvo aquí. Nadie sabe que estás aquí. Activa el sistema de seguridad que Charles hizo instalar. No hay forma de que alguien pueda entrar sin que lo sepas. Entra y te veré más tarde.

Ella frunció el ceño. —¿Vas a alguna parte?

—Sí. Probablemente estaré fuera toda la noche. Pero necesito ir a Londres urgentemente. Te veré cuando regrese. Y no te preocupes.

Pero el ceño fruncido no desapareció mientras ella salía del coche y cerraba la puerta de

golpe.

Él se alejó después de un breve saludo con la mano. Miró por el espejo retrovisor. Ella tenía la mano levantada en un saludo inmóvil mientras él se alejaba y ya no podía verla.

Aunque Sebastian le había dicho a Indra que probablemente estaría fuera toda la noche, ella aún se sorprendió cuando no regresó más tarde esa noche. Había repasado sus conversaciones recientes y no podía imaginar qué había surgido a última hora que requiriera una visita urgente y prolongada a Londres. Así que se quedó despierta hasta altas horas de la noche, leyendo y escuchando música en la sala de estar, esperando oír el sonido de su coche subiendo por el largo camino desde la carretera rural. Pero no hubo ningún sonido. Nada más que el ocasional ulular de un búho que se colaba por la ventana abierta. Cuando el reloj de pie del vestíbulo dio las doce, decidió que era hora de irse a la cama. Y lo hizo, pero el sueño no llegó fácilmente. Algo había pasado, y no tenía ni idea de qué.

A la mañana siguiente, él aún no había regresado, y ella empezó a preocuparse. Decidió continuar con sus actividades habituales. Entonces recibió una llamada telefónica del Sr. Jackson, el abogado de Charles Richmond. Dijo que estaba en la zona, lo cual le pareció extraño, y preguntó si podía hacerle una visita rápida. Resultó que ya estaba fuera de la casa.

—Por favor, pase —dijo ella, aún desconcertada por su llamada—. ¿Le apetece un café?

—No, gracias. No será una visita larga y le agradezco que me reciba con tan poca antelación.

—No hay problema. Por favor, tome asiento.

Él se sentó en el borde de la silla y jugueteó con sus gafas.

—¿Ha visto a Sebastian esta mañana? —preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—¿Está todo bien? ¿No habrá tenido un accidente o algo así?

—No, en absoluto. No que yo sepa, al menos.

—Entonces, ¿por qué está usted aquí?

—No me andaré con rodeos —dijo él, con su acento refinado.

—Se lo agradecería.

—Ha llegado a nuestro conocimiento que Sebastian —hizo una pausa— ha estado haciendo averiguaciones que nos llevan a pensar que posee... cierta información que podría ponerla a usted en desventaja.

—¿Qué información? ¿Qué desventaja? Por favor, sea claro.

—Por supuesto. Como sabrá, su padrastro nos informó sobre los antecedentes de su madre, y contamos con una red de contactos que nos proporciona información para nuestros clientes. Lo siento, pero parece que su marido podría estar intentando chantajearla para que abandone el matrimonio.

Su primera inclinación fue reírse. Negó con la cabeza.

—¿Qué quiere decir con “chantaje”?

—Parece que conoce su conexión con ciertas personas que usted y su difunta madre han estado evitando durante muchos años. Personas que podrían suponer una amenaza para su vida.

Se le secó la boca, y de repente todas las piezas del rompecabezas encajaron. Poco a poco, se había expuesto y ni siquiera se había dado cuenta de ello.

—¿Estoy expuesta? —susurró.

—Sí, eso creemos.

—¿Creen o saben? Por favor, dígame exactamente qué saben.

—Sabemos que su marido ha estado haciendo averiguaciones con contactos en Londres sobre la conexión de su familia con ciertos países involucrados en la importación de armamento. Solo podemos ver dos razones para esto. Una, que simplemente desea saberlo, tal vez para protegerla. O dos...

Ella se levantó de un salto.

—O dos, desea chantajearme para que anule nuestro matrimonio. Si no lo hago, me expondrá a mis enemigos y no tendré futuro de todos modos. Y si lo hago, me alejaré de mi vida aquí con él, con lo que se digne darme, pero al menos estaré a salvo —Emitió un gruñido sombrío. Miró al suelo durante unos momentos, antes de volver a fijarse en él—. Gracias por venir e informarme. Se lo agradezco.

Él captó la indirecta y se levantó.

—Lo siento. Si hay algo que yo o mi oficina podamos hacer para apoyarla, no tiene más que pedirlo.

Ella le dedicó una breve sonrisa forzada.

—Es bueno saber que tengo a alguien de mi lado.

—Por supuesto —Se dirigió a la puerta—. Adiós.

Ella se sentó junto a la ventana y esperó. Sebastian no tardaría mucho. Lo sabía. Esperaría a que viniera a decirle cómo estaba dispuesto a chantajearla para que lo dejara a él y a este mundo, y que todo lo que había dicho, y cada caricia, había sido una mentira.

Podía esperar. Podía hacer eso.

CAPÍTULO DIEZ

EL SOL BRILLABA INTENSAMENTE y Sebastian, aunque consternado por lo que había descubierto, se sentía más en control de lo que había estado en mucho tiempo. Al menos ahora lo sabía todo. Y todo tenía perfecto sentido.

Condujo hasta el garaje y dejó allí su coche antes de crujir sobre la grava hacia el frente de la casa. La glicina estaba ahora en plena floración. Las enredaderas blancas y lilas se entrelazaban exuberantemente alrededor de la suave fachada de ladrillo de la casa. Todo parecía florecer, y finalmente sentía que estaba llegando a alguna parte. Subió corriendo los escalones y abrió la puerta para encontrar a Indra de pie en el vestíbulo, sin sonreír. Supo instantáneamente que algo estaba terriblemente mal.

Arrojó su chaqueta sobre la silla en el pasillo y puso sus manos en las caderas.

—De acuerdo. ¿Qué sucede?

Ella levantó una ceja con firmeza. —Creo que *tú* deberías decírmelo a *mí*.

Él miró alrededor. Nada más parecía estar fuera de lugar.

—Repito, ¿qué pasa? ¿Por qué estás ahí parada mirándome como si fuera el mismísimo diablo?

Su expresión vaciló, como si estuviera dolida. —Porque creo que *debes* ser el mismísimo diablo.

Él abrió los ojos de par en par y sacudió la cabeza, frunciendo el ceño. —¿De qué estás hablando, Indra?

—Habría pensado que era obvio.

—No para mí.

—Bien, empecemos por dónde has estado.

—Pasé la noche en Londres. ¿Es eso un crimen?

—Eso depende de lo que estuvieras haciendo.

Él frunció el ceño. —Bien, aclaremos esto. Solo porque nos acercamos la otra noche...

—¿Acercarnos? ¿Es así como lo llamas?

Él se encogió de hombros. —Íntimos, entonces.

Su expresión indignada dio paso a una dolida, y él supo que la había lastimado. Se lo compensaría. Pero primero, necesitaba averiguar qué demonios estaba pasando.

—Como digo, solo porque fuimos íntimos, ¿crees que puedes controlar a dónde voy?

—No. Estamos casados y, aparte de la otra noche, que obviamente ahora lamentas...

Él sacudió la cabeza, desconcertado. ¿De qué demonios estaba hablando?

—El matrimonio es solo por conveniencia —continuó ella—. Para permitirnos compartir lo que ambos queremos. A lo que me opongo es a que finjas acercarte... simplemente para... —Su

voz vaciló.

—¡Tuvimos sexo! ¡Hicimos el amor! Como quieras llamarlo, no estaba 'fingiendo' acercarme. ¡Estábamos *más* cerca!

Sus labios se apretaron en una línea estrecha. —*Estábamos* siendo la palabra operativa. —Lo miró fijamente, deseando que la contradijera.

Él sacudió la cabeza y suspiró. —¿De qué demonios estás hablando, Indra?

En ese momento escucharon el sonido de una aspiradora acercándose cada vez más.

—Hablemos en mi oficina.

Él cerró la puerta tras de sí. —De ninguna manera. No voy a subir al cuarto de los niños otra vez.

Su oscura cortina de cabello se arremolinó a su alrededor mientras levantaba el mentón para enfrentarlo. —¿Por qué? ¿Te trae malos recuerdos? ¿Lamentas tanto lo que pasó?

—¿Qué dem...? —Pero antes de que pudiera continuar, ella marchó hacia el pie de la imponente escalera. Él corrió tras ella y le agarró la mano—. ¿Qué demonios te pasa? Sabes que no soporto ese lugar, y eso no tiene absolutamente nada que ver con lo que pasó la otra noche allí. Si quieres hablar, hay una biblioteca perfectamente buena aquí, en la planta baja, con puertas y cerraduras que funcionan y sin un techo que te hace sentir que estás siendo encarcelado.

La actitud defensiva abandonó sus ojos, y ella cedió al recordar cuánto odiaba él esa habitación. Asintió, pero soltó su mano de la de él, y él la siguió hasta la biblioteca. A pesar de su confusión por las acciones de ella, no pudo evitar distraerse con su trasero enfundado en jeans. Siendo menuda, siempre usaba tacones y hoy no era la excepción. Sus pasos decisivos y con botas resonaban en el piso de parqué, y sus ojos oscuros brillaron hacia él mientras sostenía la puerta abierta para ella. Entró y caminó hacia un retrato de su padre. Extendió la mano como para tocarlo, pero después de lanzarle una mirada a Sebastian, retiró la mano y la apoyó en la repisa de la chimenea. Él sintió una punzada de celos y no tenía la menor idea de quién estaba celoso. ¿De su padre porque Indra lo amaba? ¿O de Indra, que había experimentado el amor de su padre que él, su hijo, nunca había tenido? Antes de que tuviera la oportunidad de averiguarlo, ella lo miró con una expresión que borró todo de su mente.

—Era un hombre excepcional —dijo ella.

Él fue y se paró junto a ella, irresistiblemente atraído, incapaz de detenerse. Quería rodearla con sus brazos allí mismo pero sabía que probablemente recibiría un rechazo. Así que se quedó en silencio, siguiendo su mirada hacia el retrato de su autocrático padre.

—Supongo que 'excepcional' es una palabra precisa. Pero imagino que era un tipo diferente de excepcional para ti.

—Solo me has contado fragmentos sobre tu relación, así que es difícil adivinar, pero cuanto más te conozco, más creo que podrías ser como él.

—¡No soy nada como él! —explotó.

Ella sonrió. —Él solía hacer eso. Estallar en ira si uno daba con una verdad que no quería enfrentar. —Volvió a mirar el retrato—. Pero eso no detenía a mi madre, quien suavemente lo empujaba para hacerlo ver. Y él siempre lo hacía. Porque ella no tenía un hueso competitivo en su cuerpo. Era alguien que se preocupaba por los demás y tenía completa confianza en sí misma. No necesitaba la aprobación de nadie.

—Eso es inusual.

—Sí, lo es. Creo que eso hizo que Charles se enamorara de ella. Porque no era alguien con quien pelear, y era alguien en quien podías confiar totalmente.

—Suena... impresionante.

Ella le dirigió su sonrisa. —Esa no es una palabra que hubieras usado cuando la conociste por primera vez. Era más baja que yo. Medía apenas un metro cincuenta y era esbelta como un sauce. La mayoría de la gente no la notaba hasta que las cosas se ponían difíciles y entonces se hacía sentir por su inteligencia y claridad de visión. Era impresionante, y era asombrosa y también era modesta hasta la exageración.

—Es sorprendente que mi padre no haya hecho pintar un retrato de ella.

Ella no lo miró. —Lo hizo.

—No he visto ninguno.

—A insistencia de ella, fue una miniatura. —Tocó el medallón de oro que siempre llevaba alrededor del cuello—. Tengo una copia aquí, y arriba, y Charles fue enterrado con el original.

Por alguna razón, esto conmovió a Sebastian como nada más. Podía imaginarse a los tres, una unidad estrecha, y luego a los dos, y ahora solo quedaba Indra. Y él y sus hermanos habían descendido sobre ella como una tonelada de ladrillos, destruyendo todo lo que había existido antes.

—Lo siento, Indra —dijo él.

Ella se volvió hacia él, con los brazos cruzados sobre el estómago como si intentara defenderse. Sus ojos estaban abiertos, vulnerables y llenos de dolor. —¿Por qué exactamente?

Él no pudo evitarlo y extendió la mano para tocarle el cabello. —Creo que lo siento por todo.

—¿Incluso por lo que acabas de hacer? ¿Tu traición final?

Él bajó la mano sorprendido. —¿Traición final? ¿De qué estás hablando?

—Como intentaba decirte, sé lo que estabas haciendo en Londres. Sé a quién estabas viendo y por qué.

Sintió una punzada de inquietud. Ahora lo entendía. De alguna manera, ella había descubierto cuál había sido su plan original. No podía negarlo. Entonces, ¿cómo podría hacerle entender que había cambiado de opinión? Que, cuando recibió las piezas que faltaban del rompecabezas que era Indra, no tenía intención de usarlas en su contra, sino solo de asegurarse de que no existiera ninguna amenaza que pudiera dañarla.

—No es lo que piensas.

Ella apretó los dientes y sus ojos oscuros se volvieron aún más oscuros. La pasión dentro de ellos casi le hizo olvidar su enojo. Ella dio un paso más cerca.

Él levantó las manos para calmarla. Ella las apartó de un golpe.

—¡No levantes las manos hacia mí! No soy un animal. ¡No soy alguien a quien puedas apaciguar con unos cuantos gestos baratos!

Sebastian se sorprendió. Nunca la había visto así antes.

—No es lo que piensas —repitió.

Ella soltó un gruñido indignado. —Claro, esperaría que alguien tan arrogante como tú supiera lo que pienso.

Él apretó los dientes ante el insulto. Pero ella tenía razón, por supuesto. —Me veo obligado a hacerlo cuando no me dices por qué estás enojada.

—Me *usaste*, Sebastian. —Sus ojos brillaban con lágrimas—. Reuniste información sobre mí, mi familia, sobre nuestro negocio. Hasta ayer, cuando juntaste todas las piezas y formaste un plan.

—Necesitas escuchar lo que tengo que decir.

—Te he dado muchas oportunidades para hablar, pero no lo harás. Y sé por qué. Porque no sabes cuánto sé y no me dirás nada más allá de eso. Pero, como ahora lo sé todo, te lo diré yo. Tan pronto como presenciaste mi conmoción y dolor al escuchar ese acento ruso, ¡sabías que me

tenías! Y no intentes negar que no fue así.

Él no tenía intención de negar nada. Al menos no todavía. —Es cierto. De repente entendí exactamente lo que estaba pasando. Pero, ¿que te *tenía*? ¿Cómo te *tenía*?

—Tenías toda la munición que necesitabas para *chantajearme*.

Sintió que la sangre abandonaba su rostro y pudo ver que ella lo había notado. —¿Chantaje? —Solo pudo repetir la palabra en la que, en un momento, había estado decidido.

—Sí, chantaje.

—*Esa*, Indira, *no* es mi intención.

Ella parpadeó, sorprendida. —No te creo. Me quieres fuera de tu vida y qué manera más fácil que decirme que me vaya, de lo contrario harás público todo lo que sabes. Sabes que ese conocimiento podría llevar a mi muerte.

Él apretó los dientes mientras trataba de descifrar cómo lidiar con esta complejidad. No había imaginado que ella estaría un paso adelante.

—Es cierto que quería saber tanto sobre ti como pudiera.

—Para chantajearme —repitió ella.

Él bajó la voz en un vano intento de disminuir el impacto de las palabras ahora desagradables. —Para chantajearte. Al principio. —Parecía que nada menos que la verdad serviría.

Pero entonces el dolor golpeó sus ojos, y una lágrima rodó por su mejilla. Él intentó tomarla en sus brazos, pero ella lo apartó. —¡No me toques! —Su rostro estaba enrojecido de furia incluso cuando la única lágrima se convirtió en muchas.

Él levantó las manos en señal de rendición. Después de la oscuridad de sus intenciones originales, necesitaba mostrarle que no iba a lastimarla.

—¡No lo haré! Pero debes escucharme.

Ella se había alejado, pero se volvió para mirarlo y se detuvo por un momento. —¿Te atreves a decirme qué hacer? ¿Te quedas ahí parado, después de decirme que vas a chantajearme y...?

—No voy a...

—¿Y exiges que te escuche? —Caminó hacia él y casi retrocedió ante la mirada feroz en sus ojos—. ¡Nunca más te escucharé! Porque tienes razón, tendré que alejarme. Tu chantaje es impecable. No tengo otra opción más que alejarme si quiero vivir. Y quiero vivir. No te equivoques en eso. Incluso —tragó saliva y miró alrededor— si tengo que vivir lejos de mi hogar.

—¡Indra! Escúchame. Es cierto que mi intención original era forzarte a irte por cualquier medio que pudiera.

Ella puso las manos en sus caderas. —Por fin llegamos a la verdad.

—Pero eso ha cambiado. —Extendió la mano de nuevo porque no podía evitarlo, y esta vez ella no lo apartó—. Cambió cuando supe que no quería que te fueras.

Ella parpadeó para contener más lágrimas, y su hermoso rostro se contrajo.

—Fui a Londres para averiguar exactamente a qué nos enfrentábamos. Los enemigos de tu padre ya no están en el negocio, Indra. Eso es lo que fui a averiguar. Tomó un tiempo, pero durante la noche mis fuentes confirmaron que las personas responsables de la muerte de tu hermano y tu padre ya no viven. Y *no hay* evidencia de que alguien te esté buscando.

—Pero le dijeron a mi madre...

—La gente dice muchas cosas para asustar a otros. La opinión de mis fuentes es que no tienes nada más de qué preocuparte. No te dije a dónde iba ni lo que iba a hacer porque no estaba seguro de lo que iba a descubrir, y no quería asustarte.

—¿No tengo nada de qué preocuparme? —repitió ella, atónita.

Él negó con la cabeza. —Nada.

Ella pareció conmocionada. —¿Y realmente no quieres que me aleje de este matrimonio?

—No —dijo él, atrayéndola hacia sí—. Realmente no. Quiero hacer que este matrimonio sea real. Ya no quiero que sea un matrimonio falso. Quiero que se confirme con el mundo entero mirando esta vez. Y lo que quiero es que ya no vivas con miedo.

Ella negó con la cabeza mientras nuevas lágrimas brotaban de sus ojos. —¿Me quieres? —Las palabras eran débiles, como si apenas se atreviera a expresarlas.

—Indra, te quiero de tantas maneras que no sé por dónde empezar.

Ella lo rodeó con sus brazos apretadamente y presionó su mejilla húmeda contra su pecho. —Aquí. Empieza aquí, ahora.

Le levantó el mentón. Las lágrimas aún surcaban su rostro, pero sus ojos oscuros estaban cálidos y excitados cuando la besó. Su boca se abrió para él de inmediato como una flor y la saboreó, deseándola, toda ella, su calidez, su cariño y su belleza. Quería llenarla de sí mismo pero, más que eso, quería llenarse de ella y su bondad. Erradicarse tan totalmente que pudiera olvidarse de sí mismo.

La atrajo hacia sí con fuerza, queriendo que supiera cuánto la deseaba. Sus ojos se abrieron brevemente, reconociendo su conciencia de su excitación. Se preguntó si ella se retiraría. Pero no su Indra.

Su Indra, pensó mientras profundizaba el beso. ¿Cuándo se había convertido en *su* Indra? No lo sabía, y no le importaba mientras se perdía en el beso. Sus lenguas se entrelazaron y su respiración se aceleró contra su boca. Las manos de ella lo recorrieron, bajando por su espalda, su trasero, acariciándolo febrilmente antes de deslizarse bajo su camisa. Sus dedos no eran gentiles mientras acariciaban su piel, sino duros en su frenética exploración, como si quisiera presionar su cuerpo contra el suyo.

Él jadeó cuando las manos de ella se deslizaron bajo la cintura de sus pantalones, hundiéndose para encontrar la punta de su erección. Hundió sus dedos en el cabello de ella y la besó profundamente, antes de colocar sus manos bajo su trasero. Ella saltó y enroscó sus piernas alrededor de él, su sexo contra el suyo mientras la llevaba hacia el escritorio. No había tiempo ahora para tomarlo con calma. Ambos sabían lo que querían. El uno al otro.

La depositó y ella se retorció para quitarse las bragas. Forcejeó con su cremallera y él la levantó sobre el escritorio, barriendo los papeles, teléfonos y portátil, sin importarle si algo se rompía. Solo había una cosa que necesitaba, solo una cosa que quería. Y era perderse en ella. Con una profunda embestida, hizo exactamente eso. El calor y la calidez de ella mientras lo envolvía le quitó el aliento. Estaba tan apretada, tan exactamente perfecta para él, que lo asustó. Los botones de su vestido se habían abierto y él apartó su sujetador para revelar sus senos plenos. Bajó la cabeza y besó su cuello antes de retirarse y sumergirse dentro de ella nuevamente. Se echó hacia atrás para poder verla mientras sostenía sus caderas en posición y continuaba embistiendo dentro de ella.

Con los ojos cerrados, las cejas oscuras arqueadas y los labios carnosos entreabiertos mientras jadeaba por aire, mientras la llevaba más cerca del borde del orgasmo, era la imagen del erotismo. Había estado con muchas mujeres, pero ninguna era tan hermosa o sexy como Indra. Sabía cómo tocarla, lo que le gustaba, y permitió que sus dedos vagaran por su cuerpo, tocando, saboreando y acariciando hasta que ella se corrió repentinamente, con los ojos abiertos y distantes como si hubiera vislumbrado un lugar que no sabía que existía.

Luego regresó a él. La distancia abandonó sus ojos y una poderosa oleada de pasión lo llenó.

Sintió, en ese momento, que quería hacerle tantas cosas, mostrarle toda la extensión del placer que podía darle.

Ella se acurrucó contra él cuando dejó de embestir y salió de ella. Sostuvo su rostro entre sus manos, con expresión desconcertada.

—Pero tú aún no has tenido tu placer.

—Créeme, estar contigo así me da placer. Pero quiero mostrarte cosas —ella arqueó una ceja en señal de interrogación y él la dejó deslizarse al suelo—. Date la vuelta —dijo en voz baja. Ella no dudó. Alentada por sus manos, se inclinó sobre el escritorio y él levantó su vestido. Con sus dedos encontrando su objetivo, la posicionó y embistió dentro de ella una vez más. Ella se retorció contra él y fue todo lo que pudo hacer para contenerse hasta que ella se corrió de nuevo, gritando su nombre. Solo entonces se vino dentro de ella con una embestida final. Su carne se estremecía a su alrededor, masajeándolo, llevando todo lo que tenía profundamente dentro de ella.

Salió de ella, la bajó y la besó, antes de murmurar algunas palabrotas entre dientes. Ella frunció el ceño mientras, inestablemente, encontraba sus pies.

—¿Pasa algo malo? —preguntó.

Él recorrió su rostro con la mirada mientras apartaba su cabello, que estaba revuelto alrededor de sus hombros y cara.

—¿Cómo podría haber algo malo?

Ella suspiró y le sonrió, sacudiendo la cabeza.

—Me alegro de que pienses eso porque necesito decirte algo, pero temo que no te guste.

—Indra, puedes contarme todos tus secretos y te aseguro que nada puede asustarme. Absolutamente nada.

—Te amo, Sebastian.

Él abrió la boca para hablar, pero no salieron palabras. Sintió como si ella le hubiera lanzado un hechizo y no pudiera moverse.

—Te amo —dijo ella con una sonrisa—. He querido decírtelo desde que lo supe, pero me preocupaba que no te gustara.

Él emitió un extraño sonido gutural e intentó cubrir su confusión ajustando primero la ropa de ella y luego la suya. Pero no pudo encontrar palabras para responder a su leve ceño fruncido cuando volvió a mirarla a los ojos. Intentó sonreír pero sospechó, por su reacción, que emergió más como una mueca que una sonrisa. Se alejó, primero un paso, y luego otro, antes de darse la vuelta y odiarse a sí mismo. Odiándose por reaccionar así a sus palabras, pero no podía negar su terror más de lo que podía volar.

—¿Qué pasa? —preguntó ella. Pero no se movió.

Él se agachó y recogió su teléfono, devolviéndolo a la vida como si fuera un asunto de suma importancia. Levantó la mirada y sacudió la cabeza antes de concentrarse en su teléfono una vez más.

—Tienes esa mirada de nuevo.

Él levantó la vista y sostuvo su mirada.

—¿Qué mirada?

—La misma mirada que tenías cuando te diste cuenta de que estabas atrapado en la guardería y no había forma de salir.

Apretó los labios y sacudió la cabeza de nuevo. Caminó hacia la puerta y la empujó para abrirla, como si eso lo ayudara a escapar. Porque Indra tenía razón. Excepto que esto no era nada físico. Pero lo hacía sentir igualmente atrapado. Parecía que las emociones eran así. Sí, la

deseaba, pero no quería que ella lo amara. No quería que nadie lo enjaulara emocionalmente. No podía lidiar con eso. Lo hacía vulnerable.

—Sebastian, no te alejes de esto, de mí. Por favor, no lo hagas —su voz era un susurro tenso —. Sabía que no debería haberte dicho que te amaba. Porque es eso, ¿verdad? Eso es lo que no puedes manejar. Eso es lo que te asusta de muerte, porque nunca lo has tenido. ¿Verdad?

Él se negó a responder. Se negó a entregarse más.

—Tengo que irme. Tengo cosas que hacer.

—Sebastian, escúchame. Lo único que quiero es estar aquí, contigo. Lo que necesitaba era que alguien creyera en mí y me desafiara a ser la mujer que podría ser, y no esconderme del mundo. Quiero que este matrimonio funcione porque yo... —se interrumpió y sacudió la cabeza.

Por un momento, su corazón casi se detuvo, anticipando lo que ella estaba a punto de decir. Se humedeció los labios. Una cosa era no querer que se fuera, y otra muy distinta que ella dijera lo peor que podía decir. Él no hacía el amor. El amor era una trampa, siempre lo había sido y siempre lo sería. Podían vivir juntos en paz con una visión compartida de la finca. Eso era suficiente. Era más que suficiente para construir un futuro juntos. No se necesitaba nada más.

Ella dio un paso hacia él y colocó una mano suave sobre su brazo. No habría sido suficiente para retener a nadie, pero él no se movió. Negó con la cabeza, tomó su mano, la besó brevemente y luego la dejó caer y se apartó.

—Yo... —Se giró—. Solo necesito algo de tiempo. —Tomó ambas manos de ella entre las suyas—. Indra, nunca, jamás en mi vida he deseado a nadie más que a ti, pero...

—¿Ahora que me tienes, quieres huir y seguir huyendo?

—No estoy huyendo a ninguna parte —gruñó, aumentando la presión en sus manos.

—Por supuesto, este es tu hogar. Has esperado toda una vida por él y no lo dejarás.

—Esa no es la razón por la que me voy a quedar.

—¿Entonces cuál es?

Ella quería que le dijera que tenía sentimientos por ella, que incluso la amaba, pero no podía. Las palabras se enredaban dentro de él, burlándose, atrapadas en una garganta que de repente se sentía bloqueada. Los momentos pasaban, marcando el tiempo con el viejo reloj de pie.

Ella liberó sus manos de las de él.

—Hasta que puedas decirme lo que sientes, me mantendré alejada. Porque no puedo lidiar con esto. —Se dio la vuelta y salió tambaleándose de la biblioteca.

Y todo lo que Sebastian pudo hacer fue quedarse de pie y mirar impotente cómo ella se iba.

CAPÍTULO ONCE

SEBASTIAN REGRESÓ A CASA TARDE. Tan pronto como Indra se fue, saltó a su coche deportivo y se lanzó a la carretera de nuevo. Apenas era consciente de adónde iba, simplemente condujo primero por la sinuosa carretera de un solo carril, hasta que llegó a una carretera más grande y, después de seguirla durante horas, alcanzó la autopista donde pisó el acelerador e intentó dejar atrás sus pensamientos.

Se encontró de vuelta en Londres, en medio del ruido y el bullicio donde podría perderse en las vidas de otras personas. Aparcó el coche en su bloque de apartamentos y se fue de bares. Se encontró con viejos amigos allí y se unió a ellos en un club de striptease. Pero nada lo conmovió. Ni la conversación de sus amigos ni su idea de diversión, ni la bebida que solo adormecía el dolor de su estupidez, y ciertamente no el club de striptease. Ninguna de las mujeres era remotamente tan hermosa como Indra o tan erótica. Cerró los ojos al recordar cómo bombeaba su semilla dentro de ella mientras la sostenía y ella jadeaba su nombre. La deseaba, pero no podía tenerla, no sin comprometer su corazón. Si es que tenía uno.

Al final de la noche, no habría podido conducir a casa aunque hubiera querido, así que se quedó en su apartamento de Londres, escuchando el rugido del tráfico y los gritos de los juerguistas que pasaban. Por todas partes había gente, exactamente como había sido en Mónaco. Pero nunca se había sentido más solo, no ahora que sabía lo que era estar con alguien de una manera que nunca antes había experimentado. Tan pronto como amaneció, estaba listo para irse, sabiendo lo que tenía que hacer.

Indra se había mantenido ocupada, decidida a continuar como siempre y no dejar que los problemas de Sebastian la afectaran. Era fuerte. Su madre siempre lo había dicho y había nutrido la resiliencia de Indra. Pero lo que no había hecho era evitar que tuviera miedo. Ahora se daba cuenta de que su madre había quedado traumatizada por lo que le había sucedido a su esposo e hijo y se lo había transmitido a ella. Y ahora Indra sabía que el miedo había sido un fantasma, no real, y había estado viviendo su vida bajo su sombra. Y Charles había estado feliz de complacer a su hermosa amante e hija, manteniéndolas alejadas del resto del mundo. Había funcionado para Charles y su madre, pero no para ella. Su vida se había vuelto pequeña, hasta que Sebastian llegó, claro.

—Indra —dijo Helen, lo suficientemente fuerte como para que se diera cuenta de que Helen debía haber estado llamándola por un tiempo.

Se obligó a concentrarse. —Lo siento, estaba en las nubes. —Helen sonrió educadamente, como si no se hubiera dado cuenta.

—No hay problema. Solo te estaba preguntando qué deberíamos hacer con Starlight. Bill quiere saber si le permitirás correr en la próxima carrera en Newmarket. Sé que no querías que fuera. Y sé que, eh, Sebastian pensaba que debería correr. ¿Qué has decidido?

Indra se golpeó los dedos contra la boca mientras trataba de decidir qué hacer. Había errado por el lado de la precaución, como siempre lo había hecho, sin querer arriesgar que Starlight se lesionara en una carrera tan importante. Pero Sebastian había querido darle a Starlight la oportunidad de probarse a sí misma.

Helen repasó algunas estadísticas. —Bill dice que si no la haces correr, podrías criarla de inmediato. —Indra palideció ante la forma en que Helen hablaba. Miró hacia afuera, donde Starlight levantaba la cabeza del pasto. Algo había captado su atención, y estaba mirando inquisitivamente alrededor antes de que su mirada se detuviera, como si estuviera atrapada por las colinas distantes. Indra se llevó la mano a la garganta. ¿Estaba tratando de darle a su caballo favorito la vida que le habían dado a ella? ¿Mantenerla segura dentro de los estrechos confines del campo, encerrada, sin nada más que disfrutar que lo que estaba frente a su nariz? ¿Nunca experimentaría la diversión de la competencia, las exhortaciones del jinete empujándola a ganar por delante de todos los demás caballos?

—¿Has tomado una decisión sobre Starlight?

Asintió lentamente. —Sí, la he tomado.

Sebastian cerró de golpe la puerta del coche. Hizo una mueca cuando el sonido agravó su dolor de cabeza. Ridículo, infligirse dolor así mismo de esa manera. Pero, pensó mientras crujía por el camino de grava hacia las oficinas de la finca, ¿no era siempre así con él? ¿No había sido en última instancia responsable de todo su dolor? Y no parecía que hubiera aprendido nada en sus treinta años. Seguía tomando las mismas malas decisiones, aterrorizado de que algo llegara a esa parte de sí mismo que había estado protegiendo desde su juventud. ¿Y dónde lo había llevado? Precisamente a ninguna parte. O, más precisamente, a un lugar donde ya no podía seguir actuando de esa manera. Lo estaba matando a él y a todos los que lo rodeaban. Era una no-vida. Y eso era algo que Indra le había mostrado. Le debía. Y mucho.

Irrumpió en la oficina y miró alrededor, pero no había Indra. Se acercó a Helen, quien levantó la vista de la computadora.

—¿Has visto a Indra?

—Sí, acabas de perderla. Ha salido a ver a Starlight.

Miró por la ventana y la vio acercándose a su caballo, que relinchó en respuesta a su saludo. Se volvió hacia los hombres. —Supongo que lo ha detenido, ¿no? ¿Ha puesto el pie en el suelo sobre su carrera?

No esperó una respuesta. Si él había estado ciego, ella también lo había estado. ¿No podía ver lo que su madre y su padre le habían hecho? La habían convertido en alguien que tenía demasiado miedo de su propia sombra como para salir de la finca.

—¡Indra! —llamó.

Ella no lo miró, aunque sabía por la tensión en sus hombros que lo había oído.

—Haz lo que quieras. —Saltó por encima de la cerca y aterrizó en el prado cubierto de hierba. Disminuyó la velocidad mientras se acercaba a ella, disfrutando viendo la relación que tenía con Starlight. Era obvio que el caballo la amaba, y era recíproco.

—Te debo una disculpa —dijo.

Ella lo miró. —¿Otra? Parece que lo único que haces es disculparte conmigo.

Se encogió de hombros. —Quizás debería empezar a disculparme por adelantado.

De nuevo la tentadora mirada hacia atrás. —Esa podría ser una buena idea.

Le gustó la pequeña sonrisa en la comisura de su boca y tuvo el impulso de besarla. Un impulso que rápidamente reprimió. Tal vez había aprendido algo.

—Debería hacer muchas disculpas para que puedas acumularlas, para que estén allí cuando las necesites —respondió—. Como un depósito en un banco. ¿Y qué crees que cubrirá el próximo pago? ¿Por qué será mi próxima disculpa?

Ella no habló durante unos minutos, sino que continuó pasando suavemente la mano por los flancos de Starlight. Sebastian deseaba que esos dedos delicados, que parecían sentir cada elevación y caída de manera tan aguda y sensible, se movieran sobre su piel. Inhaló bruscamente. Tenía que controlarse. Luego ella palmeó a su caballo y se volvió hacia Sebastian, cruzando los brazos sobre el pecho como lo hacía tan a menudo cuando sentía la necesidad de protegerse.

—No lo sé. ¿Qué tal "Lo siento, Indra, por ser un idiota"? Eso sería una buena disculpa general para cualquier cosa que pudieras hacer en el futuro.

Hizo una mueca. Se lo merecía. —Lo siento, Indra, por ser tan idiota —parecía una disculpa útilmente completa.

Ella dio un paso más cerca, pero su sonrisa se había desvanecido ahora, revelando su vulnerabilidad interior. Él odiaba verla así, y tuvo que apretar los puños en sus bolsillos para evitar extender la mano y presionar su boca sobre esos labios temblorosos.

—¿Crees que es tan fácil, verdad? —dijo ella—. Comportarte como quieras, tal como siempre lo has hecho, luego disculparte, volver y todo estará bien, hasta la próxima vez. No funciona así, Sebastian.

—Entonces dime cómo funciona.

El caballo la empujó suavemente, y ella se volvió hacia él. —Como Starlight aquí. Está tan acostumbrada a estar aquí, es su mundo entero. Será difícil para ella competir en el mundo exterior.

Él no pudo contenerse más y extendió la mano para acariciar el lomo del caballo, deteniéndose junto a la mano de ella. —¿Tú crees? —preguntó, notando que ella no se alejaba cuando su mano rozó sus dedos.

—Lo sé.

Él se arriesgó a rozar su mano y luego acariciarla mientras ella acariciaba al caballo debajo. El caballo se quedó quieto, como si fuera consciente de la doble caricia. Su corazón latió fuertemente una, dos, tres veces mientras esperaba que ella se moviera. Ella no movió su mano, pero giró la cabeza para mirarlo. Estaban lo suficientemente cerca como para besarse, pero él logró contenerse.

Se concentró en cambio en Starlight, retirando su mano de la de Indra para acariciar el dorso de sus dedos por su hocico. —Es una belleza y es rápida y elegante. Podría llegar muy lejos. ¿Realmente crees que debería ser privada de la oportunidad de poner a prueba su temple contra otros? Nunca sabemos cuán capaces, fuertes o hábiles somos por nosotros mismos. No hasta que somos probados contra otros.

—¿Pero y si los otros son mejores, más fuertes, más hábiles? Entonces mi pobre Starlight se verá disminuida.

—Lo dudo mucho. Creo que tu hermosa Starlight encontraría la manera de ser aún mejor, aún más fuerte, aún más hábil. Seguramente no quieres privarla de ser lo mejor que puede ser, ¿verdad?

Ella se volvió hacia él, y él pudo ver la confusión en sus ojos. —¿Realmente crees que el

aislamiento no es lo mejor para ella?

Él asintió, sabiendo que ninguno de los dos estaba hablando de Starlight ya. —Así es —extendió la mano y colocó un mechón de cabello suelto detrás de su oreja. Su cabello grueso y brillante inmediatamente volvió a su lugar. Él sonrió—. No creo que haya ninguna parte de ti que yo pueda afectar.

Su rostro estaba serio. —Te equivocas. Mi cabello puede volver a su lugar, y no me gusta que me digan qué hacer, pero por dentro... —Se aferró a la camisa sobre su corazón—. Por dentro, es un asunto completamente diferente. Por dentro, me has cambiado.

Él tomó ambas manos entre las suyas. —Me alegro, creo —añadió, preguntándose de repente exactamente cómo había sido cambiada por él.

—Me has desafiado y me has hecho más fuerte.

Él tocó la caja de terciopelo en su bolsillo que contenía el anillo de eternidad de su abuela, que había sacado de la caja fuerte del banco en Londres. Lo sostuvo firmemente en la palma de su mano.

—Eso es bueno. Eres una mujer extraordinaria, sin duda como tu madre, y necesitas saberlo. Puedes hacer mucho por la finca, y podemos hacer aún más mientras la administramos juntos.

Ella negó con la cabeza, y su corazón casi se detuvo. ¿Había malinterpretado algo?

—No me refiero a eso.

Se sintió enfermo ante la idea de que ella estuviera pensando algo muy diferente a él.

—¿Entonces a qué te refieres? ¿Lo suficientemente fuerte para hacer qué?

—Para no esconderme más.

—Quieres irte —dijo él, con una voz tan muerta como de repente se sentía su espíritu.

Siguieron unos segundos de silencio. —No exactamente —respondió finalmente—. Me diste la libertad de creer en mí misma y en mi lugar en el mundo —miró a su alrededor—. Amo esta finca y siempre lo haré, pero ya no puedo limitarme a ella. Tengo que salir de mi zona de confort.

Él respiró profundamente aliviado, acunó su rostro y la besó, sin querer esperar más. —No sabes lo feliz que me hace oírte decir eso.

Ella le sonrió, se puso de puntillas y lo besó profundamente. Por un momento, fue como si el tiempo se detuviera. Podía oír los pájaros cantando en los árboles, un cuervo distante graznando desde los árboles altos junto a la casa, y la respiración de ella acelerándose bajo la persuasión de sus labios y su lengua. Ella se apartó, su respiración volviéndose rápida, sus ojos oscureciéndose de deseo, y agarró su mano. —Vamos adentro.

—¿Adentro? —Se encogió de hombros—. ¿Qué tiene de malo aquí? —Extendió los brazos, indicando el bosquecillo aislado en el centro del bosque. No estaba abierto al público, y estaba demasiado lejos de las oficinas de la finca para que alguien tuviera razón para vagar por allí—. Esto es nuestro. Tuyo y mío. Tal vez deberíamos inaugurarlo.

Ella se mordió el labio y asintió tímidamente. Tan pronto como estuvieron en el espacio cerrado, él desabrochó cuidadosamente los botones de su vestido. Ya no tenía tanta prisa por quitarle el vestido. Esta vez quería saborearla, tomarse su tiempo y apreciar cada centímetro cuadrado de su piel. Quería que ella nunca olvidara este momento.

Dio un paso atrás mientras ella le ayudaba a quitarse el vestido, y la admiró de pie en su sencilla ropa interior blanca, un contraste impresionante con el rico tono de su piel. Pasó su dedo por el sujetador de encaje antes de inclinar la cabeza y besar el nacimiento de sus senos sobre la media copa. Luego, con un rápido movimiento del cierre, se lo quitó. Sus pezones estaban erectos de deseo, pidiendo ser saboreados, y ¿quién era él para negarse? Ella echó la cabeza

hacia atrás y se aferró a él mientras él tomaba su pezón en su boca y lo succionaba. Sus dedos se clavaron en su cuero cabelludo mientras su respiración se aceleraba. Cuando se levantó, pudo ver el pulso rápido en su cuello y su boca abierta, sus labios carnosos invitando.

Dio un paso atrás, para admirarla mejor mientras ella se quitaba las bragas. La hierba alta y fragante llena de flores silvestres le llegaba hasta los muslos.

—Pareces una dríada, una hermosa criatura de la naturaleza a punto de seducirme.

—Solo si te quitas *tu* ropa. Estoy un poco desvestida aquí.

Nunca se había quitado la ropa tan rápido en su vida. No le importaron los botones de su camisa, saltaron de la tela con un rápido tirón, e Indra le ayudó a bajar la cremallera sobre su erección. Besándose, cayeron en la hierba alta. Ella tomó su erección, acariciándola, guiándola hacia donde quería que él estuviera.

Ella enroscó sus piernas alrededor de las de él y él la penetró. La observó, atento a cada matiz mientras ella jadeaba y parpadeaba hacia la brillante luz del sol. Besó sus párpados cerrados y ella levantó su boca hacia su hombro y lo mordió suavemente. Fue su turno de jadear. El olor a hierba aplastada se elevó desde debajo de ellos mientras él continuaba embistiéndola, con la única intención de entregarle todo de sí mismo. Solo cuando ambos llegaron juntos al clímax, el mundo pareció completo y volvió a enfocarse.

Las sombras de las frescas hojas verdes de los árboles sobre ellos parpadeaban sobre sus cuerpos unidos. Volvió a escuchar el canto de los pájaros y sintió la cálida brisa sobre su espalda. Se apartó de ella, atrayéndola hacia sí en su abrazo hasta que ambos quedaron mirando al cielo azul y las brillantes hojas verdes sobre sus cabezas. Mientras movía las yemas de sus dedos sobre la piel suave como el satén de Indra, dibujando patrones imaginarios sobre sus pechos y cuerpo, pensó que nunca quería que este momento terminara. Entonces recordó.

—Tengo algo para ti —dijo, incorporándose.

Ella le agarró la mano y le besó los nudillos.

—¿Algo más? No puede ser mejor que esto.

Él se encogió de hombros, provocándola.

—Podría serlo. Depende de lo que más aprecies. Lo físico o una promesa.

Ella frunció el ceño, confundida, y lo soltó. Él recogió sus pantalones y sacó la caja de terciopelo azul oscuro que había dejado a un lado tan casualmente solo momentos antes. La puso detrás de su espalda y se arrodilló entre sus piernas abiertas. Ella yacía apoyada sobre sus codos, con el cabello cayendo alrededor de sus hombros y pechos. Le costó todo su esfuerzo no caer sobre ella de nuevo, pero tenía que concentrarse.

—Te preguntabas dónde estuve anoche. No te lo dije porque quería que fuera una sorpresa. Fui a Londres, inicialmente, es cierto, para escapar. Pero entré en razón y esta mañana fui al banco.

Su ceño se frunció aún más, y se sentó y juntó las piernas. Se cubrió los hombros con el vestido y se puso de pie. Él permaneció de rodillas.

—Esto suena a negocios.

—No. No son negocios. Definitivamente no son negocios. —Sacó la caja de detrás de su espalda y la abrió de golpe. Dentro, un anillo de oro antiguo, rodeado de rubíes y diamantes, desprendía destellos de fuego bajo la luz del sol—. Para ti, si lo aceptas.

Pero lo que ella hizo a continuación, no lo había imaginado, ni en sus sueños más salvajes. Miró el anillo, luego a él, y dio un paso atrás.

—Es un anillo de eternidad.

—Sí, era el anillo de mi abuela y ella y mi abuelo tuvieron el tipo de matrimonio que me

gustaría tener. Duradero y amoroso. Mi abuelo se lo dio poco después de casarse porque sabía que no podía soportar perderla, y mi abuela tenía muchos admiradores.

—Tu abuelo quería atarla a él.

—Sí. Pero ella lo aceptó, así que supongo que no era todo unilateral.

Ella parpadeó.

—Tal vez sintió que no tenía muchas opciones.

Fue su turno de fruncir el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, ella se casó con él. ¿No debería haber sido suficiente?

—Supongo que él sentía que no lo era.

—No, supongo que tu abuelo quería ponerle una bola y una cadena en el dedo para asegurarse de que se quedara con él.

Él se puso de pie.

—No. No fue así. Estuvieron felizmente casados hasta que murieron. Era simplemente una forma de... —Dudó mientras trataba de encontrar las palabras para negar que su abuelo hubiera querido el compromiso de su abuela de que permanecería a su lado.

—De atarla a él —Indra terminó su frase.

—Supongo. Olvídate de ellos. Eso era ellos. No somos ellos. Y me gustaría que aceptaras el anillo porque ahora solo veo el futuro contigo, Indra. Juntos.

Ella se mordió el labio y negó con la cabeza antes de levantar la vista del anillo hacia él.

—El anillo es hermoso, Sebastian. Pero no has dicho una palabra sobre cómo te sientes.

—Pensé que sería obvio.

—No para mí. No a menos que me lo digas. Y, además, es como si apenas me hubieran liberado y ya quieres atarme de nuevo.

—No, Indra. Eso no es lo que quiero.

—Entonces, ¿por qué el anillo de eternidad? Una eternidad sin amor, una eternidad sin libertad para descubrir el mundo fuera de los límites de esta finca, no suena como algo que yo quiera, Sebastian. Es como si quisieras retenerme, atraparme, exactamente como todos los demás lo han hecho. No quiero eso. Y no lo toleraré más. Tú me has mostrado eso. Lo siento.

Sintió que la sangre se le iba del cuerpo. El mundo pareció tambalearse y momentáneamente perdió el enfoque.

—Estás exigiendo más de lo que puedo dar, Indra. Sabes que soy inútil con las emociones.

—Solo porque las ignoras. —Ella se acercó, se puso de puntillas y agarró el cuello de su camisa abierta, deslizando sus dedos sobre su pecho, y acercó su boca a la de él—. Tienes que aprender a abrazarlas, porque de lo contrario no tenemos futuro juntos.

La paradoja no se le escapó. Había ayudado a Indra a encontrar el coraje para ser ella misma y extender sus límites. Pero, al hacerlo, le había permitido alejarse de él. Y, mientras la veía vestirse rápidamente y alejarse, se dio cuenta de que solo había una forma de retenerla, y eso dependía de él. Ella tenía razón. Tenía que hacer algo para enfrentar sus propios miedos, sus emociones, y no tenía la menor idea de cómo hacerlo.

CAPÍTULO DOCE

SEBASTIAN NO SABÍA cuánto tiempo llevaba de pie en su biblioteca, mirando por la ventana la niebla que envolvía las copas de los árboles, ocultando las colinas lejanas y haciendo que lo familiar pareciera extraño y mágico. Era como si un hechizo hubiera sido lanzado sobre la Finca Richmond, amortiguando el sonido de los cascos de los caballos mientras salían trotando del establo empedrado para su ejercicio diario. Normalmente, él se unía a su administrador, aparentemente para revisar los caballos antes de que comenzara el día, pero en realidad porque disfrutaba estar en el único lugar al que siempre había llamado hogar.

Ahora, cuando miraba hacia atrás en su vida, vivida en las sombras de los casinos y la vida nocturna de las ciudades europeas, apenas se reconocía a sí mismo. Había sido como una especie de espectro, viviendo una media vida. Y ni siquiera lo había sabido hasta ahora, cuando podía ver cuán plena podría ser su vida, si tan solo pudiera estirarse y agarrarla. Pero, ¿podría alcanzar y agarrar lo que más deseaba? Negó con la cabeza. Sabía que no podía. No sin dar algo de sí mismo que había reprimido durante mucho tiempo y que ni siquiera sabía si aún tenía. Pero a menos que lo hiciera, el mayor premio de todos —Indra— no lo querría.

No, no había respuestas afuera. Dio la espalda a la ventana y miró alrededor. Era una habitación llena de libros. Eso era todo. Caminó alrededor de las tres paredes, con estanterías incorporadas del suelo al techo, pasando sus dedos por los lomos de cuero rugoso, algunos grabados en oro y otros desvanecidos por el tiempo. Las respuestas yacían dentro de ellos, estaba seguro. Pero no estaba de humor para sentarse con el tipo de libro de historia lleno de batallas y valentía que había capturado su imaginación cuando era niño. Sus dedos se detuvieron cuando llegaron a la escalera de madera sobre rieles, que permitía el acceso a los estantes más altos.

¿Cómo diablos se suponía que debía creer que lo que sentía por Indra era *amor*? No había pronunciado esa palabra desde que sus abuelos habían muerto. Había asumido que su amor había muerto con ellos. Pero, ¿seguía allí, dentro de él, necesitando salir? ¿O lo que sentía por Indra era simplemente una combinación de lujuria —eso seguro que estaba presente— y una necesidad de cuidar de ella, como lo haría con cualquier otra persona por la que se sintiera responsable?

Cerró los ojos pero no sintió más que confusión. Lo que era cierto era que lo que sentía por ella lo consumía por completo. Pero, ¿era amor? ¿Podría, con la mano en el corazón, decirle que la amaba? Porque sabía que ella podía detectar una mentira a cien pasos de distancia.

Miró de reojo el retrato de su padre, que colgaba frente al escritorio, entre dos ventanas. Cuando él vivía allí, el retrato de su madre había estado colocado allí. Típico de su padre querer reclamar el espacio como si hubiera sido *su* familia la que había vivido allí durante siglos, no la de su esposa. No la de la madre de Sebastian. La intensa mirada de su padre parecía mirarlo directamente, acusándolo de algo.

Dio un paso hacia él, negándose a ser intimidado por su retrato como el hombre lo había intimidado de niño.

—¿Qué, Padre? ¿Qué quieres que haga? Tú creaste este lío. ¿Con qué fin, eh? —Dio otro paso, sin romper la mirada con su padre. Pero por supuesto no hubo nada. Ninguna respuesta, porque la vida no era así. Sus ojos recorrieron el retrato, desde el cabello espeso de su padre, que ondeaba hacia atrás desde su elegante rostro patricio, hasta sus labios sensuales. Había sido un hombre atractivo. Y, pensó Sebastian, uno cruel cuando se trataba de sus hijos.

Nada de esto le ayudaba con la cuestión de qué era el amor. ¿Amaba él? ¿Era capaz de amar? ¿Lo reconocería incluso si *estuviera* enamorado?

Con un gruñido frustrado de ira, Sebastian se giró y descargó su frustración en la escalera, empujándola hacia un lado. Esta se deslizó por los rieles, golpeando un libro que sobresalía sobre los demás. El libro cayó al suelo con estrépito.

Sebastian suspiró y se agachó para recogerlo. Estaba a punto de devolverlo a su lugar cuando algo llamó su atención. Un marcapáginas sobresalía de la parte superior. Miró la portada. Poesía. Dudaba mucho que hubiera pertenecido a su padre quien, como él, no tenía tiempo para cosas como la poesía y la ficción. Puso su dedo en lugar del marcapáginas y lo examinó. Era una antigua tarjeta de San Valentín victoriana, con su delicado borde de encaje recortado para revelar un corazón. Reconoció los nombres en la inscripción de la biblia familiar. Le dio la vuelta en su mano. No había duda. Parecía que algunos de sus antepasados habían estado enamorados y no sufrían las mismas dudas que él.

Suspiró, sopesándola suavemente en sus manos antes de colocarla de nuevo entre las páginas. Estaba a punto de devolverla al espacio vacío en el estante cuando se le ocurrió que debía haber estado sobresaliendo para haber sido derribada del estante. Lo que significaba que alguien debía haberla estado leyendo recientemente. ¿Indra? ¿Qué había estado leyendo? Miró la portada del libro una vez más y frunció el ceño. Era una colección de poesía, y no tan antigua como para contener un marcapáginas victoriano. No reconocía el nombre del autor, pero, ¿por qué habría de hacerlo? La última vez que había escuchado algo en rima habría sido cuando era un niño pequeño.

Abrió el libro en la página marcada y echó un vistazo a las palabras. Como muchos libros de poesía moderna, era todo espacio en blanco y pocas palabras, pero las palabras ciertamente captaron su atención. Eran viscerales, oscuras y, sin embargo, también llenas de luz.

"El amor hace que tu alma salga arrastrándose de su escondite."

Quienquiera que fuera Zora Neale Hurston, ciertamente daba un golpe con sus palabras. Volvió a leer las palabras, y esa fue su perdición. No tenía un hueso romántico en su cuerpo y ciertamente no era un apreciador de las palabras de la poesía. Colocó el libro sobre la mesa y se alejó. Pero no pudo dejar atrás las palabras. Seguían repitiéndose como un mantra en su cabeza.

"El amor hace que tu alma salga arrastrándose de su escondite."

Podía sentir las emociones del poeta hasta en los huesos, porque era exactamente como él se sentía. Una mezcla compleja de dolor y placer. Había pensado que se estaba relacionando con el mundo, pero, en realidad, había pasado toda una vida escondiéndose de él. ¿No era hora de que dejara de hacerlo? Y supo, en ese momento, que ya no podía negar los cambios que habían ocurrido en él. Porque, le gustara o no, sus sentimientos por Indra lo habían transformado. Y ya no podía esconderse. El amor le había hecho eso.

De repente, sonó un golpe en la puerta. La abrió y encontró a Indra allí de pie. Su corazón se aceleró y le dedicó una amplia sonrisa, incapaz de ocultar su recién descubierta felicidad.

—¡Indra! —Abrió la puerta de par en par para ella.

Ella le devolvió la sonrisa con una sonrisa titubeante.

—Pareces feliz.

—Feliz de verte.

Ella ladeó la cabeza mientras estudiaba su rostro.

—Hablaba en serio cuando dije que debías descifrar tus emociones.

—Lo sé.

Ella vaciló.

—¿Puedo pasar? Tengo algo que quiero mostrarte.

—Por favor.

Entró en la habitación, echó un vistazo rápido como si tratara de descubrir la fuente del cambio en él y vio el libro de poesía sobre la mesa.

—¿Has estado leyendo un libro de poesía?

—No todo el libro. Solo un poema. Para ser precisos, unas cuantas líneas de un poema.

Ella asintió.

—Entonces, ¿querías mostrarme algo? —dijo él.

Ella le tendió un trozo de papel.

—Encontré una carta —dijo Indra. Se la entregó. Él miró primero la firma y fue como si su corazón se detuviera. Era de su padre.

—¿Qué demonios...? —dijo, mirando el principio de la carta. Alzó la vista hacia ella con el ceño fruncido, confundido—. Está dirigida a ambos.

—Charles lo explica en la carta —Su mirada era firme, totalmente opuesta a la de él. Tenía una mirada de compasión en los ojos—. Dice que tu copia está guardada en el escritorio. Supongo que no has usado el escritorio.

Él negó con la cabeza.

—No, yo... —Lo que fuera que iba a decir se le escapó mientras captaba alguna palabra en la familiar caligrafía grande, llena de confianza, como si eso fuera todo lo que se necesitaba en el mundo para tener éxito. Y, supuso, según la estimación de su padre, lo había logrado.

Se la devolvió.

—No quiero leerla.

—Creo que deberías. Me gustaría que lo hicieras, Sebastian.

Sus miradas se encontraron y no había forma de que pudiera negárselo. Tal vez eso también era amor. Bajó la mirada hacia la carta y la leyó.

Queridos Sebastian e Indra:

Sinceramente espero que al dirigir esta carta a ambos, los dos la estén leyendo. Porque esa es mi intención. Quiero que ambos escuchen lo que tengo que decirles a cada uno, y a los dos juntos.

Primero Sebastian. Lo siento. Realmente lamento lo que te hice y entiendo que nunca podrás perdonarme. Sin duda, yo habría sido igual. Me tomó volver a amar para entenderlo. Después de que tu madre murió, yo también morí, hasta que la madre de Indra, Alia, llegó a mi puerta y me devolvió a la vida. Amar a Alia me cambió y cambió mi vida. Pero era demasiado tarde para ti. Te amo, Sebastian, y quiero lo mejor para ti. Y lo mejor es Indra.

Mi querida Indra. Cuando tú y tu amada madre entraron en mi vida, yo era una cáscara vacía, perdido desde que murió la madre de Sebastian, pero ustedes dos me hicieron revivir. Y por eso, estaré eternamente agradecido. Lamento si te sientes

manipulada por los requisitos de mi testamento, pero lo hice por ti. Quería que alguien te cuidara, que te sacara al mundo. Porque me arrepiento de haber complacido a tu madre manteniéndote atada a la finca como ella deseaba. Alia tenía miedo, y yo consentí ese miedo. Quería que alguien te amara en quien pudiera confiar, y sabía que una vez que Sebastian te conociera, no podría evitar amarte y protegerte. Y sabía que te daría el tipo de vida que yo, y tu madre, te privamos. Lo sé porque yo también te amé y quise protegerte y, lo admita o no, somos muy parecidos.

Y te pido disculpas, Sebastian, por manipularte más allá de la tumba. Pero sabía que estabas viviendo una vida carente de amor, tal como yo lo había hecho durante tanto tiempo. Y el amor es algo que Indra vive y respira. Sabía que ella sería capaz de devolver la vida a tu alma y tu corazón. Sabía que el corazón amoroso de Indra compensaría todo el dolor que te he infligido.

Nunca tendré forma de saber si mis planes han funcionado o no. Pero el hecho de que uno o ambos estén leyendo esta carta me hace tener esperanzas de que así sea.

Rezo para que encuentren el amor juntos y, si no, que se ayuden mutuamente a seguir adelante.

Su padre que los ama,
Charles Richmond

Atónito, Sebastian levantó la mirada hacia Indra.

—Lo sé —dijo ella, tomándola de él y echándole un vistazo—, yo misma apenas lo creí. Pero debería haberlo sabido. Nunca pude reconciliar el hecho de que hubiera insistido en este matrimonio con el hombre que conocía.

—Supongo que dio un giro a su vida y nunca lo supe.

—No, pero entendió por qué elegiste no visitarlo.

—Parece que entendía mucho más de lo que le di crédito.

—Era un hombre complicado. Y tú eres igual que él.

Él soltó una risa de acuerdo.

—Supongo. Y he llegado a mi propia epifanía, con un poco de ayuda de mi padre y un poco de ayuda tuya.

Ella lo miró interrogante.

—He sido un idiota. Te amo, Indra. Mi padre tenía razón. Amarte me ha abierto al mundo de una manera que nunca creí posible. Solo hay una cosa que quiero, y es que estés en mi vida. ¿Te casarías conmigo?

Sus ojos estaban cristalinos por las lágrimas mientras tragaba saliva y reía. Él no sabía si estaba triste, feliz o simplemente divertida.

—Ya estamos casados.

Él le secó los restos de lágrimas.

—No como es debido. No con amor en nuestros corazones. ¿Te casarías conmigo otra vez? Esta vez una boda apropiada con todos presentes y todos sabiendo que tú eres mi mundo.

Ella asintió, y él pudo ver que la diversión había desaparecido mientras las lágrimas fluían de nuevo. La besó, pero quería oírla decir las palabras.

—No me has respondido.

—Por supuesto que me casaré contigo. Te amo y, tienes razón, esta vez tendremos el matrimonio perfecto.

—Pero aún podemos hacer el amor antes de la segunda boda, ¿verdad?

Ella sonrió.

—Claro.

Él le tomó la mano, pero antes de que llegaran a la puerta ella miró alrededor, aunque obviamente no podía ver lo que buscaba.

—Por cierto, Sebastian, ¿qué poema estabas leyendo?

—Uno de un libro de poesía. No recuerdo el nombre de la poeta, pero escribió algunas palabras bastante poderosas sobre el amor. Si hubieras empujado ese libro completamente, nunca lo habría visto.

La besó, y ella suspiró. Le acarició la mejilla con el pulgar y luego negó suavemente con la cabeza.

—¿Qué libro era?

—El libro de poesía que habías estado leyendo aquí en la biblioteca. No lo habías empujado lo suficiente.

Ella soltó una media risa.

—Nunca entro en la biblioteca de tu padre. Tengo mis libros arriba en la antigua guardería.

Él frunció el ceño, desconcertado.

—¿Tu madre leía los libros de la biblioteca, entonces?

Ella se rio.

—Madre nunca tenía tiempo para leer. —Ahora frunció el ceño, sintiendo su inquietud—. ¿Por qué?

¿Cómo podía explicarlo? Negó con la cabeza y forzó una sonrisa.

—No es nada. Debe haber sido mi imaginación. Pensé...

—¿Qué pensaste?

—Pensé que tal vez tú habías usado la biblioteca. —Se encogió de hombros—. Eso es todo.

—No. —Arrugó la cara—. Recuerdo que cuando llegamos por primera vez a Richmond, Charles nos dijo que no entráramos en la biblioteca. Que era su espacio. Años después, recuerdo haber preguntado a mi madre sobre su necesidad de mantener el lugar para sí mismo y ella dijo algo sobre que tenía recuerdos que le gustaba mantener separados de su nueva vida.

—¿Recuerdos? ¿Qué clase de recuerdos?

Ella entrecerró los ojos y parpadeó mientras intentaba recordar. Entonces de repente miró el retrato.

—Tal vez estaba relacionado con el retrato. —Retiró sus manos de las de él y caminó hacia el retrato de Charles que Sebastian había estado mirando antes. Ella se estiró y él la ayudó a bajar el retrato de su lugar de honor. Para su sorpresa, había otro pequeño retrato colgado debajo. Uno de su madre. No era grandioso, pero tierno y suavemente dibujado, revelando toda la dulzura de su madre y toda su belleza, envueltas juntas como si fueran inseparables. Tragó saliva para deshacer el nudo en su garganta.

—No sabía que estaba ahí.

—Siempre ha estado ahí. Pedí que pusieran su retrato encima. Lo siento. No tuve el corazón para quitar el de tu madre, pero echaba de menos a Charles y quería que volviera a la biblioteca donde pasaba tanto tiempo. Supongo que se sentía cerca de ella aquí.

—Supongo —dijo, acercándose al retrato y parpadeando rápidamente. Se dio la vuelta abruptamente, incapaz de lidiar con la ola de emoción que lo había envuelto. Miró hacia el libro, comprendiendo de repente. Este lugar había sido un santuario para su madre. Había sido *su* libro de poesía. Miró alrededor de la habitación, viéndola de manera diferente ahora. La extraña colocación del escritorio, frente a la chaise longue que estaba colocada junto a la chimenea. El

chal decorativo puesto sobre la chaise. Tal vez su madre se había recostado allí durante sus muchas horas de enfermedad y leía poesía mientras su padre trabajaba, hasta que su madre había muerto y su padre había dirigido su amargura y enojo hacia el exterior, arremetiendo contra el mundo y sus hijos.

Pero su padre había roto el ciclo ahora. Charles Richmond los había unido a él y a Indra, sabiendo que se necesitaban mutuamente. Era su último regalo, un regalo de amor para perpetuar el amor. Después de todo, ¿no era eso de lo que se trataba la vida?

EPÍLOGO

MIENTRAS INDRA MIRABA ALREDEDOR de la recepción de la boda, reflexionaba sobre cuán diferente había sido, esta vez, su matrimonio con Sebastian. Podría estar usando el mismo vestido que la última vez —aunque estaba más ajustado alrededor de su barriga de embarazo de cinco meses—, podría estar en la misma iglesia y casándose con la misma persona, pero ahora estaban rodeados por las personas que les importaban: los trabajadores de la finca y sus cuñados, Alexander y Harrison. Esta vez, todo estaba bien, pensó mientras miraba a Sebastian, quien había seguido sosteniendo su mano desde el momento en que ella caminó por el pasillo.

—Espero que me vayas a soltar en algún momento —dijo, levantando sus puños unidos.

Él llevó la mano de ella a sus labios y la besó.

—Te soltaré cuando quieras que lo haga. Di la palabra y estarás libre, porque nunca quiero verte confinada, controlada o mantenida fuera de la luz de nuevo. Eres demasiado importante para mí como para esconderte.

Como para enfatizar su punto, soltó su mano, pero ella no se movió. En su lugar, envolvió sus dedos alrededor de la muñeca de él y lo atrajo hacia ella.

—Y tú eres demasiado importante para mí como para liberarme de ti. Me temo que estás atrapado conmigo.

De repente se escuchó un grito, y ambos se volvieron para ver a Alexander descorchar otra botella de champán y el corcho rebotar en el techo, rociando champán sobre la mujer con la que estaba coqueteando.

Sebastian sacudió la cabeza.

—¿Qué pasa?

—Mis hermanos. Ellos son el problema. No creo que ninguna mujer esté a salvo cuando Alexander está cerca.

—Excepto yo.

Los ojos de Sebastian se estrecharon posesivamente.

—No se atrevería a coquetear contigo.

—No. No creo que lo hiciera. Pero parece que todas las demás mujeres son un objetivo válido.

—Exactamente. Para Alexander, seducir mujeres es un deporte.

Indra apretó los labios.

—El legado de Charles, otra vez.

Sebastian asintió.

—Son tan malos como yo lo era.

—No tanto —bromeó Indra.

—Son peores —dijo Sebastian decisivamente, mirando esta vez a Harrison—. Harrison está frunciendo el ceño. Dios sabe qué ha pasado para que se vea tan sombrío.

—¿Tal vez tuvo un mal juego de polo en Argentina?

—Mi hermano menor nunca ha tenido un mal juego de polo. Y dice que no está jugando en este momento, lo cual es raro. Siempre ha estado obsesionado con el juego.

—¿Problemas con mujeres entonces?

—Quién sabe. Parece que llevara el peso del mundo sobre sus hombros.

—Y qué hombros tan perfectos son —Indra no pudo evitar comentar.

Fue el turno de Sebastian de fruncir el ceño.

—Vamos, cariño —dijo Indra—, no estés celoso. Puedo apreciar la buena apariencia de tus dos hermanos de una manera platónica y fraternal. Pero solo hay espacio para un hombre en mi vida.

Él la besó.

—Y así es exactamente como me gusta.

—Lo sé. —Ella le sonrió, adorando cada centímetro de su hermoso rostro, ahora abierto para ella—. Y así es exactamente como me gusta a mí también.

Él respiró profundamente y miró alrededor.

—¿Es demasiado temprano para que desaparezcamos? —Su mano bajó y rozó el trasero de ella, atrayéndola contra él para que pudiera notar cuánto la deseaba.

El deseo pulsó dentro de ella, y solo había una cosa que quería ahora.

—Todos están demasiado preocupados con sus propios asuntos como para preocuparse por nosotros. —Se puso de puntillas y presionó un beso contra sus labios—. Vamos.

No se molestaron en mirar alrededor, sino que se deslizaron por las puertas abiertas, salieron al pasillo, sus pasos acelerándose mientras corrían por las escaleras hacia el dormitorio. Nadie lo notaría, estaba segura de ello.

Pero Indra estaba equivocada. Dos hombres lo notaron. Harrison apartó la mirada de la feliz pareja y volvió a su teléfono, tratando de averiguar qué demonios iba a hacer. Mientras tanto, Alexander apartó la mirada de la mujer a la que rodeaba con su brazo y sintió lástima por Sebastian. Su hermano estaba tan obviamente enamorado. Una cosa era segura, él nunca se convertiría en el títere de una mujer. Nunca.

¡Compra ahora el siguiente libro de la serie!

La pasión comienza desde el primer día. La desconfianza desde el segundo. ¿El tercer día? Es la apuesta de cualquiera... Lee la historia de Alexander en: **La CEO que desafió al multimillonario.**



Él es el jefe multimillonario, ella es su CEO imposible. Él debería, pero no puede dejarla ir...

POSTFACIO

Estimado lector:

Espero que hayas disfrutado la historia de Sebastian e Indra. Indra recibió su nombre en honor a una de mis encantadoras lectoras, Indra Devi. ¡Gracias, Indra, por todos tus maravillosos correos electrónicos de apoyo!

La serie **Multimillonario británico** continúa con la historia de Alexander. A continuación, encontrarás un extracto. El tercer libro presenta al tercer hermano, Harrison en *La CEO que desafió al multimillonario*.

¡Feliz lectura!

Diana

LA CEO QUE DESAFIÓ AL MULTIMILLONARIO

LIBRO 2 DE MULTIMILLONARIOS BRITÁNICOS



Él es el jefe multimillonario, ella es su CEO imposible. Él debería, pero no puede dejarla ir...

Alexander Richmond está eufórico porque ha heredado la propiedad de la empresa que necesita para llevar a sus competidores a la ruina. Ahora no hay nada que le impida conseguir lo que quiere: ser más rico que su despreciado padre fallecido. Solo hay un problema: su CEO.

Los humildes orígenes de la CEO Lily McGuire la han hecho fuerte y no se detendrá ante nada para conseguir lo que quiere: desviar la riqueza de la empresa de Alexander hacia la investigación médica para encontrar una cura para la enfermedad de la que murió su marido.

La pasión comienza desde el primer día. La desconfianza desde el segundo. ¿El tercer día? Es una incógnita...

Extracto

El Edificio Richmond. Alexander Richmond leyó el nombre que coronaba las puertas principales del imponente edificio de cristal. *Su* edificio ahora, pensó con satisfacción. Cada vez que pasaba por allí antes de la muerte de su padre, lo cual tenía que hacer a menudo dada su ubicación central en la City de Londres, le irritaba. Había sido un constante y molesto recordatorio de la riqueza y el poder de su detestado padre. Ahora su padre se había ido y él y sus tres hermanos tenían lo que les pertenecía por derecho. Y esta belleza había llegado a sus manos.

—¡Señor Richmond! —exclamó un hombre bajo y calvo cuando Alexander entró en el vestíbulo de triple altura—. Soy Sean Diggins, presidente en funciones de Richmond Pharmaceuticals.

—Sean —dijo Alexander, estrechándole la mano—. Encantado de conocerle.

Alexander echó un rápido vistazo al interior del edificio. Era la primera vez que entraba y estaba impresionado. Las fotografías no le habían hecho justicia. El edificio era tan impresionante por dentro como por fuera. Pero no tan impresionante como su otra herencia: Richmond Pharmaceuticals, la empresa que convertiría su otra cadena de empresas en industrias afines de rentables a súper rentables. No es que necesitara el dinero. Pero nunca podía resistirse a la competición, aunque fuera con su difunto padre.

—Me alegro de que haya podido venir con tan poca antelación —dijo Sean.

—No hay problema. La empresa es mi prioridad ahora, desde que mi padre falleció.

—En nombre de los otros directores, me gustaría expresarle nuestras condolencias. Sir Charles Richmond era un hombre excelente.

Alexander controló su respuesta lo suficiente como para que Sean imaginara que su mueca provenía de un lugar de dolor.

—Y se le echará mucho de menos.

Yo no, pensó Alexander. No después de lo que nos hizo a mí y a mis hermanos. —Por supuesto —dijo vagamente.

Sean señaló el ascensor de cristal, uno de los varios que se elevaban como una columna vertebral por el centro del edificio de gran altura. —¿Subimos?

Mientras el director comenzaba un nervioso discurso sobre el programa que habían planeado para Alexander, este miraba a su alrededor, escuchando solo a medias, mientras el ascensor subía por el centro del edificio Richmond. Pasaron de las lujosas oficinas de recepción a las oficinas de planta abierta del primer piso, donde sus empleados trabajaban arduamente. Todos ganando dinero para hacerlo más rico de lo que había sido su padre. Metió las manos en los bolsillos y sonrió. Por fin, la joya de la corona de sus empresas: Richmond Pharmaceuticals.

—Muy satisfactorio —murmuró Alexander Richmond mientras el director tomaba aire en su monólogo sobre el potencial de uno de los productos de la empresa, y el ascensor se detenía en la planta principal.

Caminaron por oficinas de planta abierta a un lado y salas de reuniones acristaladas al otro. Su director continuaba hablando mientras Alexander miraba alrededor. No pudo evitar notar una monotonía monocromática en sus empleados. Trajes negros y camisas blancas, tanto para hombres como para mujeres. La única diferencia era que las mujeres llevaban joyas llamativas y los hombres, corbatas llamativas. Sonrió para sí mismo. Eran como abejas obreras y no le importaba lo que llevaran puesto, siempre que hicieran su trabajo y contribuyeran a su cuenta bancaria.

Con tan poco que lo distrajera, pensó que se vería obligado a escuchar a su director cuando

un destello rojo llamó su atención desde una de las salas de reuniones. Una rubia con un vestido rojo ajustado que resaltaba su figura curvilínea estaba de espaldas a él. Su mirada no solo fue atrapada, sino hipnotizada, y frunció los labios en un silbido silencioso.

Su mirada se deslizó desde sus altos tacones de aguja, sus piernas esbeltas y su trasero bien formado. Estaba de pie al final de una mesa de juntas. Sensuales mechones rizados de cabello rubio brillante se escapaban de un peinado, haciéndola parecer una especie de Medusa. Y llevaba un vestido, no un traje. Otra diferencia. Y no solo un vestido, sino un vestido ajustado de un rojo brillante. Si eso no bastaba para distinguirla de los demás, era la única persona que no estaba tranquilamente ocupada en sus asuntos. No podía oír lo que decía, pero por la forma en que gesticulaba, se notaba que estaba enfadada por algo y no se lo guardaba para sí. Las personas que estaban siendo sometidas a su diatriba parecían aterradas. Nadie más hablaba. No se planteaban objeciones tentativas. Fuera lo que fuera lo que les estaba diciendo, el urgente asentimiento de sus cabezas mostraba que iban a hacer lo que la mujer decía, sin cuestionarlo. Eso le gustaba. Alguien que sabía cómo controlar a la gente. Lo reconocía porque él mismo era así. Era una mujer que sabía cómo hacer que se hiciera un trabajo. Su mirada se deslizó de nuevo hacia su trasero.

—Muy satisfactorio —repitió, antes de volverse hacia el director con una sonrisa.

¡Compra ahora!

OTRAS OBRAS DE DIANA FRASER

-Reyes del desierto-

Se busca: Una esposa para el jeque

La novia de ganga del jeque

La amante perdida del jeque

Despertada por el jeque

Reclamada por el jeque

Se busca: Un bebé para el jeque

Reyes del Desierto (serie completa)

-Los jeques de Havilah-

El bebé secreto del jeque

Comprado por el jeque

La amante prohibida del jeque

Ríndete al jeque

Llevada al harén del jeque

Los jeques de Havilah (serie completa)

-Jeques de Diamante-

A las órdenes del jeque

A merced del jeque

Por placer del jeque

Diamond Sheikhs Boxed Set (serie completa)

-Secretos de los jeques-

La venganza del jeque por seducción

El hijo secreto del jeque

La trampa matrimonial del jeque

-Multimillonarios Británicos-

El matrimonio de contrato del multimillonario

La CEO que desafió al multimillonario

El bebé secreto del multimillonario

Multimillonarios Británicos: La Serie Completa

-Romance italiano-

La amante perfecta del italiano

Seducida por el italiano

El italiano apasionado

Una Navidad accidental

Romance italiano en caja (serie completa)

- Romances contemporáneos de pueblos pequeños-

-Los Mackenzie-

Un lugar llamado hogar

Secretos en Parata Bay

Escapada a Shelter Springs

Lo que ves en las estrellas

Segunda oportunidad en Whisper Creek

Verano en el Lakehouse Café

The Mackenzies Boxed Set (Libros 1-3)

La caja de los Mackenzie (Libros 4-6)

La caja completa de los Mackenzie

-Lantern Bay-

Tuyo para dar

Tuyo para atesorar

Tuyo para atesorar

Tuya para siempre

Para siempre

Tuya para amar

Lantern Bay Box Set (Libros 1-3)

Lantern Bay Box Set (Libros 4-6)

Caja completa de Lantern Bay

-Romance medieval-

Reclamar a su dama

Seduciendo a su dama

Despertando a su Dama

Caballeros de Norfolk (1-3)

Defendiendo a su Dama

Honrando a su Dama

* * *